

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Sistema Universidad Abierta

La mujer en cuatro novelas de Mariano Azuela

Tesis para obtener el título de licenciado en Lengua
y Literatura Hispánicas

Presenta Fernando Aguilar Nava

Asesor: Dr. Juan Antonio Rosado Zacarías

México, D.F. C. Universitaria.

Enero, 2008.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para mis hijos: horizontes de luz,
habitantes eternos de mi corazón.

ÍNDICE

Introducción	1
1. Una mirada a la problemática de la mujer	
1.1 El mito de Eva y la mujer en el tiempo	6
1.2 Una visión de la mujer en la sociedad y en el tiempo de Mariano Azuela	13
1.3 Las diversas formas de violencia contra la mujer	29
2. <i>Mala yerba</i> (1909)	
2.1 Etapa prerrevolucionaria	40
2.2 Marcela	51
3. <i>Los de abajo</i> (1915)	
3.1 Etapa revolucionaria	64
3.2 La Pintada, Camila, La mujer de Demetrio	78
4. <i>La malhora</i> (1923)	
4.1 El contexto	88
4.2 Experimentación vanguardista	93
4.3 Altagracia	97
5. <i>Regina Landa</i> (1939)	
5.1 Etapa posrevolucionaria	111
5.2 Regina	116
Conclusiones	134
Bibliografía	139

INTRODUCCIÓN

México prácticamente inicia el siglo XX con un hecho extraordinario y fundamental: la Revolución Mexicana. Esta rebelión convulsionó a todo el país, en todos los ámbitos y generó trascendentales cambios en la sociedad mexicana. La gestación de la revuelta, la revolución misma y la etapa posterior a ésta, son registradas por el filtro literario del novelista Mariano Azuela.

En efecto, uno de los escritores más importantes del siglo pasado es, sin duda, Mariano Azuela (Lagos de Moreno, Jalisco, 1873-México, D.F., 1952). Médico de profesión y escritor por convicción, inicia su quehacer literario antes de la Revolución y continúa con él hasta el final de su vida. La importancia de la narrativa del autor se fundamenta –entre otras cosas– porque ésta es abundante y representativa; en que es un excelente testimonio literario. Se trata de un novelista que en aquellos tiempos posee una propuesta a la que le es fiel toda la vida, –la de señalar los males de la sociedad de su tiempo– por lo que resulta muy interesante observar las diferentes etapas como escritor en un largo período histórico profundamente conflictivo.

El médico-novelistas vivió la vorágine de la revuelta social, participó en ella, y también se desilusionó con el desenlace de ésta. El evidente desencanto se ve reflejado en su novelística en un permanente cuestionamiento social y político. En su labor literaria observamos personajes de todos los estratos sociales, lo mismo cuestiona a los insurgentes, a los rebeldes, como al déspota hacendado y al nuevo gobierno.

El novelista es un feroz crítico, enemigo del arribismo, al igual que de la injusticia social. Penetra en el mundo de la nueva burguesía y también en el de los arrabales para denunciar los supuestos beneficios de la revolución; nos describe el mundo del vicio y

del odio; del crimen y de la desesperanza. Existe en él una obsesión por retratar esas sociedades, esos vicios y esos males.

Dentro de su vasta obra literaria –que se inicia en el naturalismo y costumbrismo y va cambiando hacia un realismo profundo– don Mariano otorga un lugar relevante a las mujeres en sus novelas, creando una gran variedad de personajes femeninos, en los más diversos ambientes.

En su obra literaria, a menudo, los personajes femeninos son más importantes que los personajes masculinos. A través de estos personajes femeninos conocemos la psicología y el lugar que ocupa la mujer dentro de la sociedad, de acuerdo con la óptica de Azuela, así como su entorno. Porque hablar de las mujeres en la sociedad mexicana, debe hacerse tomando en consideración dos variables fundamentales: primero la época histórica a la cual nos vamos a referir y segundo el estrato social a la que pertenece el análisis de la mujer en cuestión. Estas mujeres, por supuesto, evidencian y cuestionan muchas realidades de la cambiante sociedad mexicana.

Las mujeres que toman acción en las novelas de Azuela son casi siempre víctimas por su condición u origen, ora en el campo, utilizadas como objeto sexual, humilladas y ultrajadas; ora en la ciudad, orilladas al vicio y a la prostitución; siempre limitadas, siempre condicionadas por el medio en que viven. Sin embargo, existe en el escritor una especie de ternura – por así decirlo– hacia las mujeres; intenta redimirlas, cree que sustraídas de las influencias corruptoras y apoyadas por un buen hombre de carácter íntegro, serían excelentes madres y esposas. En el fondo al novelista le dolía mucho la situación de la mujer, y una forma de ennoblecerla fue escribiendo precisamente sobre ella.

En la presente tesis, conoceremos a la mujer en cuatro novelas: *Mala yerba* (1909), *Los de abajo* (1915), *La malhora* (1923) y *Regina Landa* (1939). Estas obras abarcan un largo período histórico en la sociedad mexicana, y al mismo tiempo, cada una de ellas, se ubica en una diferente etapa literaria del autor: prerrevolucionaria revolucionaria, hermética o de vanguardia, y la última que es la política. ¿Cómo es esa mujer antes de la

Revolución? ¿Qué lugar ocupa en la misma revuelta social? ¿Cuál es el papel de la mujer en la etapa posrevolucionaria en la sociedad mexicana? Estas son algunas de las interrogantes que esta investigación intenta esclarecer.

Sobre todo lo que pretendo esclarecer por medio de este trabajo es conocer las ideas de Mariano Azuela respecto a la condición de la mujer como género. Partiendo del hecho de que el novelista jalisciense fue un crítico muy agudo de algunas conductas humanas. Me interesa saber si el autor mantiene también una visión crítica sobre el papel que tradicionalmente se ha asignado a la mujer en la sociedad mexicana.

Los capítulos que conforman esta tesis son cinco. En el primer capítulo proporciono “una mirada a la problemática de la mujer”, un breve recorrido sobre las diferentes concepciones que la mujer ha tenido en el mundo occidental. Porque hablar de la historia de la mujer es sumergirse en una muy larga historia de discriminación, subordinación, sumisión, dolor, sacrificio, opresión; pero también de resistencia y de lucha contra las condiciones injustas que los hombres le han impuesto. En este primer apartado, citaré el mito de Eva como una referencia para observar los cambios de opinión y percepción sobre la mujer; asimismo, se citarán algunos ejemplos –tomados de la obra de Azuela– que ilustren los conceptos de algunos especialistas en el tema: Rosa Montero, Marcela Lagarde, Rosario Castellanos, Simone de Beauvoir, Helí Alzate, etc.

Los siguientes capítulos inician con un breve contexto histórico que ubica al autor y a la novela en su tiempo, e igualmente se conocen las características más importantes sobre la novela en sí, para concluir con la parte medular de la investigación: la mujer en las novelas de Azuela, el análisis de las figuras femeninas.

Así el segundo capítulo contempla una etapa prerrevolucionaria, una primera instancia histórica. Marcela, la protagonista de *Mala yerba* (1909), nos instala en la antesala de los tiempos violentos, los de la Revolución, en el tiempo de “los de abajo”. Y se observa ahí mismo donde está a punto de estallar la revuelta a la mujer campesina,

“infeliz casta”, a la mujer en quien recae finalmente una doble opresión: la de su género y la de su clase social.

En el México de principios del siglo XX, en el ámbito rural, la situación de las mujeres está ligada al de la violencia que –desgraciadamente– es un elemento integral en las vidas de las mujeres en los sectores más oprimidos de la sociedad. Los episodios de violencia van marcando huellas profundas en sus historias colectivas e individuales. El personaje protagónico Marcela nos revela la injusticia y la desigualdad entre hacendados y campesinos, entre ricos y pobres, pero esencialmente evidencia la terrible violencia que se ejerce en contra de las mujeres en el campo.

En el capítulo tres se encuentran *Los de abajo* (1915), la obra literaria más representativa de la Revolución mexicana. Aquí aparecen varios personajes femeninos que sin ser protagónicos si reflejan parte lo que sucede en esos tiempos de cruenta revolución: prostitutas de las que destaca La Pintada, mujer “lúbrica” que aprovecha la revuelta para dar rienda suelta a sus bajas pasiones e instintos, y que representa a esos seres que brindándose la oportunidad, saciarían su sed de venganza con el robo y el crimen. Aparecen otras mujeres de diferente clase social, victimas igualmente del hombre y la guerra civil: Camila o la “novia del curro”. Está también, la mujer de Demetrio, que representa de algún modo a todas aquellas mujeres abandonadas a su suerte, las que no fueron a luchar, las que se quedaron a trabajar la tierra, a cuidar a la prole y que con su invisible tarea continuaron a pesar del hambre y de la miseria.

En el cuarto capítulo, con *La malhora* (1923), apreciamos al médico- novelista que da un giro radical en la manera de narrar; con técnicas de vanguardia, se inscribe en lo que sería una de sus etapas literarias más interesantes: las novelas de experimentación o “herméticas”.

Después de la Revolución, en uno de los barrios de la ciudad de México, Altagracia, protagonista de *La Malhora*, nos muestra el mundo de arrabal, del vicio y la prostitución, del crimen y del fatalismo. Esta breve novela hace grandes alardes de técnicas innovadoras; pese a todo, ha pasado casi inadvertida para la crítica.

En *Regina Landa* (1939), último capítulo, observamos a una protagonista inmune a la corrupción, a la simulación de las instituciones gubernamentales en los tiempos de Lázaro Cárdenas. Regina es una mujer citadina, y el autor la erige como un paradigma de voluntad e inteligencia femenina. Ya no es como otros personajes femeninos que están condicionados por su medio. En Regina observamos a una mujer de gran entereza moral, que piensa por ella misma y que crece, madura ante la adversidad. El Azuela moralista hace aquí su aparición con más fuerza. Expone claramente en esta novela el concepto que tiene de la mujer.

1. Una mirada a la problemática de la mujer

1.1 El mito de Eva y la mujer en el tiempo

Para entender a las mujeres en su condición de género dentro de un espacio social, y en una situación actual, será necesario revisar el complejo papel que desempeñó en el pasado: una muy breve exposición sobre la condición de la mujer a lo largo de la historia en el mundo occidental. Así se podrán encontrar respuestas a algunas preguntas que giran alrededor de este tópico: conocer a la mujer en la época en que vivió el escritor jalisciense, Mariano Azuela (1873-1952), a través de cuatro de sus novelas. ¿Qué ha significado ser mujer en momentos históricos distintos? ¿Quiénes determinaron lo “femenino”? ¿Cómo se relaciona a la mujer con su capacidad reproductiva? ¿Cómo se inserta a la mujer en el contexto de la familia? ¿Cuáles son los espacios asignados como “propios de la mujer”? ¿Cuál es el papel que desempeña la mujer en el ámbito de la política?

Hablar del género femenino es adentrarse en una historia muy larga de discriminación, sumisión, abnegación, dolor, sacrificio y opresión; pero también de resistencia y de lucha contra las condiciones injustas que los hombres le han impuesto. Sería fácil documentar la visión negativa mostrada hacia la mujer por personajes importantes de otros tiempos: en su “Epístola a Timoteo”, San Pablo afirmó que la mujer era “naturalmente animal enfermo”, mientras que para Santo Tomás era solamente un varón mutilado.¹ Estos comentarios resultan relevantes ya que como sabemos nuestro país se ubica dentro de un contexto de religión católica. En México prevalece una moral cristiana.

Mas junto a este breve catálogo de despropósitos en contra de la mujer, podemos también, citar algunos intentos por reivindicar a la figura femenina. Siglos antes de nuestra era, en la isla griega de Lesbos, una poetisa sabia y refinada mostró que la mujer

¹ Rosario Castellano. *Sobre cultura femenina*. p. 75.

tenía tanta capacidad intelectual como cualquier hombre ilustre de su tiempo, si bien Aristóteles se admiró de que los mitilenos rindieran honores a Safo, “aunque fuera mujer”; Platón, seguramente pensando en Safo y en otras mujeres ilustres, en el quinto libro de la República sostuvo: “Ahora que diga nuestro argumentante cuál es en la sociedad, el arte u oficio para el que las mujeres no hayan recibido de la naturaleza las mismas disposiciones que los hombres”; y poco después: “La naturaleza de la mujer es tan propia para la guarda del Estado como la del hombre y no hay más diferencia que la del más o el menos”.²

La sujeción de la mujer respecto al hombre tiene su origen en la formación del patriarcado, lo cual se inició casi desde los principios de la Historia, pues se calcula que los primeros vestigios de este sistema social datan de alrededor de 3,100 a. C. Desde entonces, el mundo occidental ha valorado más al hombre que a la mujer, y aquellas que han desafiado el poder patriarcal –el poder del padre, del patrón y de Dios– han sufrido las consecuencias.

Uno de los mitos fundamentales para comprender la visión que tiene el mundo occidental sobre la mujer es el de Eva y la caída del ser humano. Gracias a este mito es posible rastrear los cambios en la percepción de la mujer a través de la historia. Por supuesto, en la Edad Media se responsabilizó a la mujer de la caída; ella fue la encarnación de la rebeldía contra Dios, el ser maligno que representa una tentación y una amenaza constante para el hombre, y, finalmente, el símbolo del pecado original.

Los grandes reformadores en siglo XVI, tanto Martín Lutero como Juan Calvino, encausaron un nuevo juicio para la primera mujer sobre la tierra. En consonancia con la apertura mental propia del Renacimiento, para estos pensadores el conocimiento obtenido como resultado de comer del fruto prohibido es un conocimiento general que permitió a Adán adquirir una aptitud para la civilización. Ellos consideraron que Eva estaba en una situación de igualdad frente a Adán, no sólo como pareja del hombre en el lecho, sino como compañera a lo largo de la vida.

² *Ibid*, R. Castellanos. p. 72.

Lutero afirma: “Eva no era como la mujer de hoy; su condición era mucho mejor y más excelente, y en ningún aspecto era inferior a Adán”³. Lutero y Calvino contrarrestaron en buena medida las interpretaciones misóginas del mito, como la supuesta mayor sexualidad de Eva, su mayor culpabilidad y la idea de que su falta fue resultado directo de alguna falla, innatamente femenina, de carácter. Este enfoque libraría a Eva del cargo de haber sido la principal culpable de traer la perdición a toda la especie humana, y revaloraría también el castigo que debía imponérsele a la mujer por su delito. Sin embargo, el tipo de relación entre Eva y Adán no se da completamente en un plano de igualdad, pues está en función de una especie de política para el Paraíso. En efecto, Dios ha ordenado una estructura especial para el jardín del Edén: Adán es responsable ante Dios y Eva ante Adán; por ello, fue hecha de la costilla del hombre.⁴

El relato de la caída, de acuerdo con la visión protestante, es más indulgente con la mujer en su discurso pero también la condena a la domesticación. En los hechos, el mito de la caída sirve al hombre para reafirmar que la mujer es el origen de todos los males, y así someterla a la domesticación más completa: hacerla trabajar para él, excluirla del oficio religioso y rechazar su consenso en problemas de orden moral.

El cristianismo prescribe una vida de fe en torno a un Dios varón y encarnado en Cristo, que es hombre. El catolicismo, por su parte, susceptible a la influencia de diversas tradiciones culturales de Occidente, dio paso a la mariología y confirió a la mujer la posibilidad de un sagrado aislamiento, previo rechazo de toda expresión sexual. Los siglos XVII y XVIII se caracterizan por un movimiento intelectual europeo muy importante: la Ilustración, que propone dar otro enfoque al relato de la caída; sin

³ John A. Phillips. *Eva. La historia de una idea*. p. 159.

⁴ La tradición judía, por otra parte, relata que Eva no fue la primera mujer de Adán, sino que antes existió Lilit. Y esta mujer, afirma Rosa Montero “quiso ser igual que el hombre: le indignaba, por ejemplo, que la forzaran a hacer el amor debajo de Adán, una postura que le parecía humillante y reclamaba los mismos derechos que el varón”. Lilit abandona a Adán, pues no esta dispuesta a tal obligación. Lilit fue la primera feminista de la Creación. Fue castigada por el dios patriarcal y la convirtió en una diabla mataniños y la condenó a sufrir la muerte de cien de sus hijos cada día. Ver: Rosa Montero, *Historias de mujeres*. P. 14.

dogmas, simplemente como mito humano, como un relato universal desprovisto del sentido religioso.

Para los Ilustrados del Siglo de las Luces, la caída no es un infortunio sino más bien una bendición; es decir, paradójicamente la caída es un ascenso, una transición de la infancia a la edad adulta. La expulsión del Jardín del Edén es el hecho más afortunado de la historia humana. Eva, entonces, es una insólita bienhechora que obtuvo el más grande de los dones que los dioses guardaban, y no una villana que pone fin al estado de dicha que privaba en el Paraíso. La visión anterior de alguna manera coincide con una parte de los historiadores del cristianismo, aquellos que reconocen que “sin la caída no habría historia sagrada, porque no habría nada que salvar de la humanidad”.⁵

Ahora bien, los nuevos reformadores, los revolucionarios del siglo XVIII, tampoco tomaron realmente en cuenta a la mujer en su proyecto de salvación. Cuando plantearon la lucha por la libertad, por los derechos individuales o por el sufragio universal, en su mente no aparecía la mujer, no la incluían como sujeto de derecho a pesar de que hablaran de los derechos humanos.

En su libro, *Historias de mujeres*, Rosa Montero señala algunos de los pensadores que fueron incapaces de percibir un cambio en las relaciones de género:

Resulta difícil imaginar, desde hoy, ese mundo tan arbitrario e intelectualmente incoherente; pero de hecho la vida era así, feroz en la esclavitud que imponía a las mujeres [...] el filósofo Locke, defensor de la *libertad natural* del hombre, sostenía que ni los animales ni las mujeres participaban de esta libertad, sino que tenían que estar subordinados al varón. Rousseau decía que “una mujer sabia es un castigo para su esposo, sus hijos, para todo el mundo”. Y Kant, que el “estudio laborioso y las arduas reflexiones, incluso en el caso de que una mujer tenga éxito al respecto, destrozan los méritos propios de su sexo”.⁶

⁵ *Ibid.* John A. Phillips. p. 131.

⁶ Rosa Montero, *Historias de mujeres*. pp. 58-59.

En el siglo XIX, filósofos tan importantes como Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche, los cuales lucharon en contra de los prejuicios morales y la libertad espiritual, sostenían ideas muy conservadoras respecto a la mujer. Veamos que decía Schopenhauer:

Sólo el aspecto de la mujer revela que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia [...] Paga su deuda a la vida no con la acción sino con el sufrimiento: los dolores del parto, los inquietos cuidados de la infancia: tiene que obedecer al hombre, ser una compañera paciente que le serene [...] Cuanto más noble y acabada es una cosa más lento y tardío desarrollo tiene. La razón y la inteligencia del hombre no llegan a su auge hasta la edad de veintiocho años; por el contrario, en la mujer la madurez de espíritu llega a la de dieciocho. Por eso siempre tiene un juicio de esta edad, [...] por eso las mujeres son toda la vida verdaderos niños.⁷

Tiempo después los psicoanalistas del siglo XX opinaron respecto al tema afirmando que lo más importante es la conciencia sexual humana. Lo que ocurre en el jardín del Edén es un descubrimiento sexual. Comer el fruto es la fuente de esa sabiduría divina que hace diferente a las deidades de los seres humanos, una sabiduría básicamente sexual. Es así como la ciencia del psicoanálisis hace una aportación muy original al mito de Eva y la caída, con base en los descubrimientos de la mitología comparada y en sus propios argumentos. Esas visiones encontradas respecto a la mujer, sobre todo la faceta negativa, puede que hayan sido concebidas también a partir de la transformación que experimentaron muchas mujeres en la década de los veinte. Rosa Montero describe con precisión esta etapa:

En medio de toda esa mudanza había aparecido un nuevo tipo de mujer, la chica *emancipada y liberada*, [...] Se acabaron los corsés, las enaguas hasta los tobillos, los refajos; las muchachas se cortaban el pelo a la *garçon*, [...] Eran los febriles y maravillosos años veinte, los crispados e intensos años treinta, tiempos de renovación en los que la sociedad se pensaba a sí misma, buscando nuevas formas de ser. Había que acabar con la tradicional moral burguesa [...] se pusieron en práctica todos los

⁷ Citado por R. Castellanos en *Sobre cultura femenina*, p.43.

excesos que luego volverían a ensayarse, como si fueran nuevos, en los años sesenta: el amor libre, las drogas, la contracultura.⁸

Jung considera que Eva pertenece a una multitud de representaciones mitológicas del arquetipo de la gran mujer. Un arquetipo es un símbolo psicológico universal manifestado a lo largo de la historia en los sueños humanos, las artes, el imaginario colectivo y, por supuesto, los mitos. El arquetipo de la gran mujer representa la unión de los polos opuestos, pues concilia lo angelical con lo diabólico, el consuelo con el terror, la vida con la muerte.⁹

La teoría psicoanalítica freudiana clásica ve a la diosa madre humana como imagen proyectada de la madre. En la situación edípica, el niño varón ha de negar a su padre un papel en la procreación al tiempo que rechaza la naturaleza sexual de la madre, razón por la cual la diosa madre es concebida como virgen. Mas con el desarrollo psicológico del niño, no es posible mantener la ficción de la virginidad, y entonces surge otra idea ficticia para reemplazar la anterior: la madre es ahora una “traidora”, y en adelante será considerada una “ramera”.

La interpretación psicoanalítica ulterior de Freud,¹⁰ sostiene que comer del fruto prohibido simboliza alcanzar la humanidad; conquistar el conocimiento habría de volvernos aptos para la humanidad. Eva representa para los psicoanalistas el objeto y símbolo del anhelo secreto de Adán de retornar al paraíso; en tanto, la madre es el principio de la infancia, la matriz. Sin embargo, retornar a la matriz es renunciar a la vida independiente; anular el nacimiento es morir. De este modo, Adán desea a esa Eva-madre y al mismo tiempo la odia. El mensaje del mito es que Adán, por la rivalidad con el padre, se convierte en el seductor de su madre. El destino de Adán es desear y despreciar a las mujeres; el de Eva, de acuerdo con Freud, consiste en someterse a esa lucha interminable por la supremacía entre las sucesivas generaciones masculinas, en la que ella aparece como la víctima perpetua.

⁸ R. Montero, *op. cit.* 90.

⁹ Cfr. John A. Phillips, Eva. *La historia de una idea.* pp. 141-142.

¹⁰ *Ibid.*, John A. Phillips. p. 147-156.

Desde el punto de vista masculino, la relación sexual con las mujeres siempre entrañará una dosis de desprecio y violencia. Lo anterior puede entenderse claramente si analizamos las palabras que se utilizan en el mundo occidental para referirse a la mayor intimidad que se establece entre el hombre y la mujer: golpear, entrar, hurgar, empujar, pegar, entre otras. En suma, la interpretación psicoanalítica de la historia de Eva puede ofrecernos un medio para la comprensión de esta agresividad desviada. Esta visión, que se reduce a la condición intolerable de la existencia de los varones, sólo puede desembocar en un amor que odia y en un anhelo que desprecia. Así que, en resumidas cuentas, podemos observar a un catolicismo con una visión misógina, a los Reformistas protestantes que conceden discursivamente la “igualdad” de Eva con respecto a Adán, pero que niegan a la mujer las funciones reservadas para el hombre y confinan a la mujer al hogar, como un lugar de “honor” asignado por la maternidad, por su papel en la perpetuación de la especie.

1.2 Una visión de la mujer en la sociedad y en el tiempo de Mariano Azuela

Como dice una de las más destacadas investigadoras sobre el tema, Marcela Lagarde,¹¹ la historia de la mujer no es muy diferente de una etapa a otra: miedo, impotencia, servidumbre, encierro de las mujeres en un mundo patriarcal cuyo eje único es la opresión. Las sociedades patriarcales mediterráneas de la antigüedad impusieron la monogamia a la mujer, principalmente para asegurar que los hijos que iban a recibir una herencia habían sido engendrados por el padre. En cuanto a la virginidad prematrimonial femenina, se trataba de que el bien que se adquiría, como cualquier efecto sujeto a transacción comercial, estuviera en condiciones óptimas. Así surgió también la prohibición de las relaciones extramaritales de la mujer, consideradas como una violación intolerable del “derecho de propiedad” del hombre sobre el cuerpo de la esposa. Así lo plantea Helí Alzate:

Este concepto ha perdurado en las legislaciones de las sociedades modernas más falocráticas, en la forma del grotesco argumento de la “defensa del honor”, que permite al marido asesinar impunemente a la esposa cuando considera que tal “honor” (entendido como el “derecho de propiedad”) ha sido lesionado, aun cuando ya no sienta el menor afecto por ella y él, por su parte, le haya sido infiel consuetudinariamente.¹²

Las mujeres comparten como género una misma condición histórica, si bien difieren en cuanto a sus condiciones de vida y los grados y niveles de opresión. La opresión, entonces, está definida por un conjunto de características que se resumen en los fenómenos de subordinación, dependencia vital y discriminación de las mujeres; esto, tanto en sus relaciones con los hombres, como con el conjunto de la sociedad y del Estado. Es decir, las mujeres son oprimidas por el hecho de ser mujeres, cualquiera que sea su posición de clase, su lengua, su edad, su raza, su nacionalidad u ocupación.

¹¹ En su libro *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*.

¹² Helí Alzate. *Sexualidad humana*. p. 9.

La novelística de Mariano Azuela contempla un gran mosaico de mujeres en tres períodos históricos diferentes: antes, durante y después de la Revolución mexicana. Los personajes femeninos que el novelista retrata son en su gran mayoría seres marginados o condicionados por su medio. El escritor no puede apartarse de su quehacer médico y observa los males de la cambiante sociedad mexicana. La obra de Azuela es muy vasta y se refiere constantemente a testimonios verídicos de gran calidad, que son importantes para el estudio de la historia de México. El historiador y el creador nunca se apartan. Retrata muchos aspectos de la vida nacional, pero sobre todo la vida de los explotados, de los más bajos sustratos de la población mexicana, es quizá el testimonio más importante de la época.

Mariano Azuela desde sus primeros escritos, a sus dieciséis años, reflexiona y escribe sobre la mujer de su tiempo, y en su juventud escribe *Registro* (1889) donde nos habla abundantemente sobre las mujeres que enfrentando situaciones adversas, económicas, morales y sociales, han venido a caer en la prostitución. El joven Azuela afirma:

Yo que no bailo, ni tengo novia, ni juego al billar, necesariamente he de buscar distracciones, y como el juego no me conviene, me dedico a las mujeres fáciles con más frecuencia... que si tuviera los otros entretenimientos.¹³

En este *Registro*, Azuela no trata de reproducir sólo detalles eróticos. Más bien, plantea lo que sería una de sus preocupaciones constantes: la disolución de la familia, ante el problema de la prostitución:

Hace un año se salió con su novio, que la abandonó a poco, y empezó luego la “carrera”. [...] Hija de obreros pobres, mal alimentada y peor vestida, [...] es muy joven, ligera de cascos, y el destino, si no la atiende, tampoco se ha ensañado con ella. Su cara es risueña, su risa traviesa, y nada indica en ella tempestades pasadas o venideras. (*OC*, III, 1198)

¹³ Mariano Azuela. *Obras Completas*. T. III, p. 1197. NOTA: Dada las abundantes referencias en la obra del autor, de aquí en adelante citaré de forma abreviada. (*OC*, núm. de tomo, página).

En otro párrafo cita:

María. Niña de quince años pero prostituida moralmente y sin sensaciones carnales aún. Fisonomía sin atractivos, cuerpo vulgar, [...] Ya he notado otras veces lo que noté en ésta: la aspiración a ser mujer pública en los umbrales de la vida... El ejemplo de la madre, de una hermana, son decisivos, y aquí la madre autorizó la caída. [...] La madre divisó la presa y adiestra al cachorro... (*Ibid*, 1200)

Estos primeros intentos de la representación de tipos femeninos: descripciones del aspecto exterior y breves observaciones sobre su carácter, son esbozos para sus futuras elaboraciones más complejas en su obra. “Ya desde su primera novela, el autor se ubica, de acuerdo con aquellos tiempos, en la vanguardia a la europea. [...] desde *Maria Luisa* a *La malhora*, de *La luciérnaga* a *La marchanta*, de *Regina Landa* a *La mujer domada* [...]” afirma Arturo Azuela.¹⁴ Encontramos en su novelística un gran álbum de mujeres y la tendencia a analizar y representar el medio ambiente de manera objetiva, como una de sus principales características, porque Azuela es un escritor esencialmente realista.

La discriminación hacia las mujeres las excluye selectivamente de espacios, actividades y poderes, y al mismo tiempo, las ubica en ámbitos teóricamente irrenunciables. Por eso de acuerdo con la “naturaleza”, lo que define a las mujeres es la incapacidad, la incompletud, la impureza, la minoridad. Uno de los aspectos cruciales de la discriminación de género es la idea de la inferioridad intelectual de la mujer, el pensar que la inteligencia difícilmente se puede encontrar en el sexo femenino. Para ello se suele poner como ejemplo la escasa presencia femenina a lo largo de la historia en los campos de las ciencias y de las artes, actividades que requieren, como ninguna otra, grandes dosis de creatividad. Sin embargo, como lo señala Helí Alzate, hay una clara explicación para esa ausencia:

Pero lo que los propugnadores de la minusvalía intelectual femenina se olvidan de mencionar son las causas más probables de esa situación: a) el condicionamiento a que ha sido sometida

¹⁴ Arturo Azuela. *Prisma de Mariano Azuela*. p. 266.

la mujer, durante milenios de dominación patriarcal, para que se acepte sin vacilar el “destino” natural de su sexo: el servicio de los hombres en los aspectos doméstico, reproductor y erótico; b) la obstaculización de su acceso a las fuentes del saber y a la educación formal superior –necesarísimas para el desarrollo cabal del intelecto–, situación que sólo empezó a modificarse a finales del siglo XIX.¹⁵

En el México de la segunda mitad del siglo XIX la mujer no tenía mucho qué decir, permanecía aislada de un mundo, su realidad era la violencia, la cohibición, la falta de conciencia, el sometimiento, la abnegación y la desesperación. Claro está que el siglo XIX fue una época que llevó en sus entrañas el catolicismo, éste se encargó de denigrar el papel que les correspondía a las mujeres, para ellas no existía otro camino que el claustro o el matrimonio. La mujer le pertenecía al varón tanto en cuerpo como en alma, por lo que le debía obediencia, abnegación y rectitud. En el matrimonio, en la familia y en la religión se puede observar lo que la mujer vivía y sufría al lado de un hombre, que empapado por la época y la religión, carecía de criterio y entendimiento para comprender la verdadera función de su compañera desde su creación. La mujer tanto en la colonia, en la independencia, en la revolución, ha sufrido la misma discriminación, tortura y desprecio, que la ha llevado a ser considerada un ser muy por debajo del hombre. La revuelta social de 1910 viene sólo a hacer más grande la violencia e injusticia con la que se trata al género femenino de esa sociedad mexicana en ebullición. Sus condiciones de vida, en el campo o en la urbe cambian significativamente: muchas mujeres se unen a la lucha armada, acompañan a los hombres, mostrando valor y lealtad hacia ellos. Otras mujeres se quedaron a salvaguardar –de cualquier forma– a la prole, a cultivar los campos abandonados y olvidados; otras más intentarían huir a lugares más seguros, algunas más apoyaron callada o abiertamente la guerra civil; todas ellas, sin embargo, víctimas por el simple hecho de ser mujer.

Por otra parte, la integración de las mujeres al estudio y ejercicio las carreras liberales en México no fue una tarea fácil. Como en otras partes del mundo, este

¹⁵ *Ibid, op. cit.* p. 138.

proceso implicó largo tiempo y, sobre todo, un gran esfuerzo de una minoría para enfrentar una serie de prejuicios que durante siglos impidieron el avance intelectual y profesional del género femenino. Paulatinamente y ante la sorpresa y no pocas veces, inconformidad de la sociedad porfirista, se empezaron fracturar las estructuras ideológicas que por siglos impidieron el acceso al estudio y ejercicio de las profesiones liberales. A partir de la década de los ochenta del siglo XIX se empezó a perfilar un cambio significativo en el comportamiento educativo de las mexicanas.

A pesar de esto, la opresión de la mujer no ha disminuido en los últimos tiempos. Los fenómenos opresivos —que abarcan la interiorización, la discriminación, la dependencia y la subordinación— definen las relaciones en el terreno de lo sexual, lo familiar, lo laboral y lo social; es decir, definen las formas en que las mujeres participan en el mundo y en la cultura humana.

Con base en la interiorización de la opresión, la conciencia de la mayoría de las mujeres está cimentada en el engaño, como afirma Lagarde:

...cada una cree que vive para realizar deseos espontáneos y que sus haceres y quehaceres son naturales. El impulso que mueve a la existencia y que da sentido a la vida de las mujeres es la realización de la dependencia: establecer vínculos con *los otros*, lograr su reconocimiento y simbolizarlos.¹⁶

Las mujeres se relacionan esencialmente en la desigualdad, pues necesitan de *los otros*. Estos *otros* son los hombres, los hijos, los parientes, la familia, la casa, los compañeros, las amigas, las autoridades, la causa, el trabajo, las instituciones; todo eso que requieren para ser mujeres, de acuerdo con el esquema dominante de la feminidad. Esta dependencia vital de las mujeres se caracteriza, además, por su sometimiento al poder masculino y a sus instituciones.

¹⁶ Marcela Lagarde. *Los cautiverios de las mujeres: mdresposas, monjas, putas, presas y locas*. p. 16.

Un ejemplo de este sometimiento y esta dependencia al poder masculino lo encontramos en un pasaje de *Mala yerba* (1909), en el personaje de Señá Antonia, quien a pesar de la opresión que sufre por parte de los amos, ella los defiende:

¿A quién le falta la tortilla, a quién los alimentos cuando las enfermedades nos ponen en la miseria, malagradecidas? Aistá señá Agapita que no me dejará mentir, [...] Y yo también: ¿qué juera de mí sin la carnita que nunca me faltó, sin los pollitos en mi mera gravedá y mi vino blanco pa la convalecencia? Después de Dios a ellos les debo la vida y mi salí. (*OC*, I, 163)

Lagarde agrupa a las mujeres dentro de la sociedad y la cultura a partir de tipologías antropológicas que se dan a partir de su condición de mujer y las situaciones de vida de las mujeres. Las caracterizaciones estereotipadas de las mujeres conforman círculos bien definidos de formas de vida, a los cuales se pueden llamar “cautiverios”.

Así, las mujeres están sujetas a un cautiverio que comparten todas por su condición de género, y a otro que está determinado por la situación individual de cada mujer, caracterizado por formas especiales de opresión genérica. El cautiverio de las mujeres se expresa, en primer lugar, por la falta de libertad. La opresión genérica se concreta en formas de comportamiento, en actitudes, destrezas y respuestas.

Parece existir una prohibición para que las mujeres comprendan la vida y el mundo, por lo que deben refugiarse en “atributos femeninos” como la ignorancia, la sumisión y obediencia, la ingenuidad, el rechazo al pensamiento crítico y la disposición para la creencia mágica y sobrenatural.

En *La luciérnaga* (1932), Azuela ejemplifica estos “atributos femeninos” en el personaje femenino de Conchita. La sumisión y la obediencia, no mostrar las emociones, ser siempre invisible; su único lugar de este personaje: el hogar y los quehaceres domésticos:

El día que se le llevaron la noticia de Maria Cristina muerta en un centro de perdición, sufrió un síncope, por el esfuerzo espantoso por no llorar a gritos. Sumisa y obediente, es más que

una criada y menos que una criada. Discreta en el dolor, por respeto al dolor de los demás; discreta en la alegría –alegría que se fue hace muchos años–, por no lastimar a los demás. (*Ibid*, 645)

Otro ejemplo, lo encontramos en *Las tribulaciones una familia decente* (1918), en el personaje de Berta, mujer frágil, quien paga un alto precio por seguir al lado de Pascual su marido, un “perfecto bandido”. Ella posee grandes riquezas, pero está infinitamente sola y su salud quebrantada. Acepta con resignación su sino:

Sus carnes enjutas parecen guiñapo miserable de mariposa de espléndidas alas irisadas de oro. En sus voces medio ahogadas por el llanto y los gemidos se adivinan apenas estas palabras: ¡Soy muy desgraciada! [...] Si yo no creyera en Dios, abandonaría a Pascual... (*Ibid*, 559-560)

En nuestra sociedad, las normas que regulan la libertad son de carácter clasista y patriarcal; es decir, se trata de una libertad burguesa, machista, heterosexual, heteroerótica y misógina. De ahí que sean históricamente libres los individuos y las categorías sociales que pertenecen a las clases dominantes, a los grupos genéricos y de edad dominantes (hombres adultos, productivos o ricos y heterosexuales), a las religiones y otras ideologías hegemónicas.

En México y otros países latinoamericanos, así como en países mediterráneos de cultura patriarcal, predomina un comportamiento sociosexual masculino conocido como machismo. Socialmente, el macho actúa según la creencia de que el varón es superior a la mujer, lo cual trata de reafirmar a través de la agresividad. Esto excluye emociones consideradas como negativas, el miedo y la ternura, mientras que tiende a valorar la expresión de emociones fuertes, como la ira y el valor. En el terreno sexual se prescribe la libertad erótica del varón, lo que significa fornicar con muchas “hembras”, sobre todo si ello implica la competencia con otros hombres. Una forma de afirmar el machismo es que el hombre induzca a las mujeres a sentirse vulnerables y dependientes, lo que a

menudo se facilita debido a que en las sociedades falocráticas las mujeres tienden a asumir actitudes de víctimas y conductas pasivas.

Para abundar un poco más en los rasgos del machismo, citaré el siguiente fragmento de Alzate:

En las culturas machistas, tanto el hombre como la mujer deben sujetarse a las normas sociales de “honor” y “vergüenza”, [...] Para la mujer tales normas consisten en conservar a toda costa la virginidad premarital y, luego de casada, la “dignidad” de matrona; para el hombre, el honor y la vergüenza significa hacer gala de su machismo e impedir o castigar con toda severidad las posibles violaciones del código del doble patrón en que incurran las mujeres sujetas a su dominio. En cuanto a él respecta, el machista se siente con pleno derecho a usufructuar su libertad sexual, incluso luego de casado, como lo corroboran los dichos populares (“la casada es mi mujer”, “casado, pero no capado”). Los hombres solteros o casados que cuentan con medios económicos suficientes tienen amantes más o menos oficiales, que no pocas veces sólo son fuentes de satisfacción sicosocial, porque los machistas desconocen la esencia del erotismo y confunden la función sexual placentera con la reproductora: son mediocres o pésimos fornicarios, pero excelentes sementales.¹⁷

En las obras de Azuela, es posible detectar la estructura anterior. Por ejemplo, en *Los de abajo* (1915), Demetrio confiesa a Pancracio la pasión que siente por Camila; a lo que Pancracio contesta muy ufano porque cree conocer muy bien a las mujeres:

-Mire, compadre Demetrio, ¿a que no me lo cree? Yo tengo mucha experiencia en eso de las viejas... ¡Las mujeres!... Pa un rato... ¡Y mi' qué rato!... ¡Pa las lepras y rasguños con que me han marcao el pellejo! ¡Mal ajo pa ellas! Son el enemigo malo. De veras, compadre, ¿voy que no me lo cree?... Por eso verá que ni... Pero yo tengo mucha experiencia en eso. (OC, I, 364)

Por otra parte, el cautiverio más importante es el de las madresposas. Este cautiverio se construye a partir de dos definiciones esenciales: su sexualidad procreadora y su dependencia vital hacia los otros a partir de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad. Se trata de un cautiverio que es paradigma positivo de la feminidad y

¹⁷ Alzate, *Sexualidad humana*, pp. 26-27.

de la vida de las madresposas. Es un modelo de vida interiorizado por las mujeres, más allá de la realización normativa reconocida culturalmente como maternidad y como conyugalidad. Es innegable que aún a principios del siglo XXI, la mayoría de las mujeres en México tienen como objetivo principal en su vida conseguir un marido y formar una familia, como si el matrimonio y la maternidad fueran para las mujeres la justificación de la existencia.

En lo que a la obra de don Mariano Azuela respecta, pueden rastrearse casos de este tipo de mujeres. Por ejemplo, en *Sin amor* (1912), encontramos el personaje de Lidia, madre de Ana María a quien a toda costa le quiere casar con Ramón Torralba pues así lograría alcanzar varios objetivos: “Porque Lidia –locura de sus quince abriles– había dado albergue a la absurda idea de llegar a ser ‘la señora de Torralba’. Y en la placidez de tan dulce ensueño dejó correr los mejores años”. (*OC*, I, 231)

Por eso Lidia se esmeró mucho en lograr una “educación refinada” y no escatimó economías para que su hija ascendiera a esa “alta sociedad” de aquel poblado. Y así poder casarla con un Torralba. Lidia ve cristalizados sus sueños. Ana María se casa con Ramón Torralba, y pasado varios años, el narrador no da cuenta de ello no sin cierto dejo de ironía:

[...] en el extremo de la calzada apareció Ramón Torralba llevando del brazo a una mujer obesa y deforme. [...] Tres niñeras de albos delantales conducían a los niños de la mano. [...] A distancia se contoneaba la enorme rabadilla de la señora de Torralba; sus monstruosas caderas estallando bajo el paño azul oscuro de una falda de elegantísimo corte. (*Ibid*, 317)

La conyugalidad debería expresar la sexualidad erótica de las mujeres, el nexo erótico con los otros; sin embargo, éste se mantiene en estado subyacente. La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, de la clase social, de la

identidad nacional, religiosa o política de las mujeres. Alzate plantea la cuestión de la siguiente manera:

...a lo largo de milenios de historia, los médicos, juristas y teólogos [...] han inculcado en las mujeres la idea de que ellas sólo alcanzan la plenitud de la condición femenina mediante la función procreadora, ejercida por supuesto luego de cumplir la formalidad matrimonial. Con ello se ha logrado arraigar en nuestra cultura la exaltada caracterización de la maternidad como el estado ideal y el destino “natural” de toda mujer. Esta lamentable creencia ha jugado un papel capital en la subyugación socioeconómica del género femenino. Mientras que el varón, con su trabajo creador y verdaderamente humano [...] se ha llevado la parte del león en la distribución de las tareas sociales. La mujer ha quedado reducida a soportar pasivamente su inmanencia biológica, realizando la labor puramente vegetativa de procreadora, complementada con la función servil de esposa. Obviamente, la sociedad falocrática tiene cuidado de alabar incesantemente la “gloria” de la maternidad y la situación de esposa, y hace énfasis en la satisfacción vicaria que la mujer pueda obtener con el triunfo de los hijos.¹⁸

Ser madre y ser esposa consiste para las mujeres en vivir de acuerdo con las normas que expresan su ser –para y de– otros, ejercer las funciones reproductivas y mantener las relaciones de servidumbre voluntaria. Esto es, las mujeres pueden estar al servicio, de manera temporal o permanente, de su esposo, hijos, padres, nueras, yernos, etc. En efecto, la mujer, aunque no tenga cónyuge ni hijos, es concebida como madresposa de maneras alternativas; cumple las funciones reales y simbólicas de esa categoría sociocultural con sujetos sustitutos y en instituciones afines.

Este cautiverio, el de las madresposas, supone una serie de atributos de comportamiento hacia los hombres: obediencia, protección, sacrificio, dulzura, abnegación, resignación, castidad, pertenencia; en fin, un conjunto de “atributos femeninos”. Se dice: “es toda una mujer”... “es una santa, aguantado todo”; esto, porque en medio del sufrimiento y el dolor, la mujer debe ser feliz como madre y esposa, porque se supone que el sacrificio es parte de su realización plena y

¹⁸ Alzate, *Ibidem*, p. 143.

satisfactoria. En este extremo, la felicidad de la mujer se identifica con el dolor y el sufrimiento, con la vida dura y el sacrificio; emociones y situaciones que culturalmente se alientan como positivas.

El segundo cautiverio que se aborda es el de las prostitutas. Ellas encarnan la poliandria femenina y son el objeto principal de la poligamia masculina, que es la predominante. Las prostitutas son la especialización reconocida por todos: su cuerpo encarna el erotismo y *ser de otros* expresa la disponibilidad secular de establecer un vínculo vital: ser usadas eróticamente por hombres diversos, que no establecen relaciones permanentes con ellas.

Putas designa a un conjunto genérico, el de las mujeres definidas por su erotismo, en una cultura donde el sexo y la prostitución han sido por mucho tiempo un tabú. Ideológicamente se identifica puta con prostituta, pero también son putas las amantes, las queridas, las vedettes, las exóticas, las encueratrices, las misses, las modelos y hasta las edecanes. De hecho, cualquier mujer puede ser puta si evidencia su deseo erótico, cuando menos en una etapa o en circunstancias específicas de su vida.

En *Regina Landa* aparece un personaje singular: Irma, mejor conocida como la Modelito, famosa por sus frecuentes conquistas y su soberbia insolente: “Un hombre con menos de quinientos pesos mensuales no existe para mí. [...] Su cara de Virgen a fuerza de maquillaje, su garbo y su elegancia en fuerza de artificios y ropa que le costaban ayunos y privaciones, caían como frágil disfraz en cuanto entraba a su casa” (*OC*, I, 878)

La prostitución es el espacio social, cultural y político de la sexualidad prohibida, explícita y centralmente erótica, de la sexualidad estéril, de la sexualidad que no pone en juego el futuro (a pesar de que muchas prostitutas son también madres). La prostituta vende su cuerpo-subjetividad, su situación social, que permite al comprador quedar en libertad cuando el tiempo de la transacción con la mujer llega a su término. Las prostitutas son parte de otros círculos particulares: ellas son madres en un número

elevado; pueden ser casadas, divorciadas, abandonadas; o bien, se pueden desempeñar como estudiantes, trabajadoras, profesionistas, trabajadoras domésticas, etcétera.

En la relación que Azuela hace en su *Registro* (1889) aparecen personajes femeninos, prostitutas que forman parte de otro círculo tal y como se plantea anteriormente:

N.: Mujer de veintitantos años, regularmente bonita de cara, buen color, formas medianas, carnes flojas, senos de madre, carácter ingenuo y bondadoso. Madre hace un año, trabajadora en costuras o fábricas de cigarros. En los malos días sin trabajo, y falta de recursos se ofreció, y sufre con resignación se suerte de animal inferior. (*OC*, III, 1197).

En otra descripción Azuela nos refiere:

Joven de unos 22 años. Blanca, bien proporcionada, dura de carnes, de aspecto muy atractivo y agradable. La vi hablando con P. y la mandé llamar. Estuvo muy amable, pendiente de la menor de mis indicaciones para satisfacerla gustosa. Se casó hace dos años, y la abandonó el marido hace uno. No se queja ni parece sentirlo; vive con una tía y plancha ropas ajenas. (*Ibid*, 1204)

Por otra parte, la prostituta es una mujer transgresora de un sistema normativo y afirmador de la exigencia social de la poligamia y la virilidad: las prostitutas son benéficas para la sociedad, porque con su actividad erótica, aseguran la virginidad indispensable de las mujeres destinadas a ser madresposas; además de favorecer la estabilidad de las relaciones monogámicas de los hombres. Así caracteriza Alzate el fenómeno biosocial de la prostitución:

Si bien la principal causa de la oferta sexual por parte de las mujeres es de naturaleza económica, la razón primaria de la demanda por parte de los hombres (factor masculino) es incuestionable de origen biológico, y consiste en el constante e imperioso impulso a satisfacer el apetito sexual que siente la mayoría de ellos, el cual es reforzado por el condicionamiento

cultural machista. Nuestra civilización erotófoba se ha empeñado vanamente en negar esta evidencia, con el resultado conocido: cuánto más puritana es la sociedad, mayor es la prostitución pública o clandestina. Además, como el hombre es promiscuo por naturaleza, el matrimonio monogámico e indisoluble y el requisito de la virginidad premarital femenina, impuesto por las sociedades más conservadoras, generan compensatoriamente el fenómeno prostitutivo.¹⁹

La prostitución no es sólo un trabajo o un conjunto de actividades; tampoco es únicamente una conducta o forma de comportamiento; es un modo de vida: ser prostituta abarca todos los aspectos de la vida de una mujer. Por otra parte, la estigmatización a que son sometidas las prostitutas, propicia que muchas de ellas pierdan el carácter liberal de su trabajo, y permite que prosperen los proxenetes (chulos, lenones, tratantes de mujeres), individuos que medran con la actividad de estas mujeres (aquí se incluyen los policías abusivos).

Asimismo, las monjas o religiosas son el grupo de mujeres que encarna simultáneamente la negación sagrada de la madrepasa y de la puta. Estas mujeres no procrean ni se relacionan con los otros a partir del servicio erótico. Esta especie de mutilación responde a un tipo de realización social y religiosa: las religiosas no tienen cónyuges, pero son madres universales y establecen un vínculo sublimado con el poder divino. Dentro de los conventos católicos se habla de que las monjas se casan con Cristo; es la forma particular en que realizan su feminidad.

Las Gutiérrez de Irapuato que aparecen en el tercer capítulo de *La malhora* (1923), son de alguna manera, ese grupo de mujeres que su vida gira en torno de la religión y sus deberes: “un rosario de cinco, alimento predecesor de cada alimento del cuerpo; padrenuestros y avemarías, credos salves y trisagios” (*OC*, II, 968)

En la relación espiritual con Dios se manifiesta el vínculo social de todas las mujeres con el poder: se trata de una relación de sujeción, de dependencia servil, ya sea al poder terrenal o a otro todopoderoso y divino. La monja es una consagrada que se

¹⁹ Alzate, *Ibidem*, p.179.

entrega a Dios masculino. El vínculo que relaciona a las monjas con la Iglesia y da forma y contenido a sus vidas consagradas es la sujeción a tres reglas: el cumplimiento de los consejos evangélicos o votos, la vida comunitaria y la realización de un carisma particular de acuerdo con la orden o instituto religioso al que pertenezcan. En la Iglesia, ser mujer significa asumir la desigualdad, subordinación y discriminación en todos los órdenes de la vida. El pacto de las monjas con Dios no se equipara en trascendencia al que establecen los monjes con el Ser divino. La opresión que sufren las mujeres en todos los ámbitos determina que su integración a las instituciones religiosas sea de una calidad inferior que la de los hombres.

En la Iglesia católica, a las mujeres no sólo se les impide ejercer el sacerdocio, sino que el contenido de su vida, la esencia de su relación religiosa con la divinidad, es diferente y desigual en comparación con la de sus supuestos pares, los monjes. Ninguna religiosa, por el hecho de ser mujer, puede desempeñar dentro de la Iglesia los papeles asignados a los hombres; no pueden tener el mismo rango ni, por lo tanto, asumir el poder. Los monjes y sacerdotes ocupan posiciones de poder totalmente inalcanzables para las monjas; hablamos de todos los niveles de poder, desde cura de pueblo, obispo, arzobispo, cardenal y hasta Papa. Las religiosas son incorporadas a las instituciones en calidad de sirvientes de la divinidad, y también de las instituciones religiosas.

Uno de los peores cautiverios es el de las presas, aunque, de hecho, todo cautiverio implica una prisión; un conjunto de límites materiales y subjetivos, de tabúes, prohibiciones y obligaciones impuestas como parte de la subordinación. Las presas simbolizan la prisión de las mujeres en tanto género; una prisión material y subjetiva: la casa es presidio, encierro, privación de la libertad. En el caso de las presas, son reaprisionadas objetivamente por parte de las instituciones del poder. La prisión es punitiva y a la vez pedagógica para las mujeres, puesto que sus delitos son atentados contra la sociedad, que tienen un sello genérico específico; su prisión, entonces, es ejemplar.

Las locas, por su parte, actúan la locura genérica de todas las mujeres, cuyo paradigma es la racionalidad masculina. Sin embargo, la locura es también vivir en uno de los espacios culturales que devienen del cumplimiento y la transgresión de la feminidad. Las mujeres enloquecen de tanto ser mujer, y también porque no pueden serlo plenamente; o para no enloquecer definitivamente. Las mujeres locas son las suicidas, las santas, las histéricas, las solteronas, las brujas y las embrujadas, las monjas, las posesas y las iluminadas; las malas madres, las madrastras, las putas, las castas, las lesbianas, las menopáusicas, las estériles, las abandonadas, las políticas, las sabias, las artistas, las intelectuales, las mujeres solas y las feministas.

Casa, convento, burdel, prisión y manicomio son espacios específicos de las mujeres. La sociedad y la cultura hacen a la mujer ocupar uno de estos espacios, y en ocasiones más de uno a la vez. Estos cautiverios se generan, cada uno en mayor o menor medida, en torno a aspectos definitorios del concepto de feminidad dominante; tanto de la aceptada y buena, positiva y saludable, como de la oculta, negada, enferma y delictiva. Cada mujer es única, y en su complejidad puede tener varias de las características que se definieron teóricamente; es común que las mujeres encuentren formas de vida que rompen con los moldes más tradicionales.

El personaje Berta en *Las tribulaciones* nos permite ver a una mujer subyugada por el amor a Pascual, pero finalmente confinada al espacio único de la casa. Berta “ajada por el perenne dolor” vive cautiva en esa mansión de lujo y ostentación, pero en absoluta soledad y desamor.

Por un largo tiempo, Altagracia, en *La malhora*, deambula por las pulquerías del barrio de Tepito: ella se ve reducida a “cosa de pulquería, a una cosa que estorba y a la que hay que resignarse” (*OC*, II, 954). Pero también su espacio puede ser un hospital, lo mismo que una húmeda galera de la Comisaría. Y puede afirmarse asimismo, que esta mujer –sin permanecer en ningún manicomio– raya en la locura: el alcohol y la droga eclosionan en su trastocado cerebro.

Las diferencias entre mujeres, derivadas de su posición de clase, el acceso a la tecnología, su contacto con las diferentes sabidurías; su modo de vida selvático, rural o urbano, son tan significativos que pueden construir grupos de mujeres con características muy especiales. Por ejemplo, el grupo de mujeres sometidas a una doble opresión, la genérica y de clase; el de las que están sujetas a la opresión genérica pero no de clase; el grupo de mujeres que sufren una opresión triple: de género, clase y étnica o nacional; las mujeres que sufren todas las opresiones, agravadas por condiciones de hambre y muerte. Independientemente, pues, de las particularidades de clase, raza, etc., todas las mujeres son susceptibles de sufrir formas terribles de violencia genérica. En algunos pasajes de la obra de Azuela, puede detectarse este tipo de violencia, como veremos más adelante.

1.3 Las diversas formas de violencia contra la mujer

Como ya se mencionó anteriormente, el sistema patriarcal surgió prácticamente desde los albores de la historia. Tiempo después, en la Edad Media, el poder religioso excluyó a la mujer en nombre de Dios. Cuando se desarrolló ese gran cambio cultural que se conoce como Renacimiento, pudo haber cambiado el papel de la mujer en la sociedad; sin embargo, se impuso nuevamente una visión de dominio masculino, no sólo sobre la mujer sino también sobre la naturaleza.

Otro momento crucial para la configuración de una sociedad asimétrica lo constituyó el triunfo de las revoluciones liberales en Francia y Estados Unidos. Con ellas se promulgaron la igualdad jurídica, así como los derechos humanos y las libertades políticas; sólo que esas conquistas no se hicieron extensivas a las mujeres; por el contrario, se les excluyó como si no fueran parte del género humano. Este hecho marcó el surgimiento de la lucha feminista en el mundo, la cual se expresó en una etapa inicial como lucha por el derecho al voto.

En el siglo XIX fue perdiendo terreno la moral religiosa, que veía las virtudes humanas como una ofrenda a Dios y como garantía de la salvación eterna en el tribunal divino. El lugar fue ocupado por una moral laica, que concibió la virtud como forma racional de búsqueda de la verdad y del perfeccionamiento humano; como dice Gilles Lipovetski:

A diferencia de la moral cristiana que deja entrever la esperanza de la felicidad eterna, las morales modernas han valorado el principio del desinterés absoluto como condición de la virtud. En adelante, la moralidad es lo que exige la total abnegación, el sacrificio integral, la obediencia incondicional y desinteresada al imperativo del Bien.²⁰

²⁰ Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. p. 34.

Nuevas formas de pensamiento, como el socialismo marxista o el positivismo de Comte, responden ante la angustia por la muerte de Dios con un optimismo basado en la capacidad intelectual y en la fuerza transformadora de las masas. Entonces se creyó en que era posible alcanzar el perfeccionamiento humano a partir de la educación y del progreso continuo de la sociedad. En última instancia, se trata de una especie de regeneración del género humano, con base en las luces del conocimiento y la adquisición de una moral recta.

Durante el siglo XIX se avanzó en la defensa de las libertades individuales, pero los derechos humanos no integraron el deseo libidinal como uno de esos derechos naturales. Las relaciones dentro del matrimonio se valorizaron no con base en el placer, sino como parte del ideal de las virtudes domésticas. En tanto que a partir de la idea de reforzar el orden y la moral social, las sexualidades marginales se persiguieron por ir en contra de las virtudes de templanza e higiene.

El desarrollo industrial y el crecimiento poblacional de las ciudades trajeron consigo el incremento de la miseria popular, la proliferación de los tugurios, el alcoholismo, la prostitución, así como el aumento del fenómeno del concubinato y los nacimientos ilegítimos.

Muchas de las novelas de Azuela se refieren frecuentemente a estos fenómenos. En su novelística observamos también, a gente que, desplazada por la Revolución, se ve obligada a vivir en la ciudad de México. En obras como *Las moscas* (1918), *Las tribulaciones de una familia decente* (1918) encontramos ese flujo migratorio. En novelas como *La malhora* (1923), *La luciérnaga* (1932), *Sendas perdidas* (1949) podemos sumergirnos en el microcosmos de la vida de arrabal: proliferación de pulquerías, vicio, prostitución, delincuencia y desintegración familiar. Por citar un ejemplo, en *La luciérnaga* encontramos un ambiente de miseria popular:

[...] elementos dispersos de una gran sinfonía gris que, al cabo de los años, en abandono desolador y en la tristeza del pueblo silencioso, habrá de reconstruirse en un suspiro hondo y amargo,

en su grandiosa magnificencia de miseria, dolor y de angustia. Concierto de notas broncas, tejados podridos y montones de basura alternando con cuarterones de leguminosas y cerros desmoronables de cereales. [...] y el rumor de la mustia muchedumbre que no supo nunca de un oro que brilla arriba. (OC, I, 573-574)

Y de la proliferación de pulquerías en esos barrios, el narrador nos dice:

De furgones hediondos a estiércol en fermentación, hombres sucios y descalzos bajaban enormes barricas de pulque que, al caer, hacían bambolear los carros. [...] Un barril fue rodado hasta las maderas del fiscal. Se le ajusto una llave de madera, y un piojoso fue el primero en recibir entre sus gruesos belfos el chorro blanquecino y glutinoso. Luego la multitud se aglomeró en fraternal ágape: humildes mecapaleros, gendarmes, empleados de la estación y hasta algún señor pulquero a la puerta. (*Ibid*, 628)

El sistema capitalista se consolidó en el siglo XIX reforzando el patriarcado que no sólo confina a la mujer al ámbito doméstico, sino que ahora también imponía el dominio absoluto del hombre en el ámbito laboral. El capitalismo requirió la mano de las mujeres, en las fábricas, con lo que asumían así una doble jornada. A las mujeres no sólo se les negaron sus derechos políticos, sino que en el ámbito laboral también se les escatimaron derechos a través de condiciones desfavorables de contratación, menores salarios e incluso acoso sexual. De esta manera se ejerció el poder masculino que mantenía una relación inequitativa entre géneros. Simone Beauvoir sentencia:

La historia nos muestra que los hombres han tenido siempre todos los poderes concretos; [...] han juzgado útil mantener a la mujer en un estado de dependencia; sus códigos han sido establecidos contra ella y de ese modo ha sido convertida concretamente en el Otro. Esa condición servía a los intereses económicos de los machos, pero convenía también a sus pretensiones ontológicas y morales.²¹

²¹ Simone de Beauvoir. *El segundo sexo*. p. 185.

En las primeras décadas del siglo XX se exaltaron los derechos del individuo, se reivindicó la autonomía y el espíritu del placer frente a un capitalismo que a menudo derivó en militarismo fascista y un socialismo autoritario; sin embargo, en el mundo occidental, la idea prevaleciente era una *salubridad democrática*, mientras que una idea semejante de orden moral se impuso en los países socialistas. En ambos casos se trataba de mantener las virtudes de orden y templanza. Los encargados de promover esto eran principalmente las asociaciones filantrópicas, como dice Lipovetsky:

Con el fin de obstaculizar el doble peligro que representa el individualismo inmoderado por un lado, y el socialismo “despótico” que aumenta las prerrogativas del Estado por el otro, los filántropos se comprometen en la vía de regeneración del pueblo, del control de las almas y de las conductas exigiendo nuevas leyes represivas del alcoholismo, la pornografía o la licencia en las calles. Los filántropos modernos se definen en primer lugar como educadores, reformadores de la sociedad civil y de la vida privada, dedicados como están a la construcción de la ciudadanía republicana.²²

El tipo de educación que se desarrolla durante la mayor parte del siglo XX va a privilegiar la formación del niño, pero con base en un modelo disciplinario y de obediencia a la autoridad parental. La figura del jefe de familia se mantiene incólume como en los mejores tiempos del sistema patriarcal. Finalmente, el hombre es el que decide y ordena el papel de los integrantes de la sociedad. Un ejemplo lo encontramos en *Las tribulaciones* donde Pascual, hombre ambicioso, toma todas las decisiones sobre el futuro de su singular familia –sólo Berta y él– ella no tiene ni voz ni voto.

En el seno de la sociedad y de la familia se reprodujo la subordinación que la mujer tiene frente al hombre y que en los albores del siglo XXI sigue vigente: es lo que algunos han llamado el Síndrome de Agresión a la Mujer. Éste comprende el maltrato en el medio familiar, la agresión sexual dentro de la vida en sociedad y el acoso en el ámbito laboral.

²² Lipovetsky, *Ibidem*, p. 43.

Azuela, en su obra, ha descrito este síndrome, aunque sin llamarlo de esa manera. Un ejemplo se da en *Las tribulaciones* donde Berta sufre agresión sexual en su propia casa por parte de un amigo de su esposo: “Si los amigos nuevos de Pascual le pesaban a Berta como los eslabones de una cadena de presidiario, don Ulpiano Pío le hacía el efecto de catapulta. ¡Si Pascual supiera! ¿Pues no se había atrevido el vejete idiota e insolente a hacerle el amor? A ella, ¡Jesucristo!, ¿a una mujer casada! (OC, I, 497-498)

Mas adelante el narrador nos habla más acerca de esta agresión sexual:

Como culebra que se enroscara a su talle, sintió el brazo enjuto y correoso que le aprisionaba, [...] Flotaron en el aire sedas y gasas, brillantes abalorios, y los hilos castaños de una cabellera deshecha, Una hilera blanca y aguzada de marfil postizo hincó sus filos en los labios lívidos y secos. Berta apenas pudo contener un grito. (*Ibid*, 514-515)

Por otra parte, se han discutido los factores que determinan la conducta agresiva de los hombres hacia la mujer. Se habla de que los hombres agresivos suelen tener adicciones, sobre todo al alcohol y las drogas, o que sufren presiones económicas fuertes. También se ha señalado la tendencia innata del hombre a la agresividad, así como el aprendizaje infantil de la violencia, sobre todo cuando siendo niños fueron víctimas de ella. No ha faltado quien señale a las mujeres como responsables de las conductas masculinas violentas, debido a las actitudes provocadoras o marcadamente sumisas y victimistas. Sin embargo, la realidad muestra que el verdadero origen de la violencia contra las mujeres radica en la estructura social de inequidad entre los géneros.

El trasfondo de este tipo de violencia es un sistema jurídico en el que los hombres han hecho las leyes, entre otras cosas, para mantener su dominación de género. Esto incluye instituciones estatales que son insensibles al sufrimiento y la demanda de apoyo de las mujeres maltratadas; discursos religiosos judeocristianos que ponderan la capacidad de perdón, el espíritu de sacrificio a favor de los otros...

En *Mala yerba*, Marcela acude a las autoridades para denunciar a don Julián, pero el Alcalde simplemente “no puede menos de rechazarla por incoherente y oficiosa. La viejas son chismosas por naturaleza y el Juzgado tiene de sobra para divertirse y no dar oídos a la primera comadre que se presente” (*OC*, I, 219-220)

El fenómeno de la agresión siempre ha estado presente en la historia de la sociedad; el papel del fuerte lo ha asumido el hombre, mientras que el del débil se le ha otorgado a la mujer. En años recientes, destaca el interés por la comprensión de la violencia intrafamiliar, en la que predomina la violencia en contra de las mujeres. A pesar de los derechos conquistados por los movimientos feministas, este tipo de violencia no es sólo un problema del pasado; desgraciadamente, es un fenómeno actual, recurrente, y que en muchos países va en escalada.

La violencia familiar ha sido un problema social de grandes dimensiones. Sus consecuencias ponen aún en riesgo la salud e incluso la vida de los grupos que son más vulnerables en función de su sexo, edad y condiciones físicas. En la mayoría de los casos, esta violencia es ejercida por hombres en contra de mujeres y niñas.

En la novela *La luciérnaga* (1932), Dionisio es el típico macho que responde con alcohol y agresión en contra de la mujer y de la familia a sus frustraciones personales:

De la cantina regresa tambaleándose, y su entrada es un estrago de puertas, sillas, mesas y vidrieras rotas. Las mujeres se refugian en un rincón. Pero allá va él con la navaja de afeitar abierta. [...] Relampaguea el acero en su mano, no para abrirse su propia nidada de serpientes, sino para rebanar el cuello de su mujer y de sus hijos, que se han precipitado a la puerta pidiendo auxilio a grandes alaridos. (*OC*, I, 572-573)

La sociedad mexicana ha sido una sociedad catalogada como machista, cosa que es fácil de demostrar si observamos el estilo de vida de la mayor parte de la población, para la cual la figura del hombre desempeña un papel muy importante, al grado de representar la fortaleza de la familia. Por esta percepción errónea, muchas familias en México tratan de mantener a cualquier precio el matrimonio, se sobrevalora la opinión

de la sociedad ("el qué dirán"), y se llega a situaciones extremas en las que las mujeres soportan malos tratos, con tal de hacer creer a los vecinos, amigos y familiares que su matrimonio es estable. Y lo mismo ocurre con las parejas de novios, e incluso en casos extremos, entre amigos.

Nuevamente, Berta en *Las tribulaciones*, soporta no sólo la soledad y la indiferencia total de su esposo, sino que además pretende ocultar su deprimente situación conyugal a su familia. Es Lulú, su hermana quien se da cuenta de todo: "Enternecida de repente, Lulú cogió a su hermana entre los brazos y la cubrió de besos: ¡Pobrecita hermana mía! ¡Quién ha cambiado eres tú!... ¿Él? ... ¡pst!... ¡Él es el de siempre!" (OC, I, 513)

Por lo general, los patrones culturales en México establecen que la violencia es una forma "normal" en las relaciones de pareja. Por ello, un gran número de víctimas y de agresores no consideran que su relación sea violenta, a pesar de existir formas diversas de maltrato físico, psicológico y de abuso sexual. Las formas más frecuentes de violencia contra las mujeres son el maltrato psicológico: amenazas de daño físico; de secuestro de los hijos; de abandono; de retirar el sustento económico; etc. La intimidación es otra forma de violencia contra la mujer, y consiste en generar miedo a través de miradas, de acciones o gestos; destrozar objetos personales; maltratar a sus mascotas; chantaje; ostentar armas; entre otras cosas. También se da la desvalorización de la pareja: hacerla sentir inferior, humillarla, culpabilizarla, insultarla con apodosos ofensivos, generar confusión en ella, desacreditarla, etcétera.

En cuanto al maltrato físico, existen las bofetadas, puñetazos, patadas, intento de estrangulación y homicidio. En lo que respecta al abuso sexual, las relaciones son forzadas o condicionadas. Existen otras formas de coerción sexual, como son diversas prácticas eróticas por parte del varón, sin el consentimiento de la pareja involucrada.

En la obra de Azuela encontramos un pasaje en *De "Agua-fuertes"* que ejemplifica perfectamente las reflexiones anteriores:

Porque ella es toda una pecadora: es la serpiente hecha mujer. Pecan sus ojos en una cuenca que se desvanece en la suavísima vertiente de la ojera lánguida, pecan sus labios carnosos y frescos como manzana recién cortada y peca su cuello palpitante en inconscientes estremecimientos de deleite. Toda ella es un delicioso pecado de forma, de flexibilidad y de ternura. [...] ruidosamente penetra su hombre que, con la ebriedad, le trae injurias, amenazas y golpes. Y como una conflagración de desdicha siente en aquel preciso momento, con angustia infinita, que algo se remueve en su vientre... ¡Un eslabón más a la cadena!... Pálida, intensamente pálida, cae desvanecida hasta que la paliza de turno la despierta del desmayo. (OC, III, 1255-1257)

Se puede afirmar que también el abuso económico es una forma de violencia hacia las mujeres. Consiste en impedir que la mujer trabaje o que mantenga su empleo; no aportar el hombre al sustento de la familia; no informar el monto de los ingresos familiares e impedir el acceso a éstos; disponer sin el consentimiento de la cónyuge del dinero y de los bienes inmuebles que forman parte del patrimonio familiar. El abuso económico también es conocido como abuso patrimonial.

En *Las Tribulaciones*, Berta se da cuenta tardíamente del poder económico que ha logrado obtener Pascual –hijo legítimo del procedimiento “avance” de los nuevos ricos– y lo que esto genera en su relación conyugal. La nueva vida de este personaje, Berta, es un vida llena de lujos, pero al mismo tiempo, llena de limitaciones, ella está en cautiverio, y va muriendo poco a poco. El poder económico y el desamor de Pascual, avasalló a Berta:

[...] después de una hora de éxtasis, sintió que todo dormía en torno, que el ambiente frío, el silencio y la soledad soplaban un hálito de panteón sobre su rostro, [...] y sobre sus ojos claros, de suyo tan inexpresivos, descendió un velo de melancolía, revelando una vieja pena. (OC, I, 492)

Entre las conductas para ejercer dominio y control están el aislamiento: impedir, controlar o supervisar la vida social y familiar de la mujer; limitar lo que hace y lo que

dice; impedir controlar o supervisar su acceso a la información; prohibir el uso de métodos anticonceptivos y para la prevención de infecciones de transmisión sexual.

Otra forma de control es la manipulación de los hijos. Culpar a la mujer por el comportamiento de los hijos; usarlos como intermediarios o mensajeros en la relación de pareja; maltratar o abusar de los hijos. El impacto de la violencia familiar en la salud de las mujeres es alarmante. El abuso del compañero y la agresión sexual, así como el abuso sexual en la niñez, pueden tener graves consecuencias: homicidio, suicidio, mortalidad materna, etc.; además de problemas de salud física: lesiones, daño funcional, síntomas físicos, somatizaciones, discapacidad y obesidad grave. En cuanto a los trastornos crónicos, se cuentan los síndromes de dolor crónico, de intestino irritable, trastornos gastrointestinales y fibromialgia.

Un claro ejemplo del abuso sexual y las consecuencias que esto conlleva lo encontramos en el personaje de Altagracia, protagonista de *La Malhora* (1923) que se verá oportunamente en capítulo cuatro.

En el renglón de la salud mental, se puede desencadenar estrés post-traumático, depresión, ansiedad, insomnio, fobias, trastornos de pánico, disfunción sexual, autoestima baja y abuso de sustancias. El tabaquismo, el abuso de alcohol y drogas, el comportamiento sexual arriesgado, entre otros, son los comportamientos negativos consecuentes. No debe omitirse que muchas de las jóvenes que sufrieron abuso sexual son orilladas –bajo circunstancias específicas y adversas difíciles de superar– a ejercer la prostitución.

Podemos citar aquí a Maria Luisa de la novela del mismo nombre (1907), quien después de haber sido abandonada por Pancho, ella es orillada al ejercicio de la prostitución, no sin antes pasar por el abuso de alcohol y estados terribles de depresión y ansiedad:

¡El alcohol! ¡El alcohol! El terror y la atracción del abismo [...] Borrachera que sería el primer eslabón de una cadena sin fin. Así como al despertar de sus sentidos no había podido resistir la

influencia de su raza degenerada, detenida solamente por artificios de educación, al encontrar en el alcohol el remedio de sus penas, una vez dado el primer paso, nada ni nadie sería capaz de contenerla [...]. (OC, II, 745)

Otra de las formas específicas de violencia en contra de las mujeres es el acoso sexual en el ámbito laboral. El acoso sexual se origina en la cotidianeidad, pero en muchas ocasiones es poco visible. Lo anterior, entre otros factores, por la normalización de la cultura seductiva. Sin embargo, si el encuentro intersexual es sano en sí mismo, hay un límite un tanto difuso en el que las prácticas seductivas se transforman en hostigamiento sexual. Por otra parte, estamos tan acostumbrados al abuso del poder, y en particular a la prepotencia machista, que este tipo de acoso tiende a ser tolerado por la sociedad; sobre todo en la medida que no hay una cultura de la atención y la denuncia.

El acoso sexual se conceptúa como un acoso en el que se utiliza el sexo (entre otras cosas) para lograr poder, o como un acoso en que se usa el poder para obtener sexo. Este acoso sexual constituye un mecanismo de control, del cual se vale el varón para mantener una relación de dominación y de subordinación que convierte a la mujer en un objeto del cual puede disponer a conveniencia.

El hostigamiento sexual en el espacio laboral se puede identificar en la forma en que los varones se relacionan con ellas, y que incluyen miradas, comentarios, tocamientos, requerimientos sexuales y en último extremo, la violación. Sin embargo, este asedio no está confinado únicamente al mundo laboral, sino que, por el contrario, puede presentarse potencialmente en cualquier escenario de interacción social entre los géneros. Como veremos más adelante, en *Regina Landa*, la protagonista sufre el acoso y hostigamiento sexual por parte de compañeros y jefes del lugar donde labora.

Las formas de violencia contra las mujeres, como hemos visto, se pueden rastrear también dentro de las obras de Mariano Azuela. Ahora es necesario ejemplificarlas de acuerdo con los diferentes ámbitos en que se desenvuelven los personajes, porque son

muy diferentes las condiciones y los tiempos. En los capítulos siguientes encontraremos a una mujer del campo como Marcela en *Mala yerba*. Los personajes casi invisibles que aparecen en *Los de abajo* como Camila o la Pintada, que se desenvuelven en plena revolución. Altagracia en la *Malhora* que nos instala –pasada la revuelta social– en el mundo del arrabal y el vicio. Y la protagonista de la novela *Regina Landa*, mujer citadina, que deambula en el ámbito burocrático de los tiempos del gobierno cardenista.

Todos estos personajes femeninos nos darán cuenta de la mujer y su casi perenne subordinación, abnegación, sacrificio y opresión en los diferentes tiempos y espacios en una cambiante sociedad mexicana.

2. Mala yerba (1909)

2.1 Etapa prerrevolucionaria

El régimen Porfirista es la etapa de la historia de México comprendida entre 1876 y 1911. Durante esos años gobernó el general Porfirio Díaz, salvo el breve periodo (1880-1884) en que fue presidente Manuel González. El porfiriato es una época de transformaciones rápidas y trascendentes: la construcción del ferrocarril, el tendido de las líneas de telégrafo y de la electricidad, la inversión de nuevos capitales, etc. estimulan la economía regional, pero al mismo tiempo se ahondan las diferencias económicas hasta un punto insostenible al favorecer la concentración de la tierra y el surgimiento de caciques locales generando así la desposesión de mucha gente.

La violencia fue en aumento en los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz. El repudio a quienes estaban en proceso de enriquecerse se manifestó a través de la utilización de formas de agresión tales como incendios intencionales a graneros. Obviamente, estas tensiones en la estructura social se canalizaron principalmente hacia el deterioro de las relaciones interpersonales, preludio terrible a la violencia que luego se desataría en la Revolución.

En aquella época, Díaz y los “científicos” –liderados por el secretario de Hacienda, José Ives Limantur– veían como parte del progreso de México el que los extranjeros vinieran a colonizar el país y en él invirtieran su dinero; por eso les daban muchas facilidades: adquirieron grandes haciendas, ricos campos petroleros y minas; también eran dueños de fábricas, bancos, comercios y de los telégrafos y teléfonos. La construcción de edificios, pavimentación y drenaje era parte de sus negocios. Durante el siglo XIX los gobiernos liberales dictaron leyes que favorecieron el despojo de tierras de las comunidades indígenas. Más tarde, Porfirio Díaz promulgó nuevas leyes para colonizar terrenos desocupados, pero aprovechó para engañar a los pueblos y quitarles sus dotaciones de agua y sus mejores tierras.

Los capataces vigilaban el trabajo de los peones, ayudados por una policía especial, contratada por la hacienda, que era conocida como guardia rural. Frecuentemente en las haciendas no se pagaban los salarios con dinero sino con vales, que se canjeaban en la tienda de raya por alimentos, velas, manta para ropa y cobijas. En estas tiendas se aumentaba el precio de los productos y como generalmente el trabajador no sabía leer ni escribir se alteraban las cuentas, por lo que siempre quedaba debiendo. Las deudas pasaban de padres a hijos; y si alguien intentaba escapar, la guardia rural lo devolvía después de castigarlo.

La mayoría de los propietarios de haciendas eran mexicanos muy ricos que vivían en la ciudad y mandaban a sus hijos a estudiar al extranjero. De vez en cuando visitaban sus propiedades en el campo, y por eso la hacienda tenía una casa amplia y bien protegida, con capilla propia. Además contaba con casas para los administradores, dormitorios para los criados y los peones, caballerizas, graneros, instalaciones con maquinaria y una cárcel. Francisco González Gómez cita:

Frente a un puñado de latifundistas, que no llegaban a 12 mil, se alzaban 70mil comunidades rurales donde habitaban 2 millones de aparceros y 1.5 millón de acasillados. El 96% de la población rural estaba integrado por peones. Los pueblos y las comunidades poseían el 1% de la superficie cultivable. Hacía 1910 el 90% de las familias campesinas carecía de tierra. Apenas 15% de las comunidades conservaban algo de su tierra. El 90% de las comunidades del altiplano central, la región más densamente poblada, carecía de terrenos de cultivo.¹

En las ciudades, al igual que en el campo, el descontento era muy grande. Los obreros tenían que trabajar jornadas de más de catorce horas para recibir un sueldo que no alcanzaba para nada. El trabajo era inseguro y los mejores puestos y los salarios más altos eran obtenidos por técnicos extranjeros. Los niños, en vez de asistir a la escuela, se contrataban en las fábricas para ayudar un poco a sus familias.

¹ Francisco González Gómez. *Historia de México* 2. p. 23.

Los hermanos Flores Magón fundaron un partido político y un periódico que se oponía a la dictadura de Porfirio Díaz. Sus ideas libertarias influyeron en los trabajadores, que en los primeros años del siglo XX organizaron huelgas y levantamientos.

En Sonora, por ejemplo, los mineros del cobre exigieron que el tiempo de trabajo se redujera a ocho horas, que se les pagara igual que a los extranjeros y que se quitaran a los capataces más crueles. Éstos se pusieron en huelga. Sin embargo, el dueño de la mina, la Cananea Consolidated Company, llamó a los guardias rurales y a soldados de Estados Unidos para que acabaran con la huelga. Y en el estado de Veracruz, los obreros de la fábrica de telas de Río Blanco quemaron la tienda de raya para protestar por los abusos. Ambos movimientos estremecieron la estructura del porfiriato, y el ejército de esta dictadura avasalló a los obreros mexicanos para proteger intereses de extranjeros. Estas dos huelgas, sin embargo, de extraordinaria importancia, marcaron la historia del origen del movimiento obrero mexicano.

Por su puesto, estos no fueron los únicos conflictos sociales. Durante la Dictadura Porfirista se prohibió a los trabajadores que formaran organizaciones o iniciaran cualquier revuelta o manifestación para defender sus derechos laborales, castigándose con multas e inclusive prisión, a quienes desobedecieran.

En la ciudad de México los periódicos seguían hablando de don Porfirio como el hombre que trajo la paz y la prosperidad al país. Fue durante su gobierno cuando se construyeron algunas colonias elegantes, como la Roma y la Condesa, con edificios que seguían la moda francesa de la época; en las calles principales se introdujo la iluminación eléctrica, se colocaron adoquines y alcantarillas y se instaló el servicio telefónico; grandes tiendas de departamentos exhibían artículos importados de Europa. Igualmente se destruyeron hermosas construcciones de la época colonial para abrir amplias avenidas, por las que circulaban los nuevos tranvías eléctricos que desplazaron a los de mulas. Muy pronto hicieron su aparición los automóviles.

En 1910, en la capital, Porfirio Díaz encabezó las festividades del Centenario de la Independencia: se inauguraron edificios públicos, monumentos y escuelas; se realizaron

bailes y banquetes y un magno desfile al que asistieron personalidades de todo el mundo. La nueva arquitectura de hierro y cristal se introdujo en el país; un buen ejemplo es el Palacio de Exposiciones conocido actualmente como Museo del Chopo. Sin embargo, el fin de la dictadura porfirista estaba cerca, y la crisis se expresaba en todos los niveles de la vida del país. No fue sólo la crisis de un sector, sino que fue económica, política y social. Se habían acumulado una gran cantidad de tensiones de todo tipo. El último periodo de Díaz se vio conmocionado por graves crisis económicas y por amenazantes conflictos sociales. Muy pronto, estallaría una violenta revolución.

Azuela inicia su obra literaria en este contexto. Cuando el país vive una etapa llena de turbulencias sociales y políticas, y al mismo tiempo, la vida intelectual de México parece revitalizarse y busca transformaciones culturales.

Sus novelas pueden ser clasificadas como representantes de cuatro tendencias narrativas bien definidas, que de alguna manera se corresponden con el cambio que el escritor observa con su entorno social y político.

El primer período literario comprende las obras escritas antes de 1910, también llamadas prerrevolucionarias o naturalistas. El segundo es el que se denomina como narrativa de la Revolución y, son las novelas escritas entre 1911 y 1918. El tercer ciclo está conformado por las llamadas novelas “herméticas” o de “experimentación” que van de 1923 a 1932. Y en el último período están las novelas “políticas” escritas a partir de 1937 hasta la muerte del autor.

Las novelas prerrevolucionarias o naturalistas son: *María Luisa* (1907); *Los fracasados* (1908); *Mala yerba* (1909) y *Sin amor* (1912).

Existen tres factores importantes en el camino de Azuela hacia la literatura: las narraciones rancheras en su niñez, los años de estudio en Guadalajara y el círculo de escritores de Lagos en la primera década del siglo XX. De niño cursó sus primeros años en el Liceo del Padre Guerra. Durante el ciclo escolar extrañaba las vacaciones pasadas del rancho, así como los cuentos en labios del abuelo materno, don José Ma. González:

“Ahí tienen ustedes no más para bien saber y mal contar, que si fuera mentira pan de harina, si fuere verdad pan será: el pan para los muchachos, el vino para los borrachos y el chirrión para los machos. Les voy a contar el de Pedro de Urdimalas...”²

La infancia de Azuela fue especialmente feliz y de un constante contacto con el campo, el mismo nos relata: “embriaguez campestre: el sol quemante, los cielos tempestuosos con bocazas de lumbre y sus truenos a reventar los oídos, los campos fertilizados, la vida estallando en todas partes...”³ Entre la tienda y el rancho de su padre, Azuela pasa sus primeros años: “de año en año: una es la charla gárrula de las marchantas regateando el taco de manteca y la cuartilla de petróleo [...] Uno es el peladito que entre copa y botana me enseña caló leperusco con infinidad de calambures que poco a poco voy descifrando...”⁴ De ahí que el novelista conozca muy bien la vida de campo, a sus habitantes, su visión de la vida, su lenguaje, y todo esto lo llevaría en tiempos venideros a la escritura de sus novelas.

Azuela prosiguió con sus estudios y tuvo la necesidad de abandonar su querido pueblo, el rancho con todos sus atractivos que le hacían sentir la plenitud de la vida:

Llegó el momento fatal: adiós a mi querido y dulce pueblecito, adiós a la trastienda, a la bodega y al tapanco, a mis libros predilectos y extraviados entre pilones de cascalote y garrafones de membrillo y anisete; adiós a mi rancho adorado que me dio horas y días como nunca he disfrutado en mi vida.⁵

Azuela continúa sus estudios en Guadalajara, primero en el Seminario; continuó después en el Liceo de varones del Estado, para pasar a la Escuela de Medicina, donde nace un deseo auténtico por dedicarse a la actividad literaria. En 1896 publica su primer relato, *Impresiones de un estudiante*, con el seudónimo “Beleño”, en la revista *Gil*

² Luis Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. I. p. 36.

³ *Ibidem*, p. 31.

⁴ *Ibidem*, pp. 27-28.

⁵ *Ibidem*, p. 38.

Blas Cómico de la capital. Y en 1903, el autor es premiado en los Juegos Florales de Lagos de Moreno con el cuento *De mi tierra*.

En cuanto a sus influencias literarias, él ha hablado elogiosamente de varios escritores mexicanos del siglo XIX. En *Cien años de novela mexicana*, el escritor se refiere a los novelistas que él considera más importantes a partir del triunfo de la Revolución de Independencia hasta la segunda década del siglo XX. Azuela advierte “que este trabajo nada tiene de didáctico, por más que así lo parezca [...] Clasifíquese como se quiera, no es realidad más que la expresión fiel de mi pensamiento, de mis aficiones y de mis gustos personales” (*OC*, III, 569).

Y así reconoce aciertos y comenta abundantemente novelas y escritores como José Joaquín Fernández de Lizardi (*El Periquillo Sarniento*); Luis G. Inclán (*Astucia*); Manuel Payno (*Los bandidos de Río Frío*); José Tomás de Cuellar (*La linterna mágica*); Vicente Riva Palacio (*Martín Garatuza*); Ignacio M. Altamirano (*El Zarco*); Rafael Delgado (*La calandria, Los parientes ricos*); José López Portillo y Rojas (*La parcela*); Emilio Rabasa (*La bola*); Manuel H. San Juan (*El señor gobernador*); Federico Gamboa (*Suprema ley, Santa*); y Heriberto Frías (*Temóchic*).

Por otra parte, se sabe que leyó con avidez a algunos de los escritores realistas y naturalistas que estaban de moda hacia finales del siglo XIX. Uno de los escritores favoritos del novelista jalisciense es Honorato de Balzac, a quien considera el novelista más grande de todos los tiempos. “Cada novela se relaciona con las otras, los mismos personajes reaparecen encadenados en un drama de cien cuadros y cada uno nos recuerda a los demás, en cada página alienta la comedia humana”, afirma con vehemencia Azuela (*Ibid*, 830).

La escuela naturalista en ese momento estaba en su apogeo: los Goncourt, Zola, Daudet, Maupassant, deja una clara influencia en la narrativa de Azuela, al igual que Flaubert y Daudet.

Una de sus primeras novelas fue *Mala yerba* (1909), se advierte, desde el título, la influencia de la corriente naturalista. Emilio Zola habla con respecto a esta corriente en *La novela experimental*:

En suma, toda la operación consiste en tomar los hechos en la naturaleza, después en estudiar los mecanismos de los hechos, actuando sobre ellos las modificaciones de circunstancias y de ambientes sin apartarse nunca de las leyes de la naturaleza. Al final, está el conocimiento del hombre, el conocimiento científico en su acción individual y social.⁶

Más adelante asevera:

Esto es lo que constituye la novela experimental: poseer el mecanismo de los fenómenos en el hombre, demostrar los resortes de las manifestaciones intelectuales y sensuales como nos los explica la fisiología, bajo las influencias de la herencia y de las circunstancias ambientales, después de mostrar al hombre vivo en el medio social que él mismo ha producido, que modifica cada día y en el seno del cual manifiesta, a su vez, una transformación continua.⁷

En efecto, Mariano Azuela integra la corriente naturalista a su novelística, especialmente durante su primer período literario, el autor afirma: “En mis novelas exhibo virtudes y lacras sin paliativos ni exaltaciones y sin otra intención que la de dar con la mayor fidelidad posible una imagen fiel de nuestro pueblo y de lo que somos. Descubrir nuestros males y señalarlos ha sido mi tendencia como novelista; a otros corresponde la misión de buscarles remedio” (*OC*, III, 1287)

Por otra parte, Adalbert Dessau nos advierte que al emprender el análisis de las obras de Azuela será importante tener en cuenta características tales como su desarrollo en el medio provinciano y pequeñoburgués, así como un profundo y patriarcal sentido

⁶ E. Zola. *La novela experimental*. pp. 36-37.

⁷ *Ibidem*, p. 45.

de familia; sin olvidar su preferencia por lo auténticamente humano y su horror por la mentira, la adulación y la demagogia.⁸

También se nota en esta novela el interés particular del novelista, que mantuvo a lo largo de su carrera de escritor, por los personajes femeninos. Es importante señalar que escribe su primera novela durante su internado como practicante en el Hospital de San Miguel de Belén, en Guadalajara, sobre un personaje femenino extraído de la realidad. De hecho, muchos de sus personajes los recrea a partir de una realidad inmediata, de su entorno. Las novelas que Azuela escribe casi siempre vienen de primera mano, es decir, él conoce muy bien los ambientes, las historias; conoce y convive con los personajes que ejercerán acción en sus obras; es el médico que observa con ojo clínico los males de su tiempo.

Azuela, pasante de Medicina, conoce a una moribunda en su etapa final, con tuberculosis, alcoholismo y neumonía. Se entera también de la triste historia de esta joven mujer: engañada, abandonada y prostituida. “A pesar de su demacración de color terroso de su piel reseca y untada a los huesos, quedaban rasgos evidentes de su pasada belleza: la perfección de su perfil, sus labios entreabiertos...” comenta el aspirante a médico y a novelista.⁹ Es claro que Azuela es sensible ante el dolor femenino y, a partir de este argumento, escribe *María Luisa* (1907), su primera novela, como una forma de ennoblecer a esa desdichada mujer.

Azuela, conocedor profundo de la vida y de las costumbres del campo, nos relata en *Mala yerba* las fechorías de un adinerado hacendado, las injusticias que se cometen entre una clase dominante y una clase desprotegida. Es una novela sobre el campo mexicano, en donde se genera la pasión, el dolor y la muerte que refleja la situación de las mujeres a principios del siglo XX. Es un drama de odio y de amor. José G. Ortiz habla elogiosamente de esta novela:

⁸ Adalbert Dessau. *La novela de la revolución*. p. 146.

⁹ Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. I. p. 64.

Azuela busca al hombre en el campo, en el rancho, donde ha vivido secularmente en pleno analfabetismo, sometido al férreo molde de la esclavitud y miseria, y donde también se degrada, hasta los límites apenas imaginables, el mismo amo, mestizo o de puro origen hispano casi siempre. La hacienda, el rancho, es el medio en que viven los dos tercios de nuestra población, es allí donde se forja, por consiguiente, el alma de nuestras grandes multitudes. Azuela cava intensamente en tal medio, con una mirada escrutadora, alto espíritu de observación y con el sano respeto de un gran corazón hacia el dolor humano.¹⁰

La historia gira en torno a Marcela, sensual aldeana, y sus amoríos. Y aunque en un principio se puede pensar que la protagonista es la “mala yerba” no es así. La “mala yerba” es, en realidad, esa familia de hacendados que arraigada, en México desde las postrimerías del virreinato, somete y explota a los campesinos. El novelista presenta a los opresores sin más ley que la satisfacción de sus apetitos, fáciles sultanes de bellezas indígenas, tiranos de peones. La novela nos deja ver cómo el cacicazgo porfirista se impone despiadadamente sobre los labriegos. El ambiente es una mezcla de odio y temor entre los oprimidos; allí se genera dominación y tiranía, injusticia y muerte; es el ambiente previo a la revuelta social, a los inicios de la “bola”, y en lo literario, a *Los de abajo*.

J. M. Gonzáles de Mendoza opina que Azuela es el novelista que más exactamente describe la vida mexicana de nuestro tiempo: “*Mala yerba*, por ser la pintura del estado de las cosas que dio motivo a la Revolución, constituye un apropiado prólogo a la lectura de *Los de abajo*.”¹¹

En *Mala yerba*, el novelista abunda –a lo largo de la obra– en descripciones bien logradas en cuanto al paisaje, con influencia del medio ambiente sobre el carácter de los personajes. Hay una fuerza poderosa del “instinto”, opuesta a los valores de la civilización. El lenguaje está manejado con acierto: da vida a los personajes; es un lenguaje popular y auténtico. Una excelente descripción del paisaje la encontramos en el inicio del capítulo VII:

¹⁰ *Ibidem*, p. 147.

¹¹ Monterde. *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. p. 43.

Aquella fresca mañana de agosto, en el verde afelpado de los milpales tremolaban millaradas de espigas de plata, movibles cual bayonetas de apretada e incontrolable infantería; los nopales, coloreando de tunas, desaparecían a trechos bajo los mantos pomposos de las yedras y salpicados por vivísimos matices, azules, morados y escarlatas. Los chayotillos se enredaban a los arbustos; en los cercados colgaban, entre anchas hojas verdes, jaltomates como ojos de liebre asustada. (OC, I, 137)

En cuanto al lenguaje, que caracteriza a los personajes de cada estrato social, baste citar un ejemplo. Señor Pablo, campesino y padre de Marcela Fuentes, la protagonista:

Aistá pa no dejarme mentir el mediero de la Tinaja. ¡Hombre de Dios! ¡Pos no ha dejado enquelitar la milpa no más por puritita desidia! Esas tierras tan güenas –de lo mejor de la hacienda– no van a dar este año ni rastrojo. Tierra muy juerte pa la que se necesita ñervo... no un entelerido que no puede con la manquera... Nada que se viene el yerbaje, las cañitas se tuercen muertas de sed y el maldito quelite se lo traga todo. Pior me diga asté de ese del Chiquigüite: deja engramar y en la macolla se horcan las cañitas recién nacidas. ¡Ni pasto para las borregas! Y así están todos, señor: uno raya surco sin buscarle la contra corriente; otro deja su labor sin escardar. ¡Qué mano! Pronto habrá tierras que serán puros barriales, de ponerse uno a llorar. ¡Que bien se echa de ver la falta que hace el amo don Esteban! Como luego dicen: “Naiden sabe el bien que tiene hasta que lo ve perdido.” (Ibid, 116)

“Para la realización de esta novela –comenta Azuela– tuve un trasunto más fiel de la vida ruda del campesino en su lucha tenaz y perenne con los elementos” y agrega: “En este ambiente nació *Mala yerba*. Sus personajes los transplanté de una región cercana.” Y el argumento lo encuentra en un hecho real, en un proceso por homicidio calificado, cuando fungía como médico legista. Azuela nos refiere: “lo mismo que *María Luisa*, mi primera novela, *Mala yerba* me interesó como un gran caso clínico”.¹²

Mala yerba es considerada como la más lograda de las tres novelas prerrevolucionarias.¹³ Esta obra fue impresa en 1909 en Guadalajara y reeditada en

¹² Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T.I.p. 140.

¹³ Cfr. Adalbert Dessau. *La novela de la revolución*.

México en 1924. En inglés apareció en 1932 bajo el título de *Marcela* y el subtítulo de *A Mexican Love Story*; la versión, prologada por Waldo Frank, es de Anita Brenner. Al francés la tradujo acertadamente Matilde Pomés, titulándola *Mauvaise graine*; se editó en 1993.

Por otra parte, Cipriano Campos Alatorre considera que *Mala yerba* es “demasiado avanzada para que la comprendan sus contemporáneos. Su estilo rudo, sin refinamientos, el léxico popular aplicado con singular audacia en sus páginas, deja indeciso al público culto de México”.¹⁴

El crítico continúa con los elogios a esta obra: “La parte descriptiva es sencillamente magistral, al grado que, en este sentido, nada tiene que envidiar a las novelas que de cinco años a esta parte se han publicado en Suramérica. La historia forjada alrededor de una campesina ingenua llamada Marcela es sugestiva desde las primeras páginas”.¹⁵

¹⁴ Monterde, *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. p. 47.

¹⁵ *Ibidem*, p. 48.

2.2 Marcela

Al empezar la lectura de esta novela, llama la atención la manera como un Azuela joven –y fogoso, seguramente– exalta la sensualidad de Marcela, la protagonista. Como se sabe, no pocos escritores escriben para sublimar algunas de las pasiones que experimentan, y, según el mismo escritor ha confesado, en sus años mozos no tuvo mucha oportunidad de conocer íntimamente a mujeres de su medio social, por lo que tuvo que recurrir al sexo con prostitutas.

Por lo anterior, resulta explicable que Azuela presente a Marcela con todas las características de una mujer muy sensual, capaz de despertar pasiones desenfrenadas: la protagonista es la figura femenina en torno a la cual giran los deseos masculinos. La moza se sabe deseada y hace de su coquetería su mejor arma. Hace uso de sus atributos para manipular a los hombres. El físico de Marcela es voluptuoso, que incita a los deseos carnales. “Cogióse la raída falda de chomite en un puñado [...] Contonébase su recio cuerpo pubescente cual ancas de potranca” (*OC*, I, 113). Y un poco más adelante: “A cada impulso se estremecían sus duros senos y sus carnes frescas y pujantes se delineaban airosamente” (*Ibid*).

Por otra parte, los personajes femeninos que toman acción en esta obra, como todas mujeres del ámbito rural, están reducidas a los quehaceres domésticos, y también participan en las labores del campo. Deben cumplir con tareas que van desde la crianza de los hijos hasta el cultivo de la tierra. La protagonista colabora en las faenas del campo:

Marcela escuchó sin interrumpir su faena. Acabado el aseo de la cocina, suspendía ahora, de largas espinas de maguey clavadas en los adobes, ollas y cazuelas por la oreja, ... (*Ibid*, 144) Marcela coge la hoz clavada en las junturas del muro, se echa una soga al hombre y parte. [...] entra en el milpal, abriéndose paso a través de una apretada fila de lampotes y maíz de teja [...] Zigzaguea la rozadera a lo largo del surquerío y las cañas se doblagan al paso de la robusta moza [...] Afianza un sólido y estrecho nudo

el pesado tercio de yerbas y ya se apresta a levantarlo y ponerlo sobre su espalda... (*Ibid*, 146-147)

Pero Marcela no es la típica hija de sirvientes, acostumbrada a obedecer y a sufrir calladamente el autoritarismo de los patrones. Más bien se trata de una mujer que utiliza su atractivo sexual como una forma de poder que contrarresta así su vulnerabilidad social y de género. Marcela, una bella mujer que sólo es vista como objeto sexual y a la que todos los varones desean, pero con la que ninguno quiere comprometerse. Mujer destinada a ser la concubina del patrón. No puede aspirar al matrimonio con él porque su condición de clase se lo impide. Tampoco se puede casar con otro hombre debido a la importancia que tiene para su sociedad la "pureza" de las mujeres. El hacendado corteja a las campesinas más guapas y las obliga a ser sus amantes. Las mujeres siempre serán sometidas por el amo, al que no le importa la deshonra de ellas.

Descorrió el velo de la hija del campo que, al despertar su pubertad, sabe ya que su fuerza mayor será el ser codiciada por alguno de sus amos;... (*Ibid*, 129) Al amo omnipotente que se adueña de la mujer que se le antoja sin la más leve resistencia. (*Ibid*, 130)

A ella la trata de seducir lo mismo un humilde vaquero que el hijo del dueño de la hacienda donde vive. El narrador comenta: "Marcela volvió también a su jacal con una sonrisa perversa y provocativa" (*Ibid*, 115) Se trata de una mujer que afirma su sexualidad y está dispuesta a usarla en beneficio propio, aunque el precio que tenga que pagar sea bastante alto.

Azuela presenta a los hacendados como los típicos señores de horca y cuchillo que no tienen la más mínima idea de justicia, que tratan a los sirvientes como esclavos y a las mujeres como objetos simples de placer. Para el escritor ellos son la verdadera "mala yerba" que ha creado su riqueza y su poder con base en el robo y la apropiación inhumana del trabajo de los hombres del campo. Los hacendados son personas acostumbradas a matar a cualquiera que se atreva a oponerse a sus deseos, y, como

Julián, el hijo del patrón, violadores de las mujeres que trabajan para ellos, a quienes ven como parte de sus propiedades.

Azuela degrada a Julián cuando abusa sexualmente de Marcela y parece condolerse de la joven y de la clase a la que ella pertenece: “Y bajo el ímpetu irresistible de la bestia excitada caía vencida la muchacha, pronta ya a ofrendar el holocausto impuesto como maldición a su raza partida y desventurada”. (*Ibid*, 117)

Aunque en esta novela se advierte la mirada condenatoria de Azuela contra el sistema social de las haciendas mexicanas, que a principios del siglo XX seguían reproduciendo condiciones de vida propios de épocas remotas, tampoco cae en el maniqueísmo de presentar a los campesinos con ejemplos de virtud.

Marcela es una mujer que utiliza sus atributos físicos para disfrutar del erotismo que despierta, y que también para contrarrestar su condición de marginada social y de hembra que es vista como objeto de placer: “era bastante contemplar aquellos ojos dulces, aquella boca plegada a veces por un gesto natural de coquetería, aquella nariz levemente entreabierta y hecha a las tremulaciones del pecado”. (*Ibid*, 129) Si no puede emanciparse de su estado de servidumbre, por lo menos Marcela puede vengarse provocando los celos y ejerciendo cierta resistencia ante los intentos de seducción del hijo del amo:

La muchacha sensual y concedora del poderío de su carne sabrosa; la mujer que provoca conflictos porque en ellos se recrea, que lleva al peligro a sus adoradores para solazarse en él; refinada en el vicio y con la intuición de que la temeridad fustiga el deseo e intensifica el placer. (*Ibid*, 128)

Cuando don Julián comete un asesinato, Marcela comparece ante la justicia como testigo y tiene que sufrir la actitud grosera con que las autoridades tratan a una mujer humilde. En su confesión se describe una forma de prostitución que se daba en las haciendas, condición en la que ha caído la protagonista, en parte porque, de acuerdo a las tesis naturalistas, tenía una predisposición natural a ello y

el medio social la empujaba a ese tipo de vida, y también porque era una manera de asegurar el sustento:

A preguntas y preguntas fue conducida insensiblemente a referir su vida de meretriz de rancho. Descorrió el velo de la hija del campo que, al despertar su pubertad, sabe que su fuerza mayor será el ser codiciada por alguno de sus amos; que si sus prendas personales logran el hechizo, mientras dure habrá felicidad en su casa: las mejores tierras para la familia, los préstamos que no se apuntan, y para ella las telas de lana, los listones de raso, las botas de charol y el hablar recio, el holgar, el embriagarse en las bodas, fandangos y ferias, el ser agasajada en todas partes. (*Ibid*, 129)

Marcela, sin embargo, mira a los representantes de la ley como son verdaderamente, no los dueños del poder que decide quién es culpable y quien no, sino sujetos cuya jerarquía social no conlleva una jerarquía intelectual o moral. Cuando el hombre es presa de sus pasiones actúa instintivamente; en esos momentos no se distingue un hombre sean los que sean sus atributos:

... sus ojos tornáronse francamente provocativos. Dio a sus palabras acento dulce en armonía con gesto sensual, con el movimiento de hombros y caderas y con la suave ondulación de su pecho. Su boca se plegó en un mohín que le era peculiar: incentivo y reto para besarla, para morderla, para beberle toda el alma. Sin darse cuenta de ello, el Juzgado caía bajo la influencia de hembra que acumulaba todas las voluptuosidades del sexo y hacía estremecer la sala de lujuria. (*Ibid*)

Las actitudes a veces desafiantes de Marcela no pasaban de desplantes de poder y pequeñas venganzas. Fue incapaz de atestiguar que el amo don Julián mató cobardemente al vaquero, uno de los pretendientes de la mujer. Pudo más la costumbre de ser una mujer sometida que su deseo de que se hiciera justicia. Además, don Julián acostumbrado a mandar y a poseer a las mujeres que se le apetecieran, en el interrogatorio declara que a Marcela Fuentes “la seguí porque es mi querida”. (*Ibid*, 126)

Por otra parte, la protagonista pierde la seguridad en sí misma cuando el juez le exige esclarecer las circunstancias del asesinato, cuando la actitud y la mirada del juez hacen recordar a la muchacha el autoritarismo de los amos.

Nada imploraban aquellos ojos de cobra; ordenaban sencillamente con la inexorable fuerza de quien sabe que tiene que ser obedecido. Pesaba sobre Marcela el poder tremendo de la arrogante raza de violadores a quienes jamás ninguna de sus víctimas entregó a la justicia (*Ibid*, 130)

Durante mucho tiempo, Marcela no había sido capaz de rebelarse no sólo en contra del macho que la poseía cada vez que el deseo lo fustigaba sino en contra de su naturaleza apasionada que había descubierto el placer y no estaba dispuesta a él. La debilidad mostrada por Marcela ante la justicia, sin embargo, produce un cambio radical en su actitud hacia el amo. La protagonista parece cobrar conciencia del papel indigno que jugó y en adelante ya no está dispuesta a someterse. Un encuentro con Julián pone a prueba su capacidad de resistencia.

Ni siquiera fingió extrañarse de la presencia de Julián. Éste había caído ya a sus pies sollozante. De las súplicas reiteradas pasó a la lucha, y la lucha se tornó encarnizada entre el macho famélico y la hembra embravecida. Para Marcela era un instante de repugnancia infinita. (*Ibid*, 136)

Por primera vez Marcela no se doblegó ante el macho a mandar. Se advierte en este pasaje la de Azuela sobre este acto de rebeldía, el cual califica de venganza de la casta explotada representada por esta mujer. Hay que decir, además, que la actitud entraña una forma de emancipación de la mujer: en ese momento, Marcela ejerce el derecho a decidir sobre su cuerpo. Al mismo tiempo, la joven rompe con el esquema de la mujer que actúa con base en el instinto. Su inteligencia le dice que Julián debe recibir un castigo por el asesinato que cometió; si ella no fue capaz de entregarlo a la justicia, por

lo menos tiene el poder de castigar su soberbia rechazando sus requerimientos sexuales.

Esto lo logra peleando con Julián, a quien vence en el encuentro:

Y ella, espantada de vivir todavía, se alejó de nuevo por el campo: desnuda como una bestia salvaje, solemne cual si hubiese vislumbrado en su conciencia aquel momento de sublime vengadora de su infortunada casta, marchó serenamente en el silencio de la llanura, desnuda como un bronce y bañada por débiles ráfagas de la luna que se escondía tras las montañas. (*Ibid*, 137)

En otro pasaje, la protagonista recuerda su vida antes de la violación. Azuela alude también a esta mujer con el título de “mala yerba”, pues para él Marcela estaba como predestinada al pecado y al vicio –influencia del naturalismo– como si las mujeres no pudieran decidir conscientemente.

Sin embargo, se habla del despertar sexual de una adolescente, que como todo ser humano se va adentrando al juego de la seducción, en la interacción erótica que tiene como finalidad la formación de parejas. En el caso de este personaje femenino, apasionado pero sensible, el proceso quedó trunco por el hecho brutal de la violación. Por eso la evocación, llena de tristeza, de un tiempo en que la adolescente tenía todavía la libertad de soñar:

Marcela suspira, su voz decrece, decrece, se llena de ternura, y las lágrimas la turban, la hacen quebradiza, hasta extinguirse en dulce rumor. Reminiscencias de sus primeros años; evocaciones de una mirada, un gesto, una palabra. La vida infantil rota de repente al despertar de sus almas en la desfloración de un beso en pleno corazón del bosque. (*Ibid*, 144)

La nostalgia de ese pasado invade a Marcela. Ella sólo ha conocido un hombre capaz de amarla sin reservas, Gertrudis. Él representa, según Azuela, el amor puro; un destino que estaba vedado para Marcela porque la virtud de ese hombre no podía convivir con el vicio de la lujuria en encarnado en la muchacha. Ella, de acuerdo con la

limitación que el escritor le atribuye a esta mujer para reflexionar sobre los acontecimientos trascendentales de la vida, desconoce las causas de su estado emocional y sólo su intuición le lleva a buscar consuelo en el recuerdo de Gertrudis: “Pero nada de lo que inconscientemente buscan sus ojos: ni una blusa azul, ni un pantalón de mezclilla. Su pecho sigue oprimido bajo una tristeza indefinible”. (*Ibid*, 146)

Como la protagonista se siente frustrada, insatisfecha por sus relaciones con los hombres, busca una válvula de escape, como una pequeña gratificación que compense un poco su soledad, intercambios de miradas y gestos con cualquier hombre que dé muestras de un interés erótico en ella. Es el caso de un ingeniero norteamericano que llega a la hacienda a ofrecer sus servicios para la construcción de una presa. Marcela es vista por norteamericano como parte del ganado que se puede poseer: “¡Oh, mocho bueno, don Julián, mocho bueno, pero osté no enseñar mi mejor ganado!”(*Ibid*, 147) ¡Oh la muchacha ser mocha hembra, don Julián! (*Ibid*, 148) Marcela coquetea con él porque disfruta plenamente este tipo de lances, pero al mismo tiempo intenta vengarse de Julián:

Al atardecer, cuando Marcela, cántaro al hombro, baja al agua, lo primero que encuentra es al atribulado míster Jhon. Buena de corazón, caritativa por temperamento, inagotable en sus dádivas de amor, le lanza una mirada incendiaria, pliega los labios en su mohín peculiar y pasa de largo altiva y airosa, segura de que el ritmo de sus movimientos y la gallardía de sus líneas dirán más y mejor de lo que con palabras pudiera prometer. (*Ibid*, 148)

Pero Marcela no quiere engañar a quien considera su verdadero y único amor, entonces decide “entregarse a Gertrudis para matarle la ilusión, para salvarlo de ella misma”. Reconoce su irrefrenable naturaleza de “mala mujer” y agrega: “¿De dónde te vino el mal pensamiento de ser mi marido? ¿Yo tu esposa?... ¡una de tantas!” (*Ibid*, 185)

Tiempo después, mr. John se lleva a Marcela a los Estados Unidos, y antes de tres meses, cuando estaban todavía “calientes los comentarios” del extraordinario suceso, el

gringo regresó con todo y hembra; alquilan la mejor casa del pueblo y se instalan cómodamente. Ese breve tiempo que la protagonista pasó por tierras norteamericanas bastó para transformarla radicalmente, al mismo tiempo que transgrede la moral de San Francisquito:

Gastaba la diabólica mujer tal desenvoltura y desparpajo, que los mozos que antes jamás hubieran reparado en la rancherilla flechadora de los domingos en la misa de once, ahora se desalaban por alcanzar una mirada un mohín siquiera. [...] La mujerzuela que osaba poner los pies en San Francisquito anochecía en su casa y amanecía a muchas leguas de distancia, seguramente custodiada por personas de conciencia y de edad respetables. (*Ibid*, 209)

Muy pronto, sin embargo, los encargados de la “buena moral” de San Francisquito –el señor cura, el maestro de la escuela y el Alcalde– pusieron coto a tal escándalo. Se unieron, y apelaron al temor a Dios invitando a los fieles a elevar plegarias ante tal suceso tan pecaminoso, aborrecer el pecado de ese amasiato. El gringo y su concubina desaparecieron de inmediato.

Azuela expone aquí, sin lugar a dudas, una crítica contra la doble moral que priva en ese pueblo. Y Marcela, la protagonista viene a trastocar, y fundamentalmente a evidenciar esas “buenas costumbres” y “buena moral” de ese lugar. Se atreve a desafiar las costumbres de su tiempo, mostrarse tal cual, con su irrefrenable sensualismo. Para algunos, ella es una “buscona”; para otros, significa un hermoso cuerpo que puede poseerse. El novelista elige el nombre de “San Francisquito” –con ironía- quizá también aludiendo a esa estrechez de criterio por parte de sus habitantes y sus gobernantes, pero no se debe olvidar que esta novela es de principios del siglo XX, y por lo tanto, era otra la mentalidad.

El narrador nos comenta a propósito, la mujer y su comportamiento de aquella época, refiriéndose a los Andrade: Doña Marcelina representa la abnegación. Es el ejemplo del destino de las mujeres mexicanas, las cuales son víctimas de las

circunstancias y de la forma de proceder en la sociedad, donde el poder que no les permite imponerse a los hombres viene de su posición social. “Como es de regla en gentes de ralea, las mujeres no tenían ni voz ni en su propia casa; su misión era la de contemplar atónitas la grandeza de sus terribles señores, estar prontas a adivinarle sus menores pensamientos y a servirles de rodillas si ellos así le lo pedían”. (*Ibid*, 153)

Otro personaje femenino que aparece en esta novela es Mariana, la solterona: víctima de burlas y humillaciones por no haberse casado a *temprana* edad. Se considera a la soltería femenina como una vida estéril, caracterizada por el aislamiento y la frustración sexual. Mariana, casta y pura, es la imagen fiel de la soltería, de la virginidad; contraria a Marcela.

Pero Mariana, que tiene su pensamiento bajo la obsesión aplastante del fracasado amor, piensa que todo el mundo es sabido su intento vano de matrimonio, y siente encono, saña y mofa de su dolor en las palabras más sencillas...” (*Ibid*, 201) Y las burlas directas: “¡Ya Mariana tiene pata de gallo, Marcelino! [...] A Mariana se le agolpan las lágrimas y los sollozos. [...] y los treinta años se le han echado a la cara con refinamientos (*Ibid*, 202)

Es sorprendente que a pesar de que este personaje incidental, Mariana, es en realidad muy joven y bella, “flor exquisita, exótica y rara en los campos incultos, contrasta por su finura y esbeltez” (*Ibid*, 201) ella, sin embargo, se siente terriblemente abatida por su situación, pues es “quedada”.

Al describir a las mujeres y resaltar sus atributos físicos, Azuela las compara con animales, degradándolas de esa manera. De hecho, es, en el novelista, uno de sus más frecuentes procedimientos en su narrativa, el de animalización de los personajes. “Contoneábase su recio cuerpo pubescente cual ancas de potranca sus pies chatos y desnudos castañeaban en el suelo con firmeza montaraz de animal...” (*Ibid*, 113) o, “todas aquellas hembras panzudas, piernudotas y recias de pechos como vacas suizas”. (*Ibid*, 201)

Marcela, por otra parte, ha cambiado, decide plenamente sobre su cuerpo y su sexualidad. Marcela, después de tener esa “particular aventura” con el gringo, se da una oportunidad, un espacio para vivir con el hombre que siempre ha amado: Gertrudis. Por tal motivo decide cambiar nuevamente, ser más recatada en su modo de vestir, dando gusto a Gertrudis: “de buenas a primera regresó Marcela bajo nuevo atavío. La entallada falda estilo sastre habíase trocado por flotante enagua de gasa, la camisa de aplanchada pechera y rojo corbatín por una blusa de encaje y rebozo de bolita”. (*Ibid*, 210)

Ya viviendo con Gertrudis, en un domingo de Pascuas, cuando hay fiesta en la plaza principal, éste invita a Marcela a salir y aunque ella se niega a ir, teme y presiente un encuentro desagradable con don Julián, finalmente accede. Marcela se pone sus ropas domingueras. El narrador nos anticipa:

¡Qué Gertrudis! No sabe lo que está haciendo. [...] De nada le sirve que ella le sea fiel, en nada aprecia el sacrificio que ha hecho aceptando un arrimo modestísimo, cuando hay un mundo fastuoso y deslumbrante que se brinda por satisfacer sus más insignificantes deseos. [...] Puesto que en el presente de Marcela nada hay vituperable, vamos a buscar, vamos a escarbar con encarnizamiento idiota sus palabras y sus gestos más insignificantes; vamos a revivir todo un sucio pasado hasta que removido el fango nos intoxiquemos en sus propias emanaciones. Inútilmente se le ha entregado ella con un amor profundo y completo. (*Ibid*, 210-211)

Y en efecto, cuando llegan a la plaza de toros, ahí se encontraba Julián Andrade, y ella no puede vencer su propia coquetería: “Marcela echa un poco atrás su busto y corresponde al saludo, enviando con la punta de los dedos un beso imperceptible... Julián radiante...” (*Ibid*, 214)

Ese saludo fue –por supuesto– más que una cortesía, fue una abierta invitación a la provocación y al deseo, porque ese acto le hace sentir viva de algún modo, sin importar las consecuencias. El fuego de la pasión aparentemente extinto se enciende a la menor oportunidad. Ella quizás, simplemente, se reconoce y se acepta así, porque ha probado

el sabor del placer y la pasión de saberse deseada. La pasión le vence, aunque sea por un instante.

En las escenas siguientes, observamos a Gertrudis muy cambiado. Decide “engancharse” para trabajar en Morencia, pero antes tendrá que recoger un dinero que don Julián le adeuda. Además, le confiesa a Marcela que:

[...] él tenía imperiosa necesidad de un consejo, y por casualidad en misa mayor vio al señor cura en un confesionario, y la gracia de Dios bajó del cielo. El padrecito le mostró el origen de los males que le afligen, de sus dolores y sus dolores y sufrimientos. ¡todo ha sido por el pecado! Después le enseñó el camino de la salvación: o te casas con esa mujer o... (*Ibid*, 216)

Le dejará el dinero “para que se aparte de su vida de pecado”. Marcela decepcionada se mantiene calmada. Ella ya venía venir esta ruptura, “¿mas a qué prolongar una situación que de todos modos habrá de derrumbarse?” (*Ibid*, 215)

Cuando Gertrudis se ha ido, don Julián llega a la casa de Marcela, ella opone una débil resistencia:

Un desbordamiento impetuoso e irresistible de abrazos, de besos, de todos los deseos por tanto tiempo contenidos, se abate sobre ella en los furiosos ardores de un incontenible sensualismo. Y su feminidad asaltada en un momento de desfallecimiento, de abdicación absoluta de la voluntad, no la deja defenderse; sus débiles protestas se pierden ahogadas entre besos y sollozos. En el silencio de la alcoba se escuchan sus respiraciones lentas. Uno y otra se han perdido en pensamientos divergentes. (*Ibid*, 217)

La intuición de Marcela le dice que Gertrudis está en peligro y no logra retener a don Julián. En ese instante deviene en la protagonista un arrepentimiento, una angustia infinita, una amargura y un rencor profundos, una ráfaga de emociones diversas:

Durante varios minutos se mantiene absorta, estupefacta. No parece sino que todo lo que acababa de ocurrir ha sido un sueño, un sueño molesto, una pesadilla de esas que dejan el cuerpo como mallugado. Paulatinamente va despertándose su espíritu y

poco a poco la escena ocurrida se reproduce fúlgida en su imaginación en toda la fuerza de su estupidez y su ignorancia. ¡Qué acción tan inmunda! [...] ¡Maldecidos Andrades! ¡Raza de cerdos! Su alma entra en ebullición, sacúdenla millares de odios acumulados por su casta dominada, infeliz casta de esclavos. (*Ibid*, 217-218)

Marcela acude a las autoridades para denunciar todos los asesinatos de don Julián, pero el alcalde hace caso omiso porque “las viejas son chismosas por naturaleza y el Juzgado tiene de sobra para divertirse y no dar oídos a la primera comadre que se presente”. (*Ibid*, 219) Es evidente que el novelista critica a las autoridades, que pone en duda su confiabilidad. Porque el pobre no es digno de confianza ni credibilidad, pero si sé es mujer es todavía peor: “esa mujer era entrometida, enredosa y embustera: se le conocía de sobra”. (*Ibid*, 220)

En las escenas finales, Marcela, al enterarse del asesinato de Gertrudis en manos del amo don Julián, intenta cobrar venganza por su cuenta: “Pero sus piernas flaquean, su mano tremula y se rebela, y cuando en un impulso formidable e imposible como el de un febricitante bajo horrible pesadilla alza su brazo, sus dedos se entreabren y la cuchilla cae temblorosa sonora en los ladrillos.” (*Ibid*, 221-222) Julián Andrade finiquita la vida de la sensual muchacha: “Se inclina, recoge la daga y oprime entre sus dedos firmes la pata de venado”. (*Ibid*, 222)

Obviamente, todos los asesinatos de don Julián quedan impunes; la justicia “sabe callar lo que no le importa” porque no se “puede proceder por meras conjeturas” (*Ibid*, 223-224) porque los adinerados siempre tienen la razón.

Los personajes femeninos de Azuela, cuando no aparecen como seductoras, son las mujeres sumisas, abnegadas y resignadas de su destino. Asumen el rol tradicional de mujeres. El planteamiento que Azuela hace de las mujeres como objetos de los hombres es evidente en esta obra, ellos son los dueños de las mujeres, disponen de ellas, determinan su vida. Esto se muestra a través de los personajes femeninos de distinta edad y condición social.

Por otra parte, el personaje Marcela no sólo representa a la mujer violada, oprimida, ultrajada convertida en “mala mujer” sino que al mismo tiempo representa a toda una raza humillada y doblegada; representa la desesperanza y el dolor. Azuela nos instala en la antesala de los tiempos violentos: los de la Revolución; en el tiempo de “los de abajo”. Y observa ahí mismo –donde está a punto de estallar la revuelta– a la mujer, a la mujer campesina, “infeliz casta”, a la mujer en quien recae finalmente una doble opresión: la de su género y la de su clase social.

El México de principios del siglo XX, en el ámbito rural, la situación de las mujeres está ligada al de la violencia. Violencia que –desgraciadamente– es un elemento integral en las vidas de las mujeres en los sectores más oprimidos de la sociedad. Los episodios de violencia van marcando huellas profundas en sus historias colectivas e individuales.

El personaje Marcela, en esta novela *Mala yerba*, nos revela la injusticia y la desigualdad entre hacendados y campesinos, entre ricos y pobres, pero esencialmente evidencia la terrible violencia que se ejerce en contra de las mujeres.

3. *Los de abajo* (1915)

3.1 Etapa revolucionaria

La situación que se vive en los últimos años de gobierno del general Porfirio Díaz, es de gran injusticia, de un franco antagonismo entre una minoritaria clase pudiente y una inmensa clase hambrienta. En aquel entonces, el noventa y cinco por ciento de los campesinos sembraba y cosechaba tierras ajenas. Estos hombres cambiaban su trabajo en las famosas “tiendas de raya” por algunos míseros comestibles. Las clases acaudaladas detentaban el poder explotando a una enorme población que prácticamente carecía por completo de cualquier tipo de derecho. Integraban a esta clase poderosa, los latifundistas que se fortalecieron gracias a las leyes de Reforma, al igual que el Clero que continuaba siendo rico.

John Kenneth nos relata: “Encontré que México es una tierra donde la gente es pobre porque no tiene derechos; donde el peonaje es común para las grandes masas y donde existe esclavitud efectiva para cientos de miles hombres”.¹ El investigador continua hablándonos acerca de la esclavitud y el peonaje en nuestro país, y del “sistema” de general Díaz: “En ciertas esferas se admite que existe la esclavitud; pero se niega la culpabilidad del Gobierno. [...] es absurdo suponer que éste pueda ignorar una situación en la que la tercera parte de la población de un gran Estado está esclavizada”.²

Francisco I. Madero, un hacendado del norte, en 1910 exigió que se respetara el voto y que los presidentes no pudieran reelegirse. En una entrevista con un periodista de Estados Unidos, Porfirio Díaz había asegurado que se harían elecciones libres y que dejaría la presidencia. Madero creyó en sus palabras y organizó un partido para ganar pacíficamente esas elecciones. Sin embargo, Díaz lo encarceló y ocupó por séptima vez la presidencia. Cuando Madero logró escapar hizo un llamamiento a todos los

¹ John Kenneth Turner. *México bárbaro*. p. 9.

² *Ibidem*, p. 95.

mexicanos para que tomaran las armas en contra de la dictadura. Zapata y Villa, dos jefes guerrilleros, se unieron a los maderistas; con su ayuda el ejército porfiriano fue derrotado y Díaz renunció y salió a Francia para no regresar jamás. Al poco tiempo, Madero fue elegido presidente.

Puede afirmarse que la Revolución mexicana no es un movimiento homogéneo, sino que en su seno existen, por lo menos, dos movimientos distintos. Por un lado, estaba aquella facción burguesa, que en el terreno político, luchaba por el sufragio efectivo, no reelección, libertad de prensa, en una palabra, avances en la democracia política. Por otro lado, se encontraban esas grandes masas que ponían el acento en las transformaciones sociales: reparto agrario, derechos de los trabajadores, mejoría en las condiciones de trabajo, etc.

La existencia de estos dos grandes movimientos en el seno de la revolución con objetivos diferentes e intereses contrapuestos, permite concluir que en el gran movimiento contra la dictadura se dan dos revoluciones distintas: una que pretendía reformar el orden político del porfiriato sin modificar la estructura social y económica existente, y otra que pugnaba por destruir dicha estructura particularmente la agraria, en beneficio de los campesinos.³

Emiliano Zapata, jefe guerrillero del sur, representaba fundamentalmente a las comunidades campesinas del centro y sur, y decidió no abandonar las armas hasta que Madero entregara a los campesinos la tierra que había pertenecido a sus antepasados. Como esto no ocurría, a fines de 1911 Zapata publicó el Plan de Ayala, un documento en que llamaba a los campesinos a recuperar sus tierras. El mismo Zapata empezó a repartir haciendas que quitaba a los terratenientes. Los campesinos del estado de Morelos le tenían tanta confianza que le ayudaban en sus campañas, con una entrega que ningún otro jefe de la revolución pudo lograr. La debilidad del zapatismo radicaba

³ Francisco González Gómez. *Historia de México* 2. p. 42.

en su incapacidad para recoger las demandas de las otras clases explotadas del país y para formular un proyecto que abarcara al conjunto de la realidad nacional.

El villismo fue una tendencia popular con rasgos propios, muchos de ellos diferentes al zapatismo y derivados de la forma como se habían desarrollado los estados del norte de la República. Francisco Villa organizó un ejército popular con mineros, peones, vaqueros y bandidos de la zona norte del país. Su astucia como militar la desarrolló desde que era un joven peón perseguido por la policía. Villa se incorporó a la lucha en apoyo a la rebelión maderista y luego simpatizó con las ideas de Zapata. Supo aprovechar los ferrocarriles para transportar tropas a gran velocidad; contaba además con un ágil cuerpo de caballería y era experto en dirigir ataques nocturnos. Mucha gente se le unió porque repartía dinero a los campesinos.

En 1913 Madero fue asesinado por traición de uno de sus generales, Victoriano Huerta, que contaba con el apoyo de Estados Unidos y de los grandes hacendados mexicanos. La presencia de Huerta en la presidencia significaba volver a los tiempos de la dictadura, lo cual provocó que todas las fuerzas revolucionarias combatieran en su contra: Zapata por una parte; Villa y Venustiano Carranza por la otra.

El general Venustiano Carranza era un rico terrateniente que primero colaboró con Díaz y luego con Madero. Siendo gobernador de Coahuila se levantó en contra de Huerta y lo desconoció como presidente. Formó un gobierno en que quedó como presidente provisional, en espera de que se realizaran elecciones; a su vez organizó el ejército constitucionalista llamado así porque defendía la Constitución.

Como Huerta empezó a favorecer a los inversionistas ingleses, Estados Unidos le retiró su apoyo y decidió quitarlo del gobierno. En 1914 desembarcaron marinos estadounidenses en Veracruz. Los funcionarios y los soldados de Huerta abandonaron el puerto, de manera que la población civil se aprontó a resistir valientemente al invasor. Carranza, por su parte, no aceptó el supuesto apoyo militar que los extranjeros le brindaban para derrocar a Huerta y lanzó un llamamiento para que todos los mexicanos rechazaran la invasión.

En la capital de la República se organizaron gigantescas manifestaciones de repudio a la intervención; Huerta fue derrotado por los constitucionalistas y huyó a Europa. A raíz de esto, los estadounidenses se retiraron del país. Las fuerzas revolucionarias se reunieron ese mismo año de 1914, en la famosa Convención Aguascalientes, para terminar la lucha. Zapata y Villa pedían que de inmediato se repartieran las tierras y se mejoraran las condiciones de vida de los obreros; por su parte, Carranza insistía en que primero se hicieran leyes. No hubo acuerdo y comenzaron a pelear entre ellos. Poco a poco, el ejército constitucionalista comandado por Carranza fue acabando con los ejércitos guerrilleros, a los que calificaba como bandas de asaltantes que no respetaban ley o autoridad.

En esta época Carranza dio armas a los obreros para que le ayudaran a derrotar a los campesinos. Varios dirigentes obreros no quisieron seguirlo y se unieron a los zapatistas.

La revolución significó un largo periodo de hambre y temor para la mayoría de los mexicanos. En el campo, donde vivían las tres cuartas partes de la población, la guerra fue una lucha aún más cruel y dolorosa. Las mujeres soldaderas y los niños participaron unas veces con las armas en la mano, metidos en la “bola”; otras, apoyando a los combatientes para darles de comer o cuidar sus heridas.

En 1916 los obreros de la ciudad de México se fueron a la huelga para demandar mejores salarios. Pensaban que por haber contribuido al triunfo militar de Carranza, éste los apoyaría; no fue así, y el ejército impidió violentamente la huelga. Aunque los campesinos y los obreros habían sufrido serias derrotas por parte de los constitucionalistas, siguieron exigiendo sus derechos. Muchas de sus peticiones se incluyeron en la nueva Constitución promulgada en 1917.

En ese año, Carranza fue elegido presidente; sin embargo, la situación del pueblo no mejoró gran cosa y surgieron nuevas divisiones entre los constitucionalistas. En 1920 el general Álvaro Obregón desconoció a Carranza y obtuvo el apoyo del ejército, que se rebeló contra el presidente. Éste trató de huir hacia Veracruz y en el camino fue

asesinado. De la misma manera un año antes las fuerzas gubernamentales mataron a traición al dirigente más importante del movimiento agrarista, Emiliano Zapata.

En 1920 la revolución armada había llegado a su fin, con un costo de un millón de vidas. Apoyado por los obreros, Obregón fue elegido presidente y comenzó a realizar el proyecto de los constitucionalistas, que pretendía construir una nación moderna e industrializada como Estados Unidos. Para evitar nuevos conflictos repartió parte de las tierras a los campesinos, mejoró la situación de los obreros e impulsó la educación popular.

En esa época de incertidumbre y de terrible desigualdad económica y social, de brutal injusticia, es cuando Mariano Azuela escribe su novela más importante, *Los de abajo, cuadros y escenas de la Revolución actual* (1915),⁴ obra que expone parte del fenómeno del movimiento armado que convulsionó nuestra sociedad mexicana: “Mariano Azuela, el mayor novelista de la violencia revolucionaria, el que verdaderamente supo expresar la tragedia y la anarquía de esa lucha que dividió a un pueblo y que dio origen al México contemporáneo” afirma José Miguel Oviedo.⁵

En efecto, el segundo período literario del escritor jalisciense está conformado por lo que se denomina novelas de la narrativa de la Revolución, que aparecen entre 1911 y 1918: *Andrés Pérez, maderista* (1911); *Los caciques* (1917); *Los de abajo y cuadros de la Revolución actual* (1915); *Las moscas* (1918); *Domitilo quiere ser diputado* (1918) y *Las tribulaciones de una familia decente* (1918).

La visión de “los de abajo” es relatada con precisión a través de una serie de cuadros y escenas contundentes; con personajes bien caracterizados por sus acciones y su lenguaje vigoroso, preciso y realista. Azuela dio el nombre de “Cuadros y escenas de la Revolución actual” en el subtítulo de la edición de El Paso, Texas, a los apuntes que

⁴ La primera versión de *Los de Abajo*, publicada en folletín, desde el 27 de octubre de 1915 al 21 de noviembre del mismo año, en 23 entregas. La edición rústica del libro se publicó en la misma imprenta de “El Paso del Norte” en 1916. Sin embargo, el texto que comentaristas, críticos, estudiosos y traductores han utilizado es la segunda versión de *Los de abajo*, que Azuela publicó en 1920, en la imprenta Razaster de México. Cfr. Azuela. *Los de abajo*. Edición de Marta Portal. p. 64-67.

⁵ J. Miguel Oviedo. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 3. p. 127.

hizo al margen de los acontecimientos políticos-sociales en la revuelta. Y esta visión, precisamente, de “los de abajo” tiene que ver con la serie episodios que se gestaron en esa vorágine. La trama refleja el movimiento espontáneo de la guerra civil mexicana y un entorno político social inmediato al los hechos. Y el calificativo “actual” indica justamente, la contemporaneidad que define el dinamismo de la revuelta en acción.⁶

Azuela nos confiesa: “Desde que se inició el movimiento con Madero, sentí un gran deseo de convivir con auténticos revolucionarios –no de discursos, sino de rifles–, como material humano inestimable para componer un libro...”⁷

Y continúa diciéndonos acerca de la gestación de *Los de abajo* “es un libro que se hizo solo” únicamente su imaginación le ayudó a ordenar los hechos, a recrear los personajes principales, a dar consistencia de organismo vivo a una colección de apuntes –los cuadros y escenas–, de gestos, de paisajes y de anécdotas.

En Jalisco, Julián Medina se levantó en armas en contra del gobierno. Azuela conoce a este personaje causándole una gran impresión: un hombre genuino, valiente, generoso y fanfarrón. El novelista toma ciertos rasgos del general Medina combinándolos con algunos otros de un temerario joven quien “se había ganado su grado de coronel como los machos”: Manuel Caloca, para crear a Demetrio Macías, personaje protagónico de su novela.

Otros personajes fueron meramente imaginarios como el de Luis Cervantes, algunos otros son trasuntos de personajes reales como en el caso de Pancrancio y el loco Valderrama. Otros personajes son extraídos de la realidad absoluta, incluso con los mismos apodos: “El Manteca”, “La Codorniz”, “El Meco”. Otro personaje que toma parte en la novela de la Revolución y que Azuela lo extrae de la realidad que en este caso es una mujer es “La Pintada”:

...una chica prieta, muy pintada de la boca, ojos y carrillos.
Vestía falda corta de color vivo y abrigado, sombrero

⁶ Azuela. *Los de abajo*. Edición de Marta Portal. p. 67.

⁷ Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. I, p. 172.

galoneado y una blusa cruzada por cartucheras repletas de tiros. Sentada sobre una mesa de pino, las piernas colgando, lucía unas horribles medias de algodón azul con ligas solferinas debajo de la rodilla. Tenía fama de lúbrica y se contaba que había provocado muchos lances sangrientos. Era la única mujer entre aquellos soldados. En *Los de abajo* lleva el nombre de “La Pintada”. (OC, III, 1084)

Mariano Azuela toma parte en la lucha armada al derrocamiento de Madero. A finales de octubre de 1914 se incorpora al Estado Mayor de Julián Medina, en Irapuato. Ahí le fue otorgado el nombramiento de jefe del servicio médico, con el grado de teniente coronel.

Más adelante, nos dice: “En calidad de médico de tropa tuve ocasiones sobradas para observar desapasionadamente el mundo de la Revolución. Muy pronto la primitiva y favorable impresión que tenía de sus hombres se fue desvaneciendo en un cuadro de sombrío desencanto y pesar”.⁸ El novelista es testigo y crítico de la Revolución Mexicana. Efectivamente, el desenlace de los acontecimientos históricos tienen para el escritor una gran decepción y cierta amargura que las llevará a su obra literaria.

Se me acusa de no haber entendido la revolución; vi los árboles, pero no vi el bosque. En efecto, nunca pude glorificar pillos ni enaltecer bellaquerías. Yo envidio y admiro a los que sí vieron el bosque y no los árboles, porque esta visión es muy ventajosa económicamente.⁹

En realidad Azuela fue, ante todo, un hombre humanitario de ideas liberales y democráticas, que observó la necesidad real de un cambio social y la revolución maderista configuró una esperanza para el novelista. Amaba la justicia y la verdad, la revuelta social, hecha por los hombres y no por las ideas, trajo también enormes injusticias, falsedades y errores.

Por otra parte, el año de 1915 es importante en la historia de México, un año de especial importancia en la política y en la cultura mexicana. Carranza logra afianzarse

⁸ *Ibidem*, p. 173.

⁹ Citado por Marta Portal. “Introducción” en M. Azuela, *Los de abajo*. p. 22.

gracias a la derrota que sometió a Villa, y con él una “nueva clase” cuyo ascenso Azuela refirió en su obra literaria. Monsiváis nos refiere los momentos más significativos de ese año:

En 1915, Azuela publica *Los de abajo* como folletón; en 1915, un volumen de reflexiones de Martín Luis Guzmán, *La querrela de México*, con una implacable inicial: `padecemos penuria del espíritu; en 1915, Antonio Caso dicta un curso de estética en la Escuela de Altos Estudios y un ciclo en la Universidad Popular que editará provisionalmente en 1916 (*La existencia como economía y caridad*) [...]¹⁰

Sin embargo, esta obra, *Los de abajo*, pasa inadvertida durante algún tiempo. En los años veinte es “descubierta”. A finales de 1924 los literatos comenzaron a cuestionarse qué era lo que ellos habían realizado en poesía, drama y novela. Es Julio Jiménez Rueda quien lanza un verdadero desafío a la joven generación de escritores con su artículo en *El Universal* titulado “El afeminamiento en la literatura mexicana” donde se pregunta por qué el México nuevo no encuentra expresión en la literatura actual, “por qué los escritores mexicanos siguen escribiendo en cerrados en sus torres de marfil”.

Este desafío no pasa inadvertido, y Francisco Monterde afirma: “existe una literatura viril que sólo necesita, para ser conocida por todos, de una difusión efectiva”. Y agrega, refiriéndose a *Los de abajo*: “Quien busque el reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones tiene que acudir a sus páginas”.¹¹

El Universal Ilustrado aprovechó el interés despertado y publica la obra en cinco cuadernos semanales, anunciándola como “la única novela de la Revolución”. De este modo, la obra narrativa de *Los de abajo* y el nombre de Mariano Azuela fueron objeto, por primera vez, de la atención de un público aficionado a leer. Así fue como *Los de abajo* llegó pronto a situarse en un lugar prominente continental e internacional. La novela de la Revolución es traducida al inglés, francés, alemán, serbio, y, posteriormente, al ruso, japonés, italiano...

¹⁰ Citado por Ruffinelli en *Literatura e ideología: El primer Mariano Azuela (1896-1918)*, p. 66.

¹¹ Leal, *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. I. p. 195.

La versión en francés, *Ceux d'en bas* es prologada por Valery Larbaud, crítico francés y hombre de letras afirmando que con “*Los de abajo* tenemos la revolución vista de cerca, de muy cerca y desde abajo, al lado de los campesinos transformados en bandidos y en héroes de la liberación”.¹² Señala “el valor épico de la anécdota y la sobria eficacia descriptiva, que compara con la del clásico latino Tácito”¹³

Por otra parte, Carlos Fuentes cree que “la novela de América Latina sufre un primer cambio cualitativo en la literatura de la revolución mexicana, de la que es póstico *Los de abajo*” en tanto que Monterde afirma que “*Los de abajo* anticipó el neorrealismo en Iberoamérica”.¹⁴

Es, tal vez, uno de los grandes aciertos de la novela de Demetrio y sus rebeldes, la de volver la vista hacia un momento histórico y observar una etapa de la revuelta social mexicana, volver la vista hacia “los de abajo”. Porque la literatura es la conciencia de un pueblo. La novela de la Revolución Mexicana es la interrogante que inquiere sobre ese drama en que han participado todos los mexicanos.

Es también, el medio y la expresión de un proceso colectivo de “mirarse hacia adentro” sobre el sentido de la mexicanidad, y al mismo tiempo, también preguntarse quienes somos los mexicanos en relación con el exterior.

Mariano Azuela es el iniciador de una primera etapa activa, renovadora y original de las letras mexicanas, la cual alude a un realismo: “El narrador está muy próximo a los sucesos y traslada al papel los movimientos de los hombres cuya psicología explota en la lucha fratricida: machismo, brutalidad, falsa sumisión [...] son los rasgos que esta novela documental saca a la luz [...] de ahondamiento en el ser nacional”.¹⁵

Seguirá a la novela de Azuela, *Los de abajo*, un sinnúmero de obras teniendo como tema principal el de la revuelta social mexicana. Seymour Menton habla de cinco

¹² Leal, *Ibidem*, p. 342.

¹³ Citado por Marta Portal. “Introducción” en Azuela. *Los de abajo*. p. 29-30.

¹⁴ *Ibidem*, p. 31.

¹⁵ *Ibidem*, p. 34.

generaciones de novelistas de la Revolución mexicana afirmando: “por magistrales que sean las dos novelas susodichas de Fuentes –se refiere a *La región más transparente* (1958) y *La muerte de Artemio Cruz* (1962)–, *Pedro Páramo* (1955) de Rulfo, *Al filo del agua* (1947) de Yáñez y *El luto humano* (1943) de Revueltas, ninguna supera a *Los de abajo* como obra integral dedicada a captar la esencia de la Revolución”.¹⁶

Por su parte, Marta Portal, nos comenta que la narrativa que se inspiró en la Revolución Mexicana se conoce en la literatura hispanoamericana como *novela de la revolución*, y que efectivamente, los primeros escritores tienen una visión local y una interpretación parcial de los hechos, su narrativa es esencialmente realista. Tiempo después vendrían los estudios de grandes pensadores, teniendo como propuesta intelectual la de una ontología del ser mexicano: Ramos, Alfonso Reyes, Vasconcelos, Leopoldo Zea, Uranga, Villoro, Usigli, Octavio Paz.¹⁷

Con la obra de Mauricio Magdaleno, *El resplandor* (1937), nos refiere la autora, se inicia una segunda etapa en esta narrativa, donde se encuentran también las obras, *El resplandor*, *El luto humano* (1943), de José Revueltas, y *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez; todas ellas, representan una mayor profundidad y una visión abarcadora de las condiciones del pasado nacional.

Aparece después, la obra excelsa de Juan Rulfo, *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), y que según Carlos Fuentes con esta obra finaliza, brillantemente, la temática documental de la Revolución.

Sin embargo, el tema de la revuelta social mexicana – aunque con una mirada retrospectiva– seguirá presente durante mucho tiempo en novelistas más jóvenes, integrando así una tercera etapa de escritores: *La región más transparente* (1957), *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes, *Los recuerdos del porvenir* (1963) de Elena Garro, *La creación* (1957), *Las tierras flacas* (1962), *Las vueltas del tiempo* (1973) de Agustín Yáñez, *Los relámpagos de agosto* (1964) de Jorge Ibargüengoitia,

¹⁶ Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*, p. 324.

¹⁷ Cfr. Azuela. *Los de abajo*. “Introducción” de Marta Portal. p. 35.

José Trigo (1966) de Fernando del Paso, *Juan Pérez Jolote* (1948) de Ricardo Pozas, *Oficio de tinieblas* (1962) de Rosario Castellanos, *Hasta no verte Jesús mío* (1969) de Elena Poniatowska.

Hoy en día, se hace una narrativa en México que refleja la situación del hombre en circunstancia, generalmente urbana, común al hombre de hoy; un ser amenazado por los neocolonialismos de la técnica, el gran desarrollo y la masificación, y cada vez en una soledad. Al mismo tiempo, existen novelistas que insisten en el tema nacional respecto al presente, que viene de un pasado histórico inmediato, aunque su actitud al respecto sea pesimista: incumplida y corrompida. Marta Portal concluye diciéndonos:

Los novelistas mexicanos del presente, o no se refieren a la situación política como heredera desvirtuada del movimiento revolucionario, porque piensan que incluso criticarla es seguir haciéndola, ayudar a los políticos a conservarla en su estatus aburguesado, o bien, al enfrentar en sus obras presente y pasado, quisieran seguir siendo fieles al impulso generoso primero que provocó la conmoción nacional; pero este impulso, alejado en el tiempo y en el espacio que lo originaron, se ha vuelto contra su propia esencia: *cambio, rebeldía, novedad*.¹⁸

El tema de la revuelta social mexicana, que inaugurara el novelista Mariano Azuela con *Los de abajo* queda ahí, sin embargo, impregnado de alguna manera, en la mente colectiva de la sociedad mexicana como una forma de rescatar la historia, los ideales y nuestra forma de ser.

Los de abajo es una excelente obra porque logra un equilibrio justo; ya no hay grandes descripciones de paisajes y de protagonistas, sino que con un par de pinceladas podemos percibir de forma vívida al ser humano con el alma desnuda, sin caretas; con las pasiones, obsesiones, primitivismo y contradicciones que se generan en una guerra cruel. *Los de abajo* es una novela intensamente humana y, por eso mismo, genuinamente universal.

¹⁸ *Ibidem*. p. 41.

Esta novela épica se desprende totalmente del naturalismo zoliano, de las influencias europeas, y el escritor, ante los hechos brutales, opta también por un estilo brutal. Jorge Ruffinelli apunta: “La elegancia del modernismo se trueca en el relato escueto, vivaz, rápido; la morosas descripciones de la novela decimonónica desaparecen [...] No hay tiempo para pulir frases: todo desemboca en una extrema economía narrativa, y esta economía en un estilo del realismo”.¹⁹

Y dentro de esta economía narrativa que nos refiere Ruffinelli, destaca uno de los grandes personajes en esta novela de la Revolución mexicana: *el paisaje*. Toda la naturaleza árida o exuberante: las llanuras, las montañas, las sabanas, el desierto que fue escenario de la revuelta iniciada en 1910. “La planicie, de dorados barbechos, rapada hasta de arbustos, se dilatava inmensa en su desolación. Parecían un verdadero milagro los tres grandes fresnos enfrente de las casitas, sus cimas verdinegras, redondas y ondulosas, su follaje rico, que descendía hasta besar el suelo”. (*OC*, I, 392)

Asimismo, otro de los personajes más constantes y elocuentes es *el tren*, que se mueve como un ser viviente a lo largo de la novelística del escritor jalisciense. La lucha revolucionaria, que se prolongó por más de una década, tuvo en el tren uno de los factores decisivos para sofocar el ansia popular en busca del derrocamiento de la anquilosada y decrepita dictadura porfirista. Es el tren un mensajero que lleva las ideas libertarias y los rebeldes, las noticias, el que enciende la pólvora de la Revolución.²⁰ “Humo de cigarro, olor penetrante de ropas sudadas, emanaciones alcohólicas y el respirar de una multitud; hacinamiento peor que el de un carro de cerdos. Predominan los de sombrero tejano, toquilla de galón y vestidos de kaki.” (*Ibid*, 402) Demetrio y sus hombres viajan rumbo a la Convención de Aguascalientes.

La historia de Demetrio Macías y sus rebeldes se caracteriza por un cambio de la confianza a la desesperanza y la amargura por la no comprensión del desarrollo de la Revolución Mexicana. Adalbert Dessau comenta: “debe mencionarse la actitud positiva

¹⁹ Jorge Ruffinelli. *Literatura e ideología: El primer Mariano Azuela (1896-1918)*. p. 67.

²⁰ Cfr. Edmundo Valadés y Luis Leal. *La revolución y las letras*. p. 22.

de Azuela hacia la Revolución y las masas. Por ello el sentimiento trágico que domina la novela –a pesar de todos los errores del autor– al final de cuentas constituye la tragedia objetiva de la Revolución inconclusa. El pesimismo de la obra se justifica objetivamente”.²¹ Edmundo Valadés reitera: “Un elemento para entender la violencia desatada [...] es el fatalismo, mística a la que se abrazaban los hombres que se lanzaron a la bola, estimulados por un descontento social”.²²

Las actitudes de violencia y atropello de los soldados federales se observan desde el inicio de la narración cuando llegan a la casa de Demetrio. Y parece que su destino es el de asesinar, destruir y quemar la casa de los humildes, robarles sus esposas, violar a sus hijas, y obligar a los jóvenes a tomar las armas por su causa. Pero los rebeldes, “los de abajo” nos son muy distintos. Si bien el líder de los revolucionarios, Demetrio Macías, no se doblega al poder de la pasión delictiva y resiste a las incitaciones de la codicia, que han ganado todos los suyos, no puede contener la violencia y el odio, tiene una indiferencia ante el crimen. “Demetrio Macías, es de un temple ejemplar: una rara dignidad, una innata ecuanimidad, dotes de mando, valor, lealtad al superior, solidaridad insobornable hacia los suyos”.²³

Así observamos que el protagonista y sus hombres carecen de alguna norma ética y cada batalla, y cada victoria es una nueva oportunidad para ejercitar la crueldad y desvalijar al enemigo vencido. Se puede constatar una peligrosa similitud sangrienta del héroe y el asesino. Azuela quiso que la tragedia de ese grupo de campesinos combatientes simbolizara la amarga filosofía de una guerra inútil, que para “los de abajo” acabara en el mismo lugar donde comienza: “¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre! (OC, I, 368).

El círculo se cierra con una emboscada en la misma sierra, en el mismo terreno donde el héroe obtuvo su primera victoria. Queda solo. Mueren a su lado sus más fieles soldados. Apunta y no yerra un tiro. Muere matando. El héroe ha regresado, a la muerte

²¹ Adalbert Dessau. *La novela de la Revolución Mexicana*. pp. 229-230.

²² Valadés y Leal. *La revolución y las letras*. p. 34.

²³ Marta Portal. “Introducción” en Azuela. *Los de abajo*. p. 60.

que lo identificará. Una roca enorme y suntuosa, como pórtico de vieja catedral, entroniza a Demetrio Macías en la galería de los héroes míticos.²⁴

Debe reconocerse en el escritor la lealtad que ha guardado a su propósito de precisiones y a su sobria técnica de novelar. Esta posición es la que permite apreciar la índole y el movimiento de sus personajes. Sus personajes se integran a sí mismos y actúan con autonomía dinámica, su lenguaje los define.

La novela de Azuela introduce en la narrativa [...] el habla del pueblo mexicano. Es una auténtica revolución en la novela porque da carta de naturaleza a las expresiones del habla popular. Los personajes hablan según su a la clase a la que pertenecen: el pueblo de abajo, el habla llana del campesino; los “curros”, un idioma castellano indiferenciado. Y aún dentro del habla popular, en la obra hay matizaciones distintas. Los vecinos de la comunidad serrana donde acampa la guerrilla de Demetrio, “hablan peor” que los mismos revolucionarios. Sus expresiones son más arcaicas y deformes. Los distintos niveles del habla dan un particularismo caracterizador a cada uno de los grupos sociales que interpretan la anécdota en la obra.²⁵

El mérito de la obra radica en su visión desnuda, en su capacidad de síntesis. El novelista no necesita forzar las tintas. No busca tanta palabrería, busca la imagen que ilumina, la metáfora reveladora. La novela de *Los de abajo* nos incita a mirarnos hacia nosotros mismos, a nuestra historia, a desentrañar la amargura de los hechos reales de una cruenta lucha armada.

El estilo de *Los de abajo* es el de la técnica realista, predominando el discurso narrativo o enunciado de la acción. [...] la palabra-acción nos da la representación directa del acontecer. [...] la elusión de los procesos psicológicos, la falta de ilación cronológica o lógica de las secuencias dan dinamismo a la acción, igual que el hecho de que los enunciados sean preferentemente de partida, de llegada, de marcha, de tránsito, es decir, de movimiento, con muy breves campanadas.²⁶

²⁴ *Ibidem*, p. 56-57.

²⁵ *Ibidem*, p. 63.

²⁶ *Ibidem*, p. 61.

3.2 La Pintada, Camila, La mujer de Demetrio

El novelista vivió la Revolución, participó en ella y también se desilusionó con el desenlace histórico de ésta. El desencanto se ve reflejado en su obra, evidente en casi todas sus novelas, que se caracterizan por un permanente cuestionamiento social y político.

En el remolino impetuoso que genera la revuelta de “los de abajo”, don Mariano no olvida a la mujer; retrata a unos personajes femeninos envueltos en la profusión de sucesos y la confusión de sentimientos. Estos personajes, que no son protagónicos, que pasan casi inadvertidos –como en lucha armada– revelan, sin embargo, la situación y participación de las mujeres en esa etapa crucial. La obra refleja la actuación de los miembros de la clase más baja, de “los de abajo”; por lo tanto, las mujeres que el escritor nos presenta son personajes oprimidos, del pueblo, precisamente de donde se gestó “la bola”. Con la Revolución las mujeres fueron incorporadas al mundo de lo público brutalmente.

Cuando las mujeres campesinas se vieron en la situación de quedarse en casa o seguir a sus hombres en la lucha armada y participar, muchas optaron por lo segundo. Llevaron el cambio hasta en la manera de vestir, carrilleras incluidas. La Revolución fue un movimiento para los hombres, pero no incluía ninguna bandera relacionada con la mujer. Adelitas pero no ciudadanas, porque no tenían derechos, las mujeres estuvieron en todo y obtuvieron muy poco, aunque abundan las anécdotas de mujeres progresistas que incluso desafiaron al gobierno de Porfirio Díaz.²⁷

En efecto, la imagen de la mujer de esa época se ha estereotipado en las abnegadas y valientes soldaderas, en las heroínas o en las guerrilleras, pero su participación no se limitó exclusivamente al sostenimiento de sus hombres y a cuestiones de armas. Sabemos que las actividades que solían hacer estas mujeres campesinas al integrarse a la guerra civil eran, inicialmente, el de cuidar a los hijos, hacer la comida, permitir el

²⁷ Cfr. Ángeles Mendieta. *La mujer en la Revolución Mexicana*.

desfogue sexual de los hombres, curar enfermos y heridos. Pero después, conforme el movimiento iba madurando y los rebeldes iban disminuyendo, las mujeres iniciaron la función de llevar y contrabandear información, así como, transportar armas y municiones, eran agentes confidenciales, enlaces, correos, propagandistas, periodistas, secretarías hicieron sobre todo “tareas clandestinas”.

La situación de hambre en la Revolución muchas veces afectó a las mujeres que permanecieron en los campos y ciudades. La participación de la mujer en estas actividades vulneró el patrón familiar.

La tradición y el folklore nacional dicen que los varones participaron en la Revolución Mexicana acompañados de las mujeres, las cuales se distinguieron por su valentía y entrega al movimiento. La lucha armada destruye las rígidas diferencias entre los géneros. Las mujeres siguen a sus hombres y se incorporan a los grupos armados. La soldadera tiene un rol de hombre: se viste y adopta una actitud masculina, ya que con la confusión social, sexual y genérica del movimiento armado, sólo como varón puede sobrevivir. En cuanto combatientes, tenían las mismas responsabilidades que sus correligionarios hombres.

Con esto la Revolución presentó para el colectivo social femenino la coyuntura para lograr cambios sustanciales en su status social, también hubo quienes trataron de formalizar éstas nuevas situaciones sociales en modificaciones legales. Por ejemplo, la demanda por el voto ocupó un lugar prominente desde 1911.

Al finalizar el movimiento armado se temió que con tanta libertad la mujer pudiera perder su feminidad, entendida esta, claro está, con docilidad y sumisión, pero desde entonces la nueva estructura social la requeriría en fábricas, oficinas, etc., pero sobre todo las mujeres se habían percatado de otra calidad de vida, aunque algunas otras prefirieron la comodidad.

En la Constitución de 1917 la mujer obtuvo igualdad legal aunque sólo en papel, personalidad jurídica para firmar contratos y llevar sus propios negocios y bienes. Sin embargo, a pesar de estas reformas constitucionales, en realidad se mantuvo la letra

muerta del derecho. Otro ejemplo lo constituye, en la época de Don Venustiano Carranza, la Ley de Relaciones Familiares vigente de 1917 a 1932 que sitúa a la mujer en un plano de más igualdad.

Por otro lado la educación femenina se había beneficiado en cuanto al nivel de información general, pero quedaba lejos de tener un mayor conocimiento de su cuerpo y de la sexualidad.

Desde el inicio de la novela se observa algo que debió ocurrir con mucha frecuencia por aquellos tiempos: cateos, amonestaciones, violaciones, secuestros, asesinatos, encarcelamientos, exilio. En un tiempo sin orden ni ley la violencia hacia las mujeres fue devastadora.

Los federales irrumpen una humilde casa. Los soldados llegan a la casa del protagonista. La mujer de Demetrio no sólo sufre malos tratos por parte de los federales sin también, intento de abuso sexual: “Sargento, tráeme una botella de tequila; he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita.” (*OC*, I, 320) El teniente, haciendo alarde de su machismo, pretende aprovechar la situación tratándola como a una prostituta: “Oye, chatita, [...] tú ven acá conmigo. Mira, esta carterita apretada de billetes es sólo para ti. Es mi gusto. [...] arrímate a echar un trago...” (*Ibid*)

También conocemos otras historias breves de estos personajes femeninos en plena revolución, los rebeldes llegan a un pequeño poblado para sanar las heridas de su líder. Ahí encontramos personajes como “señá Remigia, una vieja enchomitada, descalza y con una garra de manta al pecho a modo de camisa” (*Ibid*, 329), que comenta a Demetrio Macias: “Afigúrense..., tenía güevos, gallinas y hasta una chiva parida; pero estos malditos federales me limpiaron” (*Ibid*); y continua diciendo: “¡Afigúrense..., cargaron hasta con la muchachilla de señá Nieves!...” (*Ibid*).

Porque en la turbulencia del movimiento social, la rapiña puede ser un medio de sobrevivencia, pero también la expresión de los más viles instintos; los mismos que generan el secuestro, violación y muerte de mujeres. Las atrocidades y violencia en

contra de las mujeres no solamente la ejercen los federales, también lo hacen los rebeldes.

Por ejemplo, Cervantes se aparece, en medio de vituperios y vandalismo, en medio de la alharaca general con una “novia”, - “chiquilla de grandes ojos azules y semblante de virgen, que sólo vestía camisón y medias” (*Ibid*, 380), a la cual pronto todos en el festín de la embriaguez y de los “avances” la desean. La Pintada asevera:

¡Su novia y... no! Mire, curro, adonde usté va yo ya vengo. Tengo el colmillo duro. A esa pobre la sacaron de casa entre el Manteca y el Meco; eso ya lo sabía...; pero usté les ha de haber dado por ella... algunas mancuernillas chapeadas... alguna estampita milagrosa del Señor de la Villita... ¿miento, Curro?”.
(*Ibid*)

El personaje femenino de la “novia” de Cervantes representa a la clase hacendada, ella encarna la belleza clásica de su nivel social: blanca, rubia, con ojos de *color*, joven y virgen. Y es objeto del botín que se repartirán los vencedores, junto con las demás cosas de valor. Como mujer bonita y educada da prestigio al hombre que la tiene y que es motivo de orgullo para él y de envidia para los otros; ésta no es rechazada por los varones de la tropa, sino que es deseada, incluso por el jefe.

La “novia” de Cervantes, previa disputa entre varios hombres totalmente alcoholizados, fue finalmente violada por el güero Margarito esa misma noche. Al igual que los federales que se robaron a la hija de señá Remigia los rebeldes hacen exactamente lo mismo con la chiquilla de grandes ojos azules. Las dos jóvenes corrieron la misma suerte, simplemente por ser mujeres. Las dos mujeres son arrancadas de su seno familiar con violencia para ser ultrajadas.

Otras mujeres quizás, simplemente en el desorden de la lucha armada han encontrado una manera de sobrevivir, porque tal vez, sin tener muchas oportunidades de vida, tienen en la revuelta social, un pretexto para delinquir y prostituirse, la edad no importa.

La Codorniz entró en la sala con una chiquilla de doce años, ya marcada con manchas cobrizas en la frente y en los brazos. [...] Con ojos ávidos, la Codorniz buscaba su presa, suspendiendo la respiración. [...] - ¡Ah –gritó de pronto la Codorniz–, mira lo que me jallé!... ¡Qué sudaderos pa mi yegua! Y de un tirón arrancó una cortina de peluche [...] (*Ibid*, 374-375)

En tanto que la muchacha dice: “¡Mira, tú... cuánta vieja encuerada! –clamó la chiquilla de la Codorniz, divertidísima con las láminas de un lujoso ejemplar de la *Divina Comedia*– . Esta me cuadra y me la llevo. Y comenzó a arrancar los grabados que más llamaban su atención”. (*Ibid*, 375)

La Pintada representa a varios de los personajes femeninos que aparecen en la novela y que, como muchas mujeres y hombres que vivieron la Revolución, sacarán a flote la bajeza de sus instintos: “mujeres de tez aceitunada, ojos blanquecinos y dientes de marfil, con revólveres a la cintura, cananas apretadas de tiros cruzados sobre el pecho, grandes sombreros de palma a la cabeza, van y vienen como perros callejeros entre los grupos” (*OC*, I, 370-371).

Este tipo de mujeres no están ligadas a un hombre, no son las típicas soldaderas o adelitas, sino son “mujeres de la tropa”; una especie de lumpenproletariado que vive de la rapiña y comparte su sexualidad con cualquier hombre.

La Pintada es el lastre de los ejércitos, no es combatiente pero saca provecho de todas las situaciones, de todos los hombres. Sus características son la de toda prostituta: dura, independiente, exenta de valores, sin sentimientos, complacida de ejercer su oficio, pero en la obra de Azuela no es planteado abiertamente el asunto de la prostitución.

Así se describe a La Pintada: “una muchacha de carrillos teñidos de carmín, de cuello y brazos muy trigueños y de burdísimo continente” (*Ibid*, 371), que participa del robo y la barbarie gestados al calor de la revuelta. Ella misma describe en *Los de abajo* su *modus operandi*:

Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces ¿pa quién jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines (*Ibid*, 373). Y ya adentro de esa casa: la Pintada, incansable, siguió descerrajando cajón por cajón, hasta no dejar hueco sin escudriñar (*Ibid*, 374).

Ella participaba de los “avances”,

Muy ufana, lucía vestido de seda y grandes arracadas de oro; el azul pálido del talle acentuaba el tinte aceitunado de su rostro y las manchas cobrizas de la avería [...] Llevaba revólver al pecho y una cartuchera cruzada sobre la cabeza de la silla (*Ibid*, 381).

Se compartía sexualmente con quien ella lo deseara, pero profesaba una especial preferencia por el güero Margarito: “¡Si le digo que en mi vida he visto hombre más acabado que éste!” (*Ibid*, 380). Lo que ella adoraba de este tipo era su forma violenta y soez de comportarse, porque ella era de su misma factura.

Muchas mujeres de aquella época, por otra parte, parecen refugiarse dada su ignorancia en “atributos femeninos” como la sumisión y una disposición hacia la creencia mágica y sobrenatural. Señá Agapita, personaje femenino en la novela, comprueba que a la partida de los rebeldes a su “hija le han hecho mal de ojo” (*Ibid*, 352).

Meditó mucho tiempo, y cuando lo hubo reflexionado bien, tomó una decisión: de una estaca clavada en un poste del jacal, entre el Divino Rostro y la Virgen de Jalpa, descolgó un barzón de cuero crudo que servía a su marido para uncir la yunta y, doblándolo, propinó a Camila una soberbia golpiza para sacarle todo daño. (*Ibid*)

En realidad, la hija de señá Agapita, Camila, simplemente se había enamorado del “curro”, pero no se salvó de los azotes de su madre.

Camila es otro personaje femenino, la joven campesina, mujer fea, ingenua, hacendosa, pasiva, tímida, que aparece en la obra como “especie de mono enchomitado,

de tez bronceína, dientes de marfil, pies anchos y chatos” (*Ibid*, 337). Si Camila es la negación de la belleza no deja de ser la mujer objeto; es la mujer en quien el jefe de los rebeldes, pone los ojos bajo circunstancias muy especiales. Porque Demetrio suspira y dice: “Ahí está Camila, la del ranchito... La muchacha es fea; pero si viera cómo me llena el ojo...” (*Ibid*, 368)

Esta mujer, Camila, tiene un amor leal y desinteresado por Cervantes; sin embargo, éste la engaña y traiciona, pues la entrega al jefe Demetrio, previo acuerdo negociado:

Camila amaneció en la cama de Demetrio [...] Fue cosa convenida entre el curro y el general” [...] Camila le confiesa a la Pintada lo sucedido: “¡Me mintió, me mintió! ... Fue al rancho y me dijo: Camila, vengo no más por ti. ¿Te sales conmigo? ¡Hum, dígame si yo no tendría ganas de salirme con él! De quererlo, lo quero y lo requero... (*Ibid*, 387).

Y además agrega que si volviera a su casa: “Me mataría mi mamá a palos” (*Ibid*). Pero con el tiempo, esta mujer engañada, empieza a sentir un amor sincero por Demetrio, sus sentimientos van cambiando: “Pos es que ya le voy cobrando voluntá” (*Ibid*, 389)

La relación entre Camila y el protagonista, sin embargo, cada día va mejorando: “Demetrio estrechó a Camila amorosamente por la cintura, y quién sabe qué palabras susurró a su oído”. (*Ibid*, 393) Camila es una mujer fiel y enamorada, una mujer estrechamente unida a su pareja, que a pesar de todo, ahora encuentra en Demetrio una felicidad inesperada. El lazo amoroso que se da entre el jefe de los rebeldes y Camila da un breve remanso a la narrativa bélica. Camila, por supuesto, está muy lejos de ser una Adelita, pues no la vemos en más ocupaciones que la de amante; pero es claro que el protagonista de *Los de abajo* encuentra en este amasiato un espacio para la tranquilidad, aunque sea breve, y encuentra en Camila un apoyo incondicional, una de las características esenciales de las mujeres revolucionarias.

Las verdaderas revolucionarias no sólo eran mujeres leales a los hombres que amaban sino que también eran muy valientes y sacrificadas. No temían hacer grandes caminatas por los lugares más inhóspitos cargadas de pertrechos, ni se amedrentaban por el fragor de los combates y las salvajes represalias que solía haber después de las batallas.

Como ha sucedido en otras guerras, a menudo las mujeres impulsan a los hombres para que no se den por vencidos cuando enfrentan batallas en condiciones de total desventaja, y no es raro que su arrojo haya influido en hazañas importantes de la Revolución. Esto pudo ser posible porque, como hemos visto en otra parte del trabajo, el carácter de la mujer le permite soportar por más tiempo condiciones de vida muy adversas sin que se quebrante su moral.

Camila que, pese a toda la barbarie que se genera en ese ambiente, no se ha contaminado de la maldad de los rebeldes, denuncia a Demetrio de la crueldad del güero Margarito que torturaba por placer a un federal: “el güero Margarito sacó su pistola, puso el cañón sobre la tetilla izquierda del prisionero [...] ¡No, amigo federal! [...] no te quiero matar todavía...” (*Ibid*, 390-391) La Pintada se entera de lo sucedido, y Camila a partir de ese momento se ganó una enemiga mortal: “El güero Margarito es mi mero Amor... Lo que haiga con él, hay conmigo” (*Ibid*, 391)

Y poco tiempo después, La Pintada asesina finalmente a Camila: “Y todo fue en un abrir y cerrar de ojos: se inclinó, sacó una hoja aguda y brillante de entre la media y la pierna y se lanzó sobre Camila. Un grito estridente y un cuerpo que se desploma arrojando sangre a borbotones”. (*Ibid*, 398)

Demetrio regresa después de casi dos años de ausencia encuentra muy cambiada a su mujer al ser que se quedó abandonado:

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro. Y su corazón dio un vuelco cuando reparó en la reproducción de las mismas líneas de acero de su rostro y en el brillo flamante de sus ojos. Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre. (*Ibid*, 415)

La mujer de Demetrio, quien sólo aparece un par de veces en la obra, al principio y al final, y por ello su presencia es casi invisible, encarna a todas aquellas mujeres que efectivamente, han pasado desapercibidas para los analistas de la Revolución. En la cruenta guerra civil, ellas, no fueron a luchar a los frentes de batalla, como otras lo hicieron; no, ellas se quedaron a trabajar la tierra, a cuidar a los hijos; es decir, a mantener el hogar en pie y garantizar la sobrevivencia de la especie. Su lucha fue mantener y cuidar a la prole, lo mismo de los federales que de los revolucionarios.

Fue una lucha callada, casi inadvertida, pero que demuestra una gran fortaleza por parte de estas mujeres. El protagonista no escucha las súplicas de su mujer: “¡Demetrio, por Dios! ... ¡Ya no te vayas! ... ¡El corazón me avisa que ahora te va a suceder algo!” (*Ibid*, 416) Ella lo cuestiona: “¿Por qué pelean ya, Demetrio? Pero él mismo no lo sabe: “La revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval...” (*Ibid*, 362)

Por eso su vida pertenece a los campos abiertos, a las batallas por una libertad que más que un ideal es ya un instinto primario:

En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómadas. Nada importa saber adónde van y de dónde vienen; lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás; ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca. (*Ibid*, 416-417)

La mujer que don Mariano nos retrata de esta época es el de un ser olvidado, violentado, abandonado. O bien de un ser deshumanizado y violento, como La Pintada. Sin embargo, la historia registra a numerosas mujeres valiosas, de todos los niveles sociales, en esta lucha armada. Ángeles Mendieta nos comenta en *La mujer en la Revolución Mexicana*:

Queda, finalmente, hablar de la mujer como heroína, de la que participó valerosamente en las causas nacionales, la que calladamente y con profunda abnegación colaboró con su dulzura en los hogares de aquellos que se entregaron a la

violencia, o de la de esas otras que, en los campos de la cultura, hacen merecimientos por el engrandecimiento de los pueblos.²⁸

Muchas tuvieron nobles ideales y pelearon valientemente por ellos. Baste citar a la esposa de Ricardo Flores Magón, que participó activamente en los proyectos de organización política y de periodismo de combate, o a la esposa de Aquiles Serdán, quien estuvo hasta el último momento con su esposo en el operativo militar que significó el inicio de la Revolución Mexicana.

Azuela, por su parte, insiste en describir a las mujeres que fueron engañadas, ultrajadas, víctimas de ese gran vendaval que fue la Revolución Mexicana. La obra de Azuela muestra que el papel de las mujeres fue la mera prolongación de su rol tradicional al campo de batalla. En *Los de Abajo*, las mujeres son utilizadas según sea necesario. Sólo son presentadas como un objeto más que llevan los revolucionarios y que son propicias para los pleitos por los celos de los varones de la tropa.

La visión pesimista responde a la experiencia personal del autor. Parece que sus esperanzas de cambio social terminaron con la muerte de Francisco Madero, pues en casi toda su obra cuestiona los motivos de lucha de los revolucionarios y denuncia las deformaciones del Estado posrevolucionario. Sin embargo, la crítica de Mariano Azuela es siempre franca, sin ambages.

La sinceridad y la pasión con la que escribió obras como *Los de abajo*, pero también sus cualidades artísticas como escritor, le permitieron ir más allá de la novela como documento social, y crear textos de gran calidad literaria. En otros casos, desgraciadamente, su inclinación por la literatura didáctica sólo revela sus limitaciones como crítico social, y algunas de sus principales ideas, bastante conservadoras por cierto, en torno a la mujer.

²⁸ Ángeles Mendieta Alatorre. *La mujer en la Revolución Mexicana*. p. 17.

4. *La malhora* (1923)

4.1 El contexto

Terminado el gobierno de Obregón en 1924 se realizaron nuevas elecciones, y Plutarco Elías Calles se encargó de la presidencia. Anteriormente, Calles había sido militar revolucionario y participado en los gobiernos de Carranza y Obregón. Calles y los miembros de su gabinete se propusieron desarrollar la economía; para ello se amplió la red de caminos y carreteras, se construyeron presas y canales de riego y se mejoraron las instalaciones para producir electricidad. Para contar con recursos se fundó el Banco de México. También se permitió que los extranjeros continuaran administrando las empresas de ferrocarriles y explotando los campos petroleros. Con los impuestos que pagaban las empresas extranjeras se obtuvo parte del dinero necesario para realizar las obras, pero el país no logró su independencia económica.

El número de escuelas aumentó en esta época, sobre todo en el campo, donde había maestros que no sólo enseñaban las letras sino cómo perfeccionar los cultivos y cuidar la salud. Cuando al fin parecía haber paz, las viejas fuerzas empezaron a crear conflictos. Las autoridades eclesiásticas, que bajo la dictadura de Díaz habían obtenido privilegios especiales, se encontraban descontentas por los cambios revolucionarios y criticaron públicamente artículos de la Constitución. En respuesta, en 1926 el gobierno cerró las escuelas religiosas y expulsó a sacerdotes extranjeros. El asunto no paró ahí, la Iglesia dejó de realizar ceremonias en los templos y provocó el descontento de los campesinos que sintieron que se atacaba su religión. Varias regiones del país se levantaron en armas y fueron combatidas por el ejército. A esta lucha en que perdieron la vida miles de mexicanos más se le llamó guerra cristera.

El conflicto cristero fue el resultado del choque de dos fuerzas, el Estado y el clero católico, que pretendían dominar la sociedad. Se enfrentaban en el terreno educativo, agrario y

obrero. Ambas instituciones tenían intereses divergentes en estos terrenos. [...] Se llegó a ello por medio de una escalada de medidas de presión que desembocaron en la guerra civil en la cual fueron perjudicados los campesinos de las regiones más involucradas en la lucha.¹

Cuando finalizaba el gobierno de Calles, en 1928, Obregón presentó nuevamente su candidatura a la presidencia. Ganó las elecciones pero fue asesinado por un hombre descontento con el gobierno por el conflicto religioso. Comenzó entonces un periodo en el que Calles tuvo gran influencia sobre los tres presidentes que le siguieron. El primero de ellos fue Emilio Portes Gil, un ingeniero que realizó la idea de Calles de fundar un partido que agrupara a las fuerzas revolucionarias para evitar peleas y divisiones: el Partido Nacional Revolucionario (PNR), que actualmente se conoce como Partido Revolucionario Institucional (PRI). Luego siguieron Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, que resultaron gobernantes bastante incapaces y que fomentaron la corrupción entre los funcionarios públicos.

Nuevamente se vieron en la ciudad pretenciosas construcciones como en la época de Díaz. El descontento volvió a extenderse y se temió un nuevo conflicto armado general. El Partido Nacional Revolucionario postuló entonces, como candidato a la presidencia, a un hombre honrado que contaba con el respeto y la confianza de sus compatriotas. Este hombre fue el general Lázaro Cárdenas.

El tercer ciclo literario se forma por tres novelas, las llamadas novelas “herméticas” o de experimentación: *La Malhora* (1923); *El desquite* (1925) y *La luciérnaga* (terminada en 1927 pero, publicada en 1932). Don Mariano inicia con *La malhora* una de sus etapas literarias más interesantes y al mismo tiempo muy poco estudiada.

Esta breve novela pasa prácticamente inadvertida ante la crítica nacional salvo algunos comentarios de muy pocos enterados: “*La malhora* que no obtuvo mención alguna en México, fue bien acogida en el extranjero”, nos comenta Azuela. En tanto que Valéry Larbaud habla muy bien de esta novela, incluso le parece mejor que *Los de*

¹ Francisco González Gómez. *Historia de México* 2. p. 79.

abajo: “[...] por mi parte, no titubeo en decir que prefiero *La malhora* [...] asistimos a una serie de escenas de la vida del bajo pueblo de México. Así, en diferentes aspectos, con unidad de tiempo y lugar, tenemos la vida de México durante el primer cuarto del siglo XX. El novelista ha extraído sus temas de la realidad presente a sus ojos y por experiencia conocida por haber tomado parte en ella [...]”.² Y más adelante, el crítico francés continúa diciendo:

No “juzga” los actos de sus personajes, no sobreentiende, no indica nunca lo que piensa [...] Todos sus esfuerzos tienden a permitirnos tales como aparecen frente a él y, en este afán por hallar la justa expresión de la verdad viviente que aprehende, es donde se encuentra su moral de artista, suprema virtud no nada más del pintor sino también del novelista...³

Una de las razones por las que *La malhora* no recibió la atención de la crítica literaria puede ser el hecho de que por el tiempo en que se publicó la novela apenas se estaba valorando una novela anterior, *Los de abajo*. El “descubrimiento” de la novela más representativa de la Revolución: *Los de abajo* eclipsó en mucho a la novela experimental.

En lo que respecta a la crítica posterior, se ha tendido a encasillar al novelista jalisciense dentro de grupo de escritores latinoamericanos que escribieron sus obras con un enfoque fundamentalmente sociológico. Se trata de autores como José Eustasio Rivera (*La vorágine*, 1924), Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*, 1929) y Martín Luis Guzmán (*La sombra del caudillo*, 1929), entre otros. En efecto, considero que la mayor parte de su obra cae dentro de esta categoría, pues como médico, Azuela trata de hacer un diagnóstico de los males que aquejaban al cuerpo social mexicano. Como dice Mario Vargas Llosa en el artículo “Novela primitiva y novela de creación”, en estas obras la intención de crítica social está por encima del objetivo estético.⁴

² Luis Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. I, p. 342.

³ *Ibidem*.

⁴ Cfr. Mario Vargas Llosa, “Novela primitiva y novela de creación en América Latina”, *Revista Universidad de México*. pp. 29-36.

De acuerdo con Vargas Llosa, otra característica común de esta literatura es la recreación del medio rural, y a veces también cierto maniqueísmo en el tratamiento de los personajes. Lo anterior no obsta para que el crítico reconozca un valor muy importante en las obras antes mencionadas: “Rústica y bien intencionada, sana y gárrula, la novela primitiva es de todos modos la primera que con justicia puede ser llamada originaria de América Latina”.⁵

Por otra parte, surgen en Europa, en las dos primeras décadas del siglo XX, diversas tendencias artísticas los llamados *ismos* también conocido como vanguardia. Adelantándose a la sacudida bélica de 1914 proliferan casi simultáneamente varias corrientes revolucionarias: el *cubismo* pictórico que a partir de 1907 algunos artistas parisinos, empujados por la búsqueda del rigor pictórico, decidieron “tratar la naturaleza” únicamente a partir “del cilindro, la esfera y el cono”. El *futurismo* condena la tradición estética e intenta integrar el mundo moderno.

El manifiesto de Marinetti en 1909, y la música atonal y dodecafónica (1909) unidas por el mismo propósito: la renovación de modalidades artísticas institucionalizadas. Son los comienzos de un serio cuestionamiento de valores heredados y de una insurgencia contra la cultura anquilosada, que abren vías a una nueva sensibilidad que se propagará por todo el mundo.

Junto a los ismos que testimonian una estéril negación total del pasado está el *futurismo* italiano (1909); el dadísmo de Tristán Tzara que se basa en la provocación, la burla y el absurdo, y ponía en tela de juicio modos de expresión tradicionales (1916). Otras tendencias más influyentes y perdurables son el *expresionismo* alemán (1911), el *cubismo* literario de Guillermo Apollinaire (1914), siguen caminos desconocidos que avizoran el surrealismo (1924) que viene a ser la cristalización de los objetivos de la vanguardia internacional. Esta vanguardia es la acción “simbólica” que ciertos sectores

⁵ Citado por Ramón Moreno en “Los autores del boom”, *Caleidoscopio crítico de la literatura mexicana contemporánea*. p. 251.

de estas sociedades realizan para intentar modificar o radicalmente cambiar la vida cotidiana más que sólo la respuesta a un nuevo entorno socio-histórico.

En la literatura hispánica, la nueva poesía desecha el uso racional del lenguaje, la sintaxis lógica, la forma declamatoria y el legado musical, dando primacía al ejercicio continuado de la imaginación, a las imágenes insólitas y visionarias, al asintactismo, a la nueva disposición tipográfica, a efectos visuales y a una forma discontinua y fragmentada que hace de la simultaneidad el principio constructivo de esencial. Estas inquietudes renovadoras canalizan hacia 1922, año clave de la eclosión vanguardista latinoamericana.

Estas influencias llegan a México y a fines de 1921 Manuel Maples Arce funda el *estridentismo* a través de su manifiesto que exalta el carácter dinámico del mundo moderno, el advenimiento del maquinismo y de la metrópoli desindividualizada. Las obras de los estridentistas reflejan una franca admiración por las maravillas del siglo XX, especialmente les fascinan las máquinas, la luz eléctrica, la ciudad como sitio para habitar y como escenario para sus obras debido a su oposición al campo, se integran en la poesía y en otros géneros. Usan todos los colores pero predominan el blanco, el amarillo y el gris. Se da una fuerte impresión de querer “crear” el ambiente y de que la naturaleza sale sobrando. Este es el mundo que los estridentistas quieren representar.

4.2 Experimentación vanguardista

El médico- novelista decide escribir desde lo que en aquel entonces era innovador, utiliza nuevas técnicas narrativas: “tomé la resolución valiente de dar una campanada, escribiendo con técnica moderna y de última hora. [...] el truco ahora bien conocido de retorcer palabras y frases, oscurecer conceptos y expresiones, para obtener el efecto de la novedad”.⁶ Por supuesto, el escritor “cansado del anonimato” quiere llamar la atención de la crítica, hace un auténtico esfuerzo por interpretar con enfoques de vanguardia – que eran verdaderamente revolucionarios para esos años – varias realidades de una naciente sociedad urbana mexicana.

Y lo que el autor llamaba “efecto de novedad” tiene que ver las técnicas que se originan sobre todo en el surrealismo, y en otros “ismos” literarios –ya mencionados– de la década de 1920. Mariano Azuela exige del lector en *La malhora*, una mayor atención e imaginación. En cuanto a la estructura de la obra, puede decirse que buscan los cambios de tema; los tiempos están superpuestos; hay un desarrollo ilógico de la historia; existen también los *flash back*; interrupciones de las escenas a medio desarrollo; las descripciones y rasgos que caracterizan a los personajes son parciales, esto es, sus características apenas se sugieren sabemos de ellos a través de algunas de sus comportamientos. Los personajes masculinos en esta obra están subordinados a los femeninos, son complementarios e incidentales; son, sin embargo, importantes para dar equilibrio al desarrollo de la novela.

Observamos, por ejemplo, en el personaje de Marcelo: “seguía esperando sin esperar”, “una llama intensísima ilumino el alma de Marcelo”, “Entonces una sonrisa siniestra de decepción” no hay descripción física de él, pero el narrador nos da cuenta de cómo es su temperamento, sus sentimientos, su psicología. En muy pocas palabras sabemos que Marcelo es un tipo violento, que se regocija en el dolor ajeno.

⁶ L. Leal. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. II, p. 36.

Otra de estas “novedades” son por ejemplo, los cambios de tiempo y espacio que se observan antes de finalizar el primer capítulo, que son muy sorprendentes. Cuando el narrador nos hace la relación del turbio pasado de la Tapatía (*flash back*): “La Tapatía salió absuelta entre aplausos del pueblo y los bostezos de los legisladores. Absuelta y con más nobles ambiciones: devolver a la sociedad [...]” (*OC*, II, 962) Y de repente, un par de líneas más abajo, un brusco cambio de escena y de tiempo. El narrador nos comenta: “Esposas, mordazas, resortes de acero en la nuca invertida. Hierro, frío, carne, huesos, todo una. Enfrente el de los cabellos crispados con una cabellera de sangre líquida en la punta del cuchillo”. (*Ibid*) No hay secuencia lógica en este pasaje.

Asimismo, las innovaciones estilísticas que se observan son la frase retorcida, la frase elíptica saturada de sugerencias y fundamentalmente, el predominio del monólogo dialogado. El autor se toma mayores libertades con la cronología. Está compuesta con base en imágenes o cuadros contundentes, así como un uso mayor de la narración elíptica.

Abundan estas innovaciones en la obra, por ejemplo, en el capítulo dos, nos sumergimos en la mente del médico loco, en un monólogo permanente. Aquí el tiempo parece detenerse, se vuelve lento. Y nos olvidamos por unos momentos del barrio, las pulquerías, el vicio, el crimen; entramos a los pensamientos obsesiones del huésped de “los jardines de la Castañeda”. Sin embargo, el narrador inusitadamente, interrumpe el soliloquio del médico: “Interrupción de tres meses, noventa días, 2,160 horas. San Sebastián o Luzbel, rotas las alas bajo el edredón, y blanco como la hoja de papel de Altagracia...” (*Ibid*, 966)

Altagracia, “la malhora” es, por supuesto, la protagonista de perfecta modulación psicológica dentro del fatalismo cotidiano. Su deambular constituye en sí la historia. Historia que comienza en el barrio, y termina ahí mismo, en los barrios de Tepito. La malhora es mujer arrastrada por el amor y por el odio, orillada hacia el vicio y a la prostitución, y aunque encuentra por algún tiempo la salvación, termina por volver a los “filantes blancos” y desembocar en una vorágine de imágenes y sangre: “talló dos

crisales que corrigieran su astigmatismo mental” (*Ibid*, 977), consume su venganza. La historia de *La malhora* es el de una novela citadina, de pulquería, de bajos fondos.

Puede decirse que la novela *La malhora* y la obra de Federico Gamboa *Santa* (1903) se parecen, pues ambas hablan del mismo tema “la chica que es engañada que va cayendo de peldaño en peldaño hacia el vicio y la prostitución”, sin embargo, existen diferencias importantes. Los historiadores y críticos de la literatura mexicana ubican las particularidades de *Santa* dentro de un marco naturalista hispanoamericano. Mientras Gamboa aplica a sus textos los principios experimentales y de terministas enunciados por Zola, Azuela, no toca los lugares comunes del naturalismo, usa procedimientos subjetivos, y de mutación caprichosa de escenas que más bien le acercan a los narradores de las últimas décadas.

Por aquel tiempo, Azuela es médico de venéreas en el consultorio número 3 de la Beneficencia Pública, entallada en las mismas entrañas de Tepito. Vive al oriente del jardín de Santiago Tlatelolco, su clientela estaba formada por gente Peralvillo y de Tepito, es decir, de Fray Bartolomé de las Casas, flor y nata del hampa metropolitana. Obviamente don Mariano extrae de su realidad inmediata el tema para la su novela: “Todo el mundo de aquel rumbo me conocía. [...] Solía encontrarme a muchos infelices de ambos sexos tendidos en la banqueta durmiendo plácidamente su ebriedad [...] Fui testigo de riñas callejeras sobre todo entre hembras de pelo en pecho”.⁷ El médico-novelistas agrega:

Es el caso de una muchacha en el arroyo: su tragedia es la tragedia vulgar de esos seres nacidos en el estercolero que a los primeros rayos del sol se marchitan y mueren; se trata de Altagracia, llamada por mal nombre la Malhora, nacida con la herencia de muchas fallas físicas y mentales, madurada en la educación y moral de los hampones metropolitanos. Brutalmente violada por uno de ellos cuando apenas comienza a ser mujer, acababa de perder los restos de equilibrio que le quedaban y bajo la obsesión abrumadora de la venganza forja

⁷ Leal, *Ibidem*, p. 38.

una vida destinada al asesinato del hombre aborrecible que tronchó de su tallo la flor en botón apenas...⁸

En efecto, el autor abandona el tema de la Revolución y toma el de la vida de uno de los sectores más pobres de la ciudad de México. Según John Brushwood “*La malhora* es una novela pesimista porque no es fácil descubrir cómo mejorar la suerte de estas personas miserables. Sus valores subhumanos intensifican la desgracia en que nacieron”.⁹ Y al mismo tiempo reconoce que esta novela es de vanguardia: “Supuestamente, escribió las novelas llamadas herméticas para complacer el gusto de la época [...] no podemos tomar en serio esta opinión [...] en vista del hecho de que en México no se publicaron novelas de vanguardia antes de 1925, con excepción de las del propio Azuela”.¹⁰ Azuela es un innovador, especialmente importante en virtud de que combina la preocupación social y el arte en novelas que algunos menosprecian por considerarlas atípicas.

Para Mariano Azuela, la literatura es ante todo una crítica a la realidad social, una especie de documento social e imaginación. Sus novelas se caracterizan por una visión escéptica. John Brushwood afirma que:

La novela se presta especialmente para expresar la realidad de una nación por su capacidad de abarcar tanto la realidad visible como aquellos elementos de la realidad que no se presentan a la vista. La novela paradigmática explora la realidad interior, que es la parte más profunda de las circunstancias existentes, así como de los sueños que trascienden a lo visible en un sentido diferente.¹¹

⁸ Leal, *Ibidem*, p. 38.

⁹ John S. Brushwood. *México en su novela*. p. 328.

¹⁰ *Ibidem*. p. 329.

¹¹ Brushwood, *Ibidem*, p. 9.

4.3 Altagracia, La Tapatía, La beatas de Irapuato

En la presentación de la historia, el narrador nos instala en el ambiente de arrabal, en el ambiente de las pulquerías, en una tarde fría de invierno en la colonia La Bolsa del barrio de Tepito: “llegó la onda fría y a las dieciséis del trece un cielo bituminoso como el asfalto mojado de las calles acababa de engullirse al sol”. (OC, II, 951) Y aparece la pulquería *El Vacilón*, un punto de reunión para los habitantes de ese barrio, lugar para la charla y el descanso de los personajes que tienen los más diversos oficios, pero también para los maleantes, rateros y asesinos:

El Vacilón rebosaba. Risas jocundas de mandolinas, quejumbres de la séptima de don Apolonio y Flores purísimas del Flaco, tenor de mucha fama en Tepito. Oleaje de harapos sucios, sucios e insolentes como mantos reales; cabezas achayotadas, renegridas; semblantes regocijadamente siniestros; cintilación de pupilas felinas y blancura calofriante de acuminados colmillos. Bajo lámparas veladas por pantallas de papel crepé, contraste rudo de líneas y claroscuro, desintegración de masas y relieves. (Ibid, 953)

Ahí conocemos a la Tapatía, una singular mujer oriunda “del barrio de mero San Juan de Dios” que ahora trabaja en el Vacilón y don Apolonio, el patrón, dijo: “Esta muchacha es de porvenir”. Ella tiene recuerdos imprecisos de su pasado, cuando obviamente estaba en mejor situación, allá en su lugar de origen; aunque también lamenta el engaño de un hombre, quien después de enseñarle una vida promisoría la abandona en los barrios de Tepito:

el chocolate caliente, espeso y oloroso de allá, el colchón de pura lana con sábanas de calicot muy limpias, las blusas y faldas de gasa con mucho listón y encaje, y las amistades de allá – ¡esas eran amistades! –. Mal haya para el de los galones sobredorados y franjas de zagalejo que me sacó de un tendejón decente para venir a tirarme a estos mugreros de Tepito. (Ibid)

El pasado de la Tapatía es turbio:

cinco años antes, el Jurado de Pueblo, ante quien compareció por delitos de robo y homicidio frustrado, comprendió con no rara clarividencia las virtudes de la reo. Es hacendosa, económica, amante del trabajo, continente y abstinenta. [...] Víctima inocente de su medio. Devolvamos a la sociedad un miembro que puede ser digno de ella. La Tapatía salió absuelta entre aplausos y los bostezos de los legisladores. (*Ibid*, 962)

Ella es “víctima inocente de su medio” y debemos suponer que ese medio fue de miseria y vicio, donde ella creció; sin embargo, pese a sus faltas cometidas, el Jurado de su pueblo le ha dado otra oportunidad.

En el barrio de la colonia La Bolsa, la vida no es fácil para nadie, y la Tapatía, ha aprendido “abstinencia. Y con la abstinencia se le reveló una actitud atávica, la economía; luego otras. Se hizo un círculo vicioso”. (*Ibid*, 953) Sus viejas “virtudes” han reaparecido en ella, intuitiva y observadora, tiene una especial simpatía por Marcelo, cliente consuetudinario de la pulquería: “Marcelo, ¿qué le pasa ¿?” “Este diablo de Marcelo tiene algo que a otros les falta”. (*Ibid*)

Marcelo tiene como oficio ser pintor de casas, un hombre hosco, violento, “robusto y sanguíneo”, de pocas palabras. Sabemos de él por su comportamiento: “Marcelo seguía esperando sin esperar. Extraña obsesión, anhelo impreciso, necesidad inconsciente quizás de un toque de luz viva, de color púrpura que rompiera en un punto y por un instante al menos el blanco sebo de la tarde le mantenían como fiera atónita.” (*Ibid*, 952)

Hay un ser violento en Marcelo que no encuentra el modo de fustigar su furia interna. Cuando él está esperando abajo, mirando hacia arriba – porque el no quiso subir a pintar una gran fachada – sólo observa a su compañero el Flaco, quien se resbala y por poco se precipita al suelo, el narrador nos comenta: “Una llama intensísima iluminó el alma de Marcelo, pero fuego deslumbrador, instantáneo no más, como el grito de terror de arriba. Entonces una sonrisa siniestra de decepción”. (*Ibid*, 953) Es

sorprendente como en tan pocas líneas, Azuela nos muestra la maldad y odio de los personajes que como Marcelo habitan esos arrabales. Y es quizá, por esta razón que la Tapatía se sienta atraída por él, dos seres con las mismas afinidades.

Esa noche se comete uno de tantos crímenes en el barrio de la colonia la Bolsa. El barrio que se convierte en otro personaje más en *La malhora*, proyectando su personalidad de barrio bravo y el predominio de su carácter en cada una de las historias en que interviene, teniendo como elemento principal a la violencia: “Una ciudad sin esperanza, destruida por dentro y por fuera, alimentada sin embargo por unas ilusiones que con suerte se dan el lujo de ser más abusadas que una fatalidad que se lo va chupando todo, hasta dejar a los habitantes del barrio sin más recurso que el crimen. La violencia como último refugio, [...]”.¹²

La violencia que caracteriza al arrabal es la que se genera a partir de la marginación, la pobreza, la ignorancia y el vicio de sus habitantes; esa energía negativa se manifiesta en todos los espacios y de muy diversas formas. Los personajes que transitan y viven en el barrio recurren a la violencia, quizás porque es la única manera de afirmar su existencia, ser violentos les da identidad. Esta forma de ser –el alarde de la actitud agresiva – se manifiesta desde una simple mirada, un insulto, hasta llegar a cometer un crimen feroz. Y la penumbra, las sombras, la noche son cómplices para cometer atrocidades.

La Tapatía tiene los más funestos presentimientos, por lo que le comenta a Epigmenio, su pretendiente: “¿No oíste a las ocho cómo aullaba un perro allá en la calle? No sé, de veras qué me pasa; tengo ese lamento aquí en los oídos... Me he acordado de mi gente”. (*Ibid*, 954) La Tapatía abrió la puerta:

Entró una ráfaga helada, se agitaron las esferitas de colores y los focos eléctricos. En las paredes danzaron estrambóticas sombras chinescas. Atento el oído, percibió un grito en la lobreguez impenetrable, luego el rumor de pasos que se alejan con precipitación, después un ¡ay! Que se repitió tres veces,

¹² Carlos Fuentes. *Todas las familias felices*. p. 144.

desfalleciendo hasta extinguirse en sordo estertor. Cosas de la colonia la Bolsa. (*Ibid*)

La protagonista de esta historia hace su aparición, justo después del homicidio. Adentro de la pulquería “una muchacha acababa de saltar sobre una tosca mesa de pino y todo el mundo se apartaba para hacerle ruedo”. (*Ibid*) Esa mujer es Altagracia, mejor conocida en el barrio como “La malhora” quien:

Tendría apenas quince años y ya los pies soplados, los brazos de cebra y las mejillas de anfiteatro. Una funda sudosa cubría sus cabellos deshechos, garras renegridas colgaban en torno de su pecho y de sus muslos. Al compás de estrepitosos palmoteos comenzó a bailar. La bailarina hacía prodigios de obscenidad y triunfaba una vez más. (*Ibid*)

Resulta contundente la breve descripción que el narrador nos hace de la muchacha, es evidente que don Mariano Azuela tiene una compasión especial por presentar a estos personajes femeninos, podría decirse que al hacerlo tiene hasta un dejo de ternura por ellas. Ya en su “*Registro*”¹³ nos habla abundantemente sobre ellas: mujeres de clase social baja, que sufren las adversidades de su ambiente y son víctimas de las circunstancias. Mujeres que han caído en la prostitución y en el vicio. Al escritor le duele de verdad la situación de la mujer por eso insiste al escribir sobre ellas, acerca de su dolor, de sus penas, de sus vidas. Pero ¿quién es “la Malhora”? El narrador nos refiere brevemente el origen de su decadencia:

La bailarina astrosa de las carpas de Tepito, que de los brazos de Marcelo había ido a caer a los de todo el mundo y rodaba por todos los antros y que ya en las tablas no conseguía ni una sonrisa desdeñosa para sus atrocidades, descendiendo, descendiendo, habíase reducido a cosa, a cosa de pulquería, a una cosa que estorba y a la que hay que resignarse o acostumbrarse. (*Ibid*)

¹³ M. Azuela, “Registro” en *Obras Completas*, T. III, pp. 1197-1236.

Altagracia, la protagonista, ha caído en el vicio y la prostitución porque después de conocer el amor con Marcelo, éste la defraudó; obtuvo sólo el placer inmediato de poseerla y después se olvidó de ella. La bailarina astrosa dice: “yo era de veras doncella. Paseaba por mero Tepis y no había hombre que no se me quedara viendo, y uno me tira una flor y otro me suelta un piropo, y el tosedero y las picardías de los oficiales en los talleres por donde iba yo pasando.” (*Ibid*, 975-976) Al parecer, antes de los quince años Altagracia tenía ya un cuerpo sensual, o al menos la promesa de una silueta bastante atractiva. Esto no podía pasar desapercibido, dado el ambiente de morbosidad y hasta de lujuria que se genera en las calles de los barrios cuando los machos estén al acecho de sus víctimas: las hembras.

Se trata de un tipo de agresión sexual contra la mujer que en el tiempo cuando se escribió la novela seguramente era visto como algo normal, si bien en la mayoría de los casos las mujeres que la sufren no dejan de sentirse agredidas. Altagracia experimentaba el asedio en la calle, mientras crecía la insistencia y las promesas de Marcelo: “¡Ándale, que yo te pongo casa!” “Te digo que sí. Te quito de esa vida que llevas con el borracho de tu padre”. (*Ibid*, 976) Ella se entregó porque confió en las palabras de él. Mas luego evoca la desilusión: “Me di a la bebida, al cigarro... de día y de noche; perdí el sentido...”. (*Ibid*) Y ahora sentía que había descendido al último peldaño de la escala: un ser despreciable, abyecto: una piltrafa humana. Su despertar de cada día puede ser “bajo el recio puntapié del pulquero que abre su establecimiento, retirando estorbos del quicio, o en una húmeda galera de la Comisaría o porque no, en cualquier basurero de la Bolsa, al calor de dos o tres perros famélicos.” (*Ibid*, 957)

Conocemos el oscuro y desafortunado origen de la “hija legítima de la colonia de la Bolsa” a través de las voces que se suceden en la novela, la de personajes incidentales que expresan sus propias conjeturas:

primero el sótano hediendo a salitre, negro como boca de fogón, donde ella vio o debió haber visto la primera luz; la portería de una inmensa vecindad de Peralvillo; segundo, papá y mamá

viviendo vida de ensueño y riñendo hasta el instante en que ésta revienta de puro hinchada, ¡glorioso agave!; en seguida a la calle, el figón, el tablado de Tepito y lo demás; las amistades que le enseñan a uno unas cosas... ¡pero qué cosas!... (*Ibid*, 958)

Con el cerebro embotado por tanto pulque, Altagracia recomienda a Epigmenio que no se deje llevar por las apariencias, que la Tapatía en realidad no valía la pena: “¡La Tapatía! No te pierdes de gran cosa... bueno, pero tu gusto es muy tuyo... Para desengañarte convídala al baño... pata de gallo, pelo postizo, muelas picadas y unas manchas en las piernas del tamaño de un centavo.” (*Ibid*, 956) Parece ser que Altagracia conoce mejor que nadie a la Tapatía, le sabe todos sus defectos y sus artificios. Atrapada entre el rencor y el deseo de venganza, le sugiere a su rival que mate a Marcelo: “Si es capricho, ensártalo entonces... ¡Zas!, uno a fondo y te lo quitas de enfrente... No te creas de lo que dicen... montonero nada más. No es el león como lo pintan.” (*Ibid*, 955)

La Malhora conoce muy bien a los del barrio, y la gente que tiene fama de asesina, son siempre tipos que matan por la espalda sin ningún remordimiento, nos son capaces de sostener un duelo de frente. Altagracia descubre que Marcelo acaba de cometer un crimen:

El mancebo de *La Carmela* dormía de codos sobre la mesa. Marcelo, de un empellón, lo arrojó a roncar sobre el aserrín vaporizante. Riendo a carcajadas, la Tapatía paso sobre él. Pero apenas acababa de sentarse, sofoco un grito de espanto. Pronta, saco su propio pañuelo y lo metió entre la pechera y el sweater de Marcelo. La salpicadura de sangre desapareció. Se miraron sin hablar. Lívido, él bajo la frente. Tras ellos la Malhora lo vio todo con turbia mirada de idiota. (*Ibid*, 956)

Cuando Altagracia acompaña a los gendarmes a ver el cuerpo del occiso, descubre que es el cuerpo de su padre: “Bañada de púrpura, entre las manos de la Malhora se levanta una pesada cabeza, un rostro todo arrugas y canas, los ojos desmesuradamente

fijos, la boca espumante en rosa... Un alarido. La cabeza chapotea en el fango”. (*Ibid*, 957)

La Malhora cae desmayada. Ella despierta en el hospital y es interrogada por los encargados de la ley, pero no quiso decir quien fue el asesino.

En efecto, el barrio también parece imponer su carácter violento a los habitantes, marcándoles ciertos límites, códigos o reglas no escritas, el silencio, no decir nada aunque se sepa: “se levanta una muralla impenetrable de silencio ante las interrogaciones medrosas de la policía”. (*Ibid*, 956) Hay “ajustes de cuentas personales”, *vendettas*: “Altagracia supo acordarse a tiempo de una máxima sagrada. Estas cosas se arreglan siempre entre nosotros solos”. (*Ibid*, 959)

Altagracia planea su venganza, una vez que se encuentra fuera del hospital, por lo que pide prestado un cuchillo a Epigmenio, y éste promete llevárselo al *Vacilón*. Por la noche la Malhora espera a Marcelo para consumir su venganza. Epigmenio le da tremendo “chafalote” pero con tantos vasos de pulque encima, ella ya no puede ni “con el peso de sus propios ojos”, y para cuando llega Marcelo, sus “dedos están agarrotados” no puede ni sostener el puñal. La Tapatía, sin embargo, adivinando las intenciones de la Malhora y la complicidad de Epigmenio en el asunto, comenta: “Más de algún pobrecito amanece tieso mañana...” (*Ibid*, 961) Entonces Marcelo y la Tapatía se ponen de acuerdo para enfrentar el ataque, mas Epigmenio salió huyendo de la cantina pues tuvo negros presentimientos; “le entró un miedo muy extraño”. La malhora se queda sola, indefensa ante Marcelo:

Al amanecer, bajo un cielo ópalo ondulado y una atmósfera cruel, la policía encontró en un prado de la avenida del Trabajo, allí muy cerca del quiosquito, el cuerpo blanco y congelado de la Malhora, sin ropa, yacente entre escamas de nieve y zacatitos de plata. ¡Ah!, también descerrajadas las puertas de *La Carmela*, fracturada la caja y el tocinero Epigmenio cosido a puñaladas. (*Ibid*)

Y efectivamente, La Tapatía y Marcelo, almas gemelas llenas de maldad, en complicidad matan al dueño de *La Carmela*, “Carnes finas. Manteca de Guadalajara”, al mismo tiempo que le despojan de su dinero. Con lo robado, ahora la Tapatía tiene todo, un estanquillo, *La Tapatía*, y una accesoria inmediata con el anuncio: *Se pintan rótulos*.

La Malhora casi muere, pero es salvada por la esposa del médico “loco y mártir”, Samuel, y es llevada a la casa de la pareja donde pasa tres meses. La vida de la protagonista entra en un remanso, y conocemos así los pensamientos obsesivos del loco de “la Castañeda”, por medio de un novedoso *monólogo interior*. “Ahora se consagra a redimir mujeres caídas y fuera del estado de merecer, con sus honrosas excepciones. La última, por ejemplo, es una muchacha de quince años malograda física y mentalmente”. (*Ibid*, 963) En este pasaje alude a su esposa, y más adelante también se refiere a Altagracia: “Tu dolencia cabe en la industria y rebasa la ciencia, o lo que es lo mismo, criadita sin sueldo, la medicina y tú no tienen nada que hacerse.” (*Ibid*, 965)

Y continúa el médico más adelante: “tus ojos dicen lo que tus oídos no se atreven a oír. Te hacen daño tu miedo y mi secreto”. (*Ibid*, 966) Lo que el doctor está diciendo es que Altagracia puede curarse del vicio del alcohol, pero atender las causas de su problema rebasa la ciencia médica, porque el origen de su mal está en el alma, en esa falta de amor auténtico a sí misma y a los demás. Tiene un profundo vacío de sentimientos nobles en su corazón, donde todo se ha convertido en dolor y odio. El médico hace otra sentencia más: “Si tu odio ha de apagarse en un borbotón de sangre, no incurras en la afrenta de palidecer... Pero el odio es algo monstruosamente pesado para el que odia.” (*Ibid*) Después de tres meses de un cambio de vida radical, La Malhora se siente renovada, ve de otra manera al mundo:

Altagracia, noctívaga, lloró con Dios porque era rica. El mundo más grande que la colonia de la Bolsa; las gentes que arreglan su vida de otro modo que con alcohol y puñal digieren bien y duermen mejor. Eso aparte de la moneda menuda de su alcancía: el amor al prójimo del cura de Santa Catarina, el perdón de las ofensas del doctor paralítico y el cumplimiento del deber de su esposa severa y equivocada. (*Ibid*, 967)

El escritor, que con esta novela adquiere una aguda conciencia de la forma, parece jugar con el número tres cuando entran en escena tras personajes nuevos: tercer episodio, tres veces Santo, tres mujeres, “sus tres casitas”, “tres pasajes de segunda”, “ambiente de libertad, igualdad, fraternidad”, “trisagios”, “triduos”, “que arranca tres simétricos suspiros”, etc. Todas estas series de tres enfatizan el mundo religioso de plegarias de las beatas. La vida de Altagracia vuelve a tomar otro camino, y se integra a un espacio y un ambiente totalmente desconocido. Ahora se emplea como sirvienta con Las Gutiérrez, mujeres oriundas de Irapuato: “mamá enfisematosa, dos niñas mirando venir los cuarenta, tápalos de cucaracha en cucurucho”. (*Ibid*, 967)

Estos personajes representan aquellas familias venidas a menos afectadas por la Revolución Mexicana, que deciden emigrar a la urbe, porque escucharon decir un día: “Carranza y Villa vienen cerrando templos y expulsando sacerdotes”. (*Ibid*) Y pasada toda la revuelta, ellas perdieron sus bienes de Irapuato: “... y que se haga Señor tu Voluntad...”. Ya no pueden regresar, por lo que deciden trabajar ellas mismas y ahorrar: “Se cose ajeno”.

Con ellas entramos a un mundo religioso y al “tac tac de las dos Singer, el rumor hipnótico de los rezos sin fin: un rosario de cinco, alimento predecesor de cada alimento del cuerpo; padrenuestros y avemarías, credos y salves y trisagios”. (*Ibid*, 968) Estas mujeres viven su mundo aparte, no se vinculan con los hombres “porque el amor que no es de Dios, amor mundano y pecaminoso es.” (*Ibid*, 969) Las beatas Gutiérrez representan también, a un sector de la sociedad: “el muy católico y sufrido pueblo mexicano”. (*Ibid*, 968) Don Mariano conocía muy bien este tipo de gente, pues era oriundo de una región caracterizada por su raigambre religiosa. Sin llegar plenamente a la sátira de las tradiciones religiosas, sí observamos aquí notas de ironía y el sarcasmo al describir a estos personajes.

Altagracia encontró en ese ambiente –de “palabras llanas, actitud hierática en los gestos sencillos, vida superior en el perenne trabajo y en la perenne oración”– (*Ibid*) una enorme paz y tranquilidad: “El espíritu de Altagracia boga como paloma, en la lámpara

de aceite del Sagrado Corazón de Jesús”. (*Ibid*, 969) Y tanto es su fervor religioso que se confiesa y comulga todos los días: “Su alma se volatilizó en el ambiente de paz espiritual; dejöse arrastrar por la mansa corriente de un sopor sin ensueños ni pesadillas”. (*Ibid*) Y así pasaron cinco años de “letargo y opio místico”. Podría decirse que Altagracia tenía realmente una nueva vida, una nueva oportunidad, pero nada es para siempre: “Porque el ardor divino que pudo domeñar a Altagracia se quemó las alas antes de asomarse a las tinieblas donde se había escondido la Malhora”. (*Ibid*, 970)

Resurge en la protagonista esa violencia que parecía ya mitigada. A las afueras de la iglesia, ante la menor provocación, la Malhora pelea con otra mujer con tal fiereza que, en señal triunfo, “lleva entre los dientes un fragmento del lóbulo de la nariz de su contraria”. (*Ibid*) Las santas mujeres, llenas de espanto, entonan ante el altar: “Santo... Santo... Santo...” Y la puerta de su casa ya no se abre más para la Malhora.

En el tiempo que estuvo con las beatas Gutiérrez, la Malhora no superó su odio en contra de ella misma y de la sociedad. Poco podían enseñarles estas mujeres que como muchos cristianos se quedan en la superficialidad de los ritos, y no llegan a asimilar nunca una filosofía religiosa que debería traducirse en una conducta humana y solidaria. Nuevamente la protagonista se dedica a deambular por la calle, a la cual parece ya no pertenecer, lo que el escritor aprovecha para describir breves y excelentes cuadros de este otro personaje, el barrio:

Cosa extraña: parece que ha adquirido un sentido nuevo en los seis años de ausencia. No un sentimiento, simplemente una constancia de algo insospechado; lo inarmónico, lo asimétrico, lo deforme, lo feo. La anarquía de la línea y del plano en casetas, barracas, y puestos arrojados al azar. Anarquía del color incoloro. Hormiguero de rostros hoscos y cansados, párpados de bayeta, piernas sopladas, cachuchas, un tejano sarnoso, toallas y sweaters imposibles. Harapos que van y vienen en la impasibilidad sublime de la inconciencia. Fraternalmente de la mano la maldad y la imbecilidad que se ignoran. Vertero de todo el desecho de México en remojo y remojo. (*Ibid*, 971)

En el barrio la Malhora se encuentra con un viejo conocido, el Flaco, celebran su encuentro tomando algunas bebidas embriagantes en la *Hermosa Joven*, y entonces ella se entera que existe un estanquillo, *La Tapatía*, y una accesoria que dice *Se pintan rótulos*; también conoce su ubicación. Al día siguiente, Altagracia acude a la Villa para expiar sus pecados recientes, así como para conseguir un nuevo empleo. Trabaja temporalmente con un “viejo soldado, servidor de la República”, por “doce pesos, ración de pulque y domingos libres por la tarde.” El viejo soldado, de “abdomen piramidal”, habla de sí mismo, cuando observando una foto le dice a Altagracia: “Sí, soy yo con mi uniforme de brigadier... pero no de los de ahora. Cruz del Dos de Abril, medalla de la Carbonera... condecoración del Sitio de Querétaro... Se fue nuestro gran Porfirio Díaz... se fue Huerta... ¿dónde está, pues, la gente honrada?”. (*Ibid*, 972) Pero el “condecorado militar” tiene una hermana, “La señorita Eugenia, ciento noventa libras, botas de doble suela, traje sastre, sombrero canotier. Relampaguea, resopla, gime, bufanda y prorrumpa: ¡Bagazos... cáscaras, papeles... trapos... agua puerca! ¡Lo de siempre: no un cerdo, sino un chiquero... ¡Viejo tal por cual!...” (*Ibid*, 973)

Azuela hace mofa del ridículo personaje militar, lo mismo que de su “explosiva” hermana. Se trata de “purita gente decente”. El oficial retirado vive en condiciones materiales lamentables y con una hermana a quien le tiene pavor, porque ella no soporta el desorden: “Llegada su máxima presión, la cólera de la Señorita Eugenia escapa por los extremos cuadrangulares de sus botas. Y vuelan semicupio, silla y hasta el vaso de peltre del naranjate”. (*Ibid*)

En esta escena el autor acentúa el efecto cómico al presentar al personaje como un energúmeno grotesco, con lo que también se sale un poco del estilo realista. Altagracia dio varias muestras de negligencia en sus labores: “rompió tres platos de porcelana, un botellón de cristal [...] astilló la boquilla del clarinete del militar, olvidó cerrar una llave y se inundó la casa...”. (*Ibid*) Ante esto, y conociendo el carácter intolerante de su hermana, la protagonista acepta el consejo del viejillo militar.

En el desenlace de esta novela breve observamos a la protagonista trabajando como afanadora en un hospital, “entre batas y gorras blancas”, y bastante disminuida físicamente: “con dos miriápodos en el vientre, uno por apendicitis que nunca tuvo y otro por salpingitis que tampoco tuvo”. (*Ibid*, 974) Después de los cinco años que vivió con las beatas Gutiérrez, *mens sana in corpore sano*, ahora, de repente, ha comenzado con una serie de molestias:

... la náusea por el alimento, la jaqueca por mucha luz, el mal humor porque lo ven y le hablan a uno o porque no lo ven ni le hablan. Los sueños inconexos, absurdos, enervantes; después el perenne desasosiego, los insomnios que funden la línea curva y dejan colgajos de piel ociosa, todo, aparte de la consulta médica, catástrofe crónica y rítmica. Alma doliente de consultorios, dispensarios y casas de beneficencia, bajo la obsesión eterna del médico y la medicina. (*Ibid*)

A sus veintitantos años, Altagracia tiene una salud muy quebrantada, no es para menos, con la vida que tuvo desde su nacimiento hasta su adolescencia: vicio y prostitución, y el tiempo pasa factura; no perdona. Implacables también fueron sus jefes del hospital, quienes al despertar de un desmayo inoportuno, simplemente la corrieron: “Esa muchacha a la calle; es mucha música ya”. (*Ibid*)

Altagracia hace una evocación triste de de su vida, y se muestra agradecida al despedirse de un practicante que había sido amable con ella: “Adiós, señor practicante, y que Dios lo bendiga por su buen corazón, porque sólo usted tuvo paciencia para oírme, para oírme tanto...”. (*Ibid*, 975) Y Altagracia sale corriendo del Hospital, “hasta que, las alas rotas, cayó en los brazos abiertos de la primera pulquería que le salió al encuentro”. (*Ibid*, 977) Y aunque al principio ella se resiste, termina cediendo al consumo de pulque: “un vuelco de la medida rasa, choque tremendo de avideces incontenibles; la boca, la nariz, los ojos, el alma entera...”. (*Ibid*)

Basto un par de vasos del blanquecino líquido para provocar una vorágine mental de imágenes y de sentimientos, una explosión de ideas, toda su vida pasa en un instante:

Tumulto de imágenes, deseos, reminiscencias. En su cerebro suben y bajan y se revuelven ideas inconexas, absurdas, heterogéneas. Vocerío abigarrado; los aplausos y silbidos y las dianas de una carpa que no existe. Camas blancas también y blusas blancas y pabellones blancos y siluetas atormentadas. La faz cadavérica del doctor y el brillo contradictorio de sus ojos y de su boca en perenne sonrisa; la esfinge odiosa de un practicante impertinente e intruso, el tac tac tac tac de las *Singer* y el rumor insoportable de los rezos de tres cucarachas que no se cansan de santiguarse... (*Ibid*)

Sus ojos descubren los anuncios de *La tapatía – Se pintan rótulos*, e inmediatamente renace un sentimiento aletargado, y una idea fija: “la incógnita de su destino despejada al fin”. Decide poner punto final a su tormento, pues parece vislumbrar “su salud y su vida en la hoja brillante de un cuchillo”. (*Ibid*) Consuma su venganza, “en vez de cuchillo, la Malhora sacó devotamente el rosario de su cuello y lo puso en manos de su rival”: “Y con las muelas de la Tapatía y el abdomen pujante de Marcelo, medio sofocado bajo el catrecito de hierro en la accesoria *Se pintan rótulos*”. (*Ibid*) El narrador pone punto final a la novela con una frase concisa y contundente: “La Malhora talló dos cristales que corrigieran su astigmatismo mental”. (*Ibid*)

El desenlace de esta breve novela, puede interpretarse de dos maneras: por un lado, Altagracia perdona la vida la Tapatía poniéndole el rosario en sus manos recomendándole rezar. Con ese acto de perdonar la vida a su enemiga y a Marcelo corrige esa irregularidad mental, “tallo dos cristales” pueden ser sus ojos que ahora ven con mas claridad ya que de alguna manera se ha vengado y se siente liberada. Pero, por otro lado, cuando la Malhora invita a la Tapatía a rezar es porque tal vez, será lo último que haga. Y “tallo dos cristales” es la acción de clavar el cuchillo en los cuerpos de sus enemigos, porque la protagonista tiene ya “las muelas de la Tapatía y el abdomen pujante de Marcelo, medio sofocado”. (*Ibid*, 977) Consumada su venganza, la “bailarina astrosa” corrige su “astigmatismo mental”. Azuela, deliberadamente o no, deja para la conclusión de la obra, estos dos posibles finales.

Sin lugar a dudas, esta breve novela escrita en los años veinte, hace grandes alardes de verdaderas técnicas narrativas de vanguardia, sin dejar de lado la constante preocupación social de su creador. La preocupación por la realidad y situación de las mujeres que viven en un mundo olvidado: el de los arrabales; porque al final de cuentas, como lo hemos visto, en la historia de la mujer, siempre va encontrar discriminación e injusticia en mayor o menor grado, pero cuando estas mujeres nacen en los más hostiles ambientes y en circunstancias muy desfavorables, ya sea en el campo o en el barrio, la situación se agrava terriblemente. El personaje Altagracia ha ilustrado perfectamente esta situación.

5. *Regina Landa* (1939)

5.1 Etapa posrevolucionaria

Cardenismo es el nombre de la corriente ideológica inaugurada por Cárdenas; pero también se le llama así a la etapa en la que gobernó México de 1934 a 1940. Siendo presidente, Lázaro Cárdenas admitió un gran número de Callistas en su gabinete pero a pesar de esto, Cárdenas empezó a mostrar independencia respecto a Calles, al favorecer grupos obreros que ejercieron el derecho de huelga.

Hacia 1935 la situación política del país era tensa, por la forma en que era conducido el gobierno. Calles protestó diciendo que habían radicalizado las exigencias de los líderes obreros y que la culpa era del presidente. Aunque varios políticos estuvieron de acuerdo con Calles, Cárdenas tenía de su lado a las organizaciones obreras y campesinas así como a miembros del ejército. Gracias a esta situación, Cárdenas expulsó a Calles del país en 1936.

En abril de 1938 reorganizó el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), la nueva denominación adoptada desde hacía un mes por el PNR (que, a su vez, transformaría definitivamente su nombre en 1946 por el de Partido Revolucionario Institucional), que se dotó de cuatro secciones, obrera, campesina, popular y militar, con un especial hincapié sobre las dos primeras.

La Reforma agraria, planeada originalmente por Emiliano Zapata se llevó a cabo. Este reparto es considerado por muchos como el más grande del siglo en la historia de México. Durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas del Río fueron repartidas 18 millones de hectáreas a las comunidades y ejidos. De esta manera, aumentó a 25 millones de hectáreas la cantidad de tierras en el sector social (es decir, las parcelas que se encontraban fuera del régimen de propiedad privada). El objeto del reparto agrario lanzado durante el gobierno de Cárdenas buscaba no sólo la satisfacción de una

demanda popular plasmada en la constitución de 1917, sino la formación de pequeñas unidades productivas, con capacidad de autosuficiencia alimentaria.

La unidad básica del modelo de reforma era la conformación de ejidos. Se trata de una dotación de tierras que eran entregadas a un núcleo de población para que las aprovecharan de la manera que consideraran conveniente. Cada ejido estaba regulado por un órgano interno llamado *Comisaría Ejidal*, integrada por los titulares de la dotación (generalmente hombres) que elegían a un presidente y una mesa directiva. La Comisaría Ejidal tenía la facultad de representar a los ejidatarios en los trámites gubernamentales. Dado que al final de la Revolución y la guerra Cristera, la mayor parte del país estaba en la ruina económica, el gobierno de Cárdenas creó el Banco Nacional de Crédito Ejidal (Banjidal) destinado a capitalizar a los núcleos ejidales.

Además de la repartición de tierras y el financiamiento monetario, la reforma agraria del cardenismo incluía el establecimiento de un sistema educativo que permitiera la formación de profesionistas técnicos que ayudaran al desarrollo de los ejidos. Por ello, asociados a los núcleos ejidales, se crearon escuelas donde los niños y jóvenes debían adquirir conocimientos sobre agricultura, ganadería y aquellas otras actividades específicas que permitiera el medio ecológico. En ese sentido, la reforma agraria llevada a cabo durante el sexenio de 1934-1940 se diferenciaba de la implementada por los gobiernos anteriores, para quienes todo se limitó a la dotación de tierra a individuos dedicados a la agricultura a pequeña escala. Lo que la Secretaría de Agricultura se planteaba en la segunda mitad de la década de 1930 fue la creación de centros agrícolas competitivos.

Sin embargo, el plan de formación técnica, como el financiamiento, no pudieron llegar a resarcir el rezago del campo mexicano totalmente. El plan del cardenismo sólo funcionó en ciertas regiones, aquellas que como la Comarca Lagunera o el valle del río Yaqui contaban con riego y tierras fértiles. Por otro lado, aunque el reparto de tierras durante el gobierno de Cárdenas fue el mayor de la historia de México, no disminuyó

significativamente la dimensión de las tierras en pequeña y mediana propiedad, y de los latifundios.

Durante el siguiente período (1940-1946), el reparto agrario fue frenado y se emprendió una "contrarreforma" agraria, despojando nuevamente de las tierras recién obtenidas a algunos ejidos, para enajenarlas.

El proyecto agrario de Cárdenas, conlleva, sin embargo una profunda contradicción. Ella afloraría con toda su fuerza después de que este abandonara la presidencia. Por un lado, respetaba el impulso creativo de los campesinos y se comprometía con el éxito de la producción ejidal. Pero, por otro lado, daba pasos para someter al campesinado al control del gobierno, restringiendo su autonomía e impidiendo que la iniciativa campesina pudiera expresarse plenamente; con la intervención de las instituciones estatales en el agro empezaron a implantarse formas de capitalismo de Estado.¹

También durante su mandato se transformó el Castillo de Chapultepec, antigua residencia de los gobernantes del país, en el Museo de Historia Nacional. De igual modo, impulsó iniciativas para clausurar casas de juego y, rompiendo con la estrategia seguida por Calles, cesó la hostilidad hacia la iglesia católica. Asimismo, en el ámbito social y académico enfocado a la educación fundó el Instituto Politécnico Nacional (IPN), y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Modificó la Ley Agraria, amplió también la red de carreteras y permitió la entrada a los refugiados políticos de muchos países, entre ellos 40 mil refugiados españoles de la guerra civil.

Quizá la decisión de política pública más representativa de la administración Cárdenas del Río es la expropiación petrolera. Debido a una combinación de factores entre los que destacan la debilidad de las economías estadounidense y británica durante la década de los treinta (ambas estaban sumidas en los efectos de la crisis de 1929), la existencia de un fuerte conflicto entre los trabajadores mexicanos y las empresas extranjeras y su propia visión de un capitalismo democrático y nacionalista, en el que

¹ Francisco González Gómez. *Historia de México* 2. p. 91.

las industrias básicas (petróleo, siderurgia, etc.) jugaban un papel clave, Cárdenas decretó la expropiación el 18 de marzo de 1938, creando PEMEX.

Más importante, sin embargo, que el acto expropiatorio mismo, fue el amplio consenso nacional que Cárdenas fue capaz de crear con esa decisión. No sólo se sumaron los sectores del entonces Partido de la Revolución Mexicana, sino que de manera virtualmente unánime otros muchos sectores de la opinión pública mexicana, la Iglesia católica entre ellos, se sumaron de manera entusiasta a la decisión del entonces presidente, quien construyó de esa manera una amplia base de apoyo social que perduraría muchos años después de que su presidencia terminara.

Tanto así que ha sido el único expresidente de México capaz de mantenerse activo en la política nacional en el periodo post-revolucionario, como lo atestigua su participación en el Frente de Liberación Nacional, organización que muchos consideran como el germen de algunos de los actuales partidos y movimientos políticos de México, su participación en proyectos de desarrollo social en la cuenca del Lerma y otras regiones de México, así como su decidido apoyo a la Revolución cubana encabezada por Fidel Castro.

Durante la época Cardenista las mujeres encontraron nuevos cauces, que iban desde los de índole general hasta casos particulares como era la situación de la mujer indígena. Las mujeres del campo se organizaron en ligas femeninas en 1936, que organizó manifestaciones de la Unión de Mujeres Americanas para presionar al Congreso y pedir la modificación del artículo 37 de la Ley Electoral de Poderes Federales, que señalaba como ciudadanos solamente a los varones.

La lucha de las mujeres contribuye a resaltar las capacidades femeninas, opinaban que el problema de la mujer no es sólo de clase sino que existe una causa común. La mujer no es inferior, pero sí equipotencial y complementaria como el hombre a ella.

Durante los años cuarenta México incrementó su desarrollo económico fortaleciendo la industria a expensas del campo, para la mujer significó una mayor presencia en la producción, pero en los empleos peor retribuidos, y además los medios

de comunicación, las canciones vuelven a difundir el arquetipo de mujer de antaño. No fue sino hasta 1947 en que el Presidente Miguel Alemán permitió el voto de la mujer en los comicios municipales y Adolfo Ruiz Cortines en los nacionales de 1953. La igualdad legal no conlleva la de hecho aunque ésta sea fundamental para la otra, la opresión femenina alude a temas que rebasan el marco jurídico.

Lázaro Cárdenas está considerado como uno de los más respetados presidentes de México debido a sus contribuciones en materia social y económica para el país. Hay quien, sin embargo, refuta la idea con base en los resultados políticos de largo plazo que originó su conformación popular y corporativista del sistema político mexicano. Aunque esto no sea atribuible a Cárdenas directamente y sí, en cambio, a sus sucesores priistas, quienes por cierto, fueron minando paso a paso la obra social de Cárdenas. Lázaro Cárdenas murió de cáncer en la Ciudad de México en 1970.

5.2 Regina

El último ciclo literario Azuela está conformado por las novelas llamadas políticas, que comienza a escribir en 1937 y continúa hasta el año de su muerte. Estas novelas son *El camarada Pantoja* (1937); *San Gabriel Valdivias, comunidad indígena* (1938); *Regina Landa* (1939); *Avanzada* (1940); *Nueva burguesía* (1941); *La marchanta* (1944); *La mujer domada* (1946); *Sendas perdidas* (1949); *La maldición* (1955) y *Esa sangre* (1956). En esta etapa final de su labor como novelista, el escritor abandona las innovaciones estilísticas y se dedica al cultivo la novela de costumbres, en forma satírica.

“*Regina Landa* fue novela que escribí en una de las mesas de Salubridad, cuidando un buen puesto de holgazán, mientras duro la redacción de mi novela. Mi objetivo principal era conocer de cerca la vida de la burocracia, y parece que lo logre”, comenta el novelista. (*OC*, III, 1175-1176)

Como nos aclara Azuela, esta novela tiene un objetivo básico, el de adentrarse a la burocracia de aquella época en la cual gobernó el general Cárdenas. Esta obra es, sin duda, una de las novelas con menos calidad literaria del escritor jalisciense pero quizá su importancia radique en que es un testimonio de aquel tiempo.

José Joaquín Blanco afirma: “En sus novelas hay críticas lo mismo al proyecto liberal de Juárez y Porfirio Díaz, que al caudillismo, a la Revolución [...] Otro merito de Azuela fue el de escribir cerca de cincuenta libros, de los cuales diez son excelentes y cuarenta son infames, pero los libros malos son importantes [...] debido a su valor como testimonio y documento de una época”²

El novelista pinta aquí los trabajos, las vicisitudes, las zozobras, las rebeldías, las renunciaciones, los arranques de dignidad y los actos de bajeza de los burócratas. La

² José J. Blanco. “Las dificultades para revalorizar la obra de Azuela” en *Excelsior*, 17 nov. 1980. p. 3 Cult.

descripción de los cuadros es soberbia y tal parece que el autor ha vivido la vida del empleado público. La tesis diluida de la novela es: La propiedad da libertad.

La protagonista *Regina Landa* queda huérfana y sola a los veinte años, cuando “se dio cuenta, azorada, de que se encontraba inerme para enfrentarse a la vida”. (*OC*, I, 862) Era hija de un viejo general maderista retirado, quien creyó que su hija no tendría ningún problema en abrirse paso en la vida, debido a su clara inteligencia, los principios liberales de sus abuelos y a la educación esmerada que había recibido. Sin embargo, agotados los pocos recursos heredados, la protagonista se ve obligada a solicitar ayuda a un viejo amigo de su padre, gracias al cual obtiene un modesto empleo como mecanógrafa.

Regina se enfrenta así a un mundo desconocido: “con el corazón oprimido traspuso la puerta gris de la Secretaría, sobrecogida por la frialdad seca y dura de sus grandes masas arquitectónicas...” (*Ibid*)

Las primeras impresiones que ella tuvo le impactaron: “Sentía pánico sólo de pensar que un movimiento en falso, una palabra inútil, un gesto fallido, bastarían para suspender la vida del monstruo de cien cabezas, donde cada persona y cada cosa tendrían una función especial”. (*Ibid*, 863) Con su nombramiento en la mano, muy pronto se enfrentó a la indiferencia y malos tratos: “rostros glaciales y hostiles respondían a sus interrogaciones tímidas”. (*Ibid*)

Sus primeras experiencias están muy lejos de ser amables y productivas, por lo que después de un mal día, sobre todo por ese ambiente de sórdido egoísmo, ella decide incluso no volver a aquella oficina: “Serviré hasta de criada, pero aquí nunca”. Sin embargo el señor Sánchez, su amigo y protector que también trabaja en esa oficina de gobierno, le pide que tenga paciencia, e insiste en que todo cambiará.

Y en efecto, “Regina fue testigo de un milagro”. De un día para otro hubo un cambio radical, con saludos elocuentes y afables de sus compañeros de trabajo, sonrisas y ofrecimientos de ayudas incondicionales. Todo era producto de las “Agencias del viejo Sánchez”, quien era “empleado desde el Porfirismo, y se mantenía en su puesto

gracias al conocimiento perfecto del manejo de la oficina y a su discreción a toda prueba”. (*Ibid*, 866)

Con el tiempo, la protagonista observa y comprende uno de los grandes males que ahí se reproduce: “La simulación como base vital de burócratas fue su primer descubrimiento práctico”. (*Ibid*) Mas también se da cuenta que no puede cambiar la situación, y entonces opta por adaptarse a las condiciones de trabajo: “Y aprovechó la lección ocultando el asco profundo que le causaba el medio adonde había venido a parar”. (*Ibid*)

Regina no sólo es inteligente sino también muy bella: “sus ojos claros, dulces y atraentes, su boca finamente delineada, sus labios un poco gruesos y sensuales y todo ello en un fondo de serenidad amable”. (*Ibid*, 869) Ella sufre cierto acoso sexual por parte de los hombres que laboran con ella: el Jefe de la sección, “un sujeto chaparro y contrahecho, con cabeza enorme, con dos ojos de batracio”, que “su especialidad consistía en abrazar a las muchachas, felicitándolas bajo cualquier pretexto”. (*Ibid*; 865) “Hasta el gordo Gutiérrez, ufano siempre como guajolote haciendo la rueda, le sacaba la lengua o le soltaba cualquier tonta picardía, al pasar cerca de ella”. (*Ibid*, 868) La muchacha, sin embargo, supo defenderse con habilidad y valor.

Regina hace amistad con una de sus compañeras de nombre Ester Mendiola, joven que pertenecía a una familia que sufrió afectación de sus bienes por la revolución. Azuela aprovecha para hablar brevemente de las nefastas consecuencias de la revuelta social, reiterando su visión pesimista y desencantada sobre el resultado de este movimiento. Parece que tiene una especial simpatía por aquellos personajes totalmente arruinados, venidos a menos. El narrador nos comenta:

Ester Mendiola pertenecía a una familia norteña acaudalada y de abolengo, arruinada por la revolución. Había nacido entre el llanto y la sangre. Sus ojos de niña vieron, asombrados, el asesinato de su padre por las hordas de Villa en Chihuahua; a uno de sus hermanos, muerto en la defensa de la plaza del Parral, adonde la familia había corrido a refugiarse. (*Ibid*)

Ester afirma: “Sé que tuvimos haciendas, fincas urbanas, depósitos en los bancos y que todo nos lo robó el gobierno. Yo nunca he sabido lo que es ser rico. Nos vinimos a México donde nos esperaban el hambre, las miseria y las penas.” (*Ibid*, 869)

Regina y Ester hacen muy buena amistad, “sin que sus diferencias de origen y educación fueran obstáculo serio”. La frivolidad de Ester dulcificaba la empeñada tristeza de Regina. La protagonista confiesa, ante la pregunta de su amiga sobre si tiene alguna pena: “¿Tristeza? Ni siquiera sé si es eso. Es un vacío en cuanto me rodea, una insatisfacción... como cuando buscas algo que se te ha perdido y acabas por olvidar qué es lo que buscas”. (*Ibid*)

Por otra parte, Regina acepta la compañía del señor Mendoza, pero sin involucrar los sentimientos, ya que realidad la amistad era motivada por la conveniencia: “encontró una agradable sorpresa. Con su corpulencia, su gesto hosco y retraído, su fama de puntilloso y valiente, le ahuyentó en seguida a los impertinentes tenorios”. (*Ibid*, 870) Y ante la pregunta de la señorita Emma con respecto al matrimonio, la protagonista responde: “Yo preferiría para marido a un hombre sano y fuerte, trabajador y sencillo que entendiera la vida como yo la siento: un hogar tranquilo con muchos hijos... y hasta con muchos nietos”. (*Ibid*, 871) Como se ve, la protagonista tiene una visión de la vida bastante conservadora.

El señor Sánchez visita a Regina, y con la prerrogativa de haber sido siempre un gran amigo de la familia, se atreve a diagnosticar sobre la situación emocional de la muchacha y así entender las causas de su tristeza:

Fuiste educada en un mundo que no es el de hoy y te sientes descentrada. Te enseñaron a pensar. Y pensar es sufrir. En tu casa nunca imperó más dogma que el respeto a las creencias y opiniones de los demás. Tu padre impuso ese credo. Tu madre era católica sincera, uno de tus tíos padecía la chifladura teosófica y el otro era ateo e iba a misa. Jamás en la familia hubo pugna por alguna diferencia de criterios. Te obligaron, por tanto, a pensar con tu propia cabeza. Y esa es tu tragedia. (*Ibid*, 872)

El narrador agrega:

Regina estaba sufriendo el choque violento de dos épocas en su mente. El contraste de un ambiente cargado con el lastre de los siglos y el atisbo de una nueva cultura que impone el desplegamiento total de la personalidad. Si ella había alcanzado el desenvolvimiento físico y mental, sin las trabas que regularmente encuentran las jovencitas en su formación, esto le significaba una ventaja espiritual, pero al mismo tiempo la situaba al borde de un abismo podría aniquilarse. (*Ibid*)

Regina por su parte, se cultiva a sí misma, es autodidacta: “leía cuantos libros caían en sus manos, con la avidez no tanto del que quiere saber, sino más bien del que quiere comprender y sobre todo comprenderse a sí mismo. En las conversaciones, conferencias y lecturas buscaba [...] pan para su espíritu y luz para guiarse en el caos que la rodeaba”. (*Ibid*)

A través del personaje de Regina podemos observar la dura crítica que don Mariano hace del “socialismo” incipiente. Los supuestos defensores del proletariado no son otra cosa sino auténticos charlatanes en busca de una mejor “chamba” en el gobierno. Así, ante la pregunta del señor Nava de pertenecer al grupo comunista, Regina declara contundente: “Lo único que puedo responder, señor Nava, es que no todos nacimos para borregos”. (*Ibid*, 874) Aquí se advierte el rechazo de Azuela al clientelismo que prevalecía entre las asociaciones gremiales afines al gobierno de Lázaro Cárdenas, quien si bien fomentó la organización de los sectores obreros y populares para que pudieran contrarrestar el poder de los capitalistas, también ligó esas organizaciones a la égida del Estado. Esta institución era incapaz de erigirse como un verdadero árbitro de los intereses en pugna, de la lucha de clases, pues estaba penetrada por la corrupción, y utilizaba el corporativismo del partido oficial para favorecer a las élites políticas y económicas.

Regina sabe muy bien que no pasará en ese empleo toda su vida, y va madurando “un proyecto de liberación, que ni a sus íntimos revelaba. No por egoísmo ni por

desconfianza sino por piedad. [...] allí todo el mundo tenía como supremo ideal conservar el hueso *per saecula saeculorum*". (*Ibid*, 875) Hay un incidente que confirma esa idea de libertad en la protagonista: "Los Camisas Rojas, dependencia oficial de la Secretaría de Agricultura, destinada a la desfanatización de las masas, abrieron a balazos a muchos católicos pacíficos que salían de la misa de la parroquia de Coyoacán". (*Ibid*)

La indignación de Regina es evidente, por lo que le dice a su amiga Ester: "Yo no soy católica, y siento que me arde la cara de vergüenza. ¿Cómo has podido tú concurrir a esta farsa que es la burla más sangrienta de tu religión?". (*Ibid*) A lo que el narrador abunda:

Sus pensamientos giraban ahora en órbitas diferentes. Regina, desolada, veía muy claro, con tristeza y asco profundo, en que medio había venido a caer. En el del Estado que prostituye a sus servidores y los obliga a respirar un ambiente del servilismo más abyecto. (*Ibid*, 876)

Y el narrador continúa diciéndonos:

Para Regina aquel acontecimiento había sido la chispa que la idea vaga: vaga al principio, imprecisa, aclarándose poco a poco hasta brotar clara y luminosa a medida que la lucha se define con mayor vigor. La reconquista de su libertad sobre la base de su independencia económica. Problema angustioso de cuya magnitud ni siquiera habría de darse cuenta, sino hasta mucho tiempo más tarde. Entretanto su espíritu siguió cultivando en la forma más rara en una mujer. Lejos de caer en el diletantismo de las ilustradas, para quienes el saber es adorno que brilla y prestigia, estudiaba con el deseo exclusivo de asimilar, de convertir el saber en su sangre y en su carne. (*Ibid*)

Regina Landa en su nuevo domicilio se siente feliz, "en pijama saltó a la vidriera, ávida de vida nueva: La luz descendía en tupida lluvia de oro, llenando los grandes claros del bosque, deteniéndose en las hojas menuditas de los árboles como un finísimo encaje. Ríos de sol se desbordaban de las callejuelas sobre las amplias...". (*Ibid*, 878)

Regina se siente contenta, satisfecha consigo misma, cada vez es más independiente, la vida le sonríe. La recién instalada Regina, descubre desde su ventana a Irma, la Modelito compañera de trabajo, evidenciando los afanes y el artificio de muchas mujeres por aparentar siempre una buena figura; por lucir bien sin importar lo que les costara:

No podía ser más deprimente, en efecto, para quien decía: Un hombre con menos de quinientos pesos mensuales no existe para mí, el ser sorprendida trayendo del mercado la leche y el pulque. Los tenorios tronados de la Secretaría, que por despecho hacían mofa de ella, las muchachas que por pura envidia la devoraban, suponiendo que pertenecía a un mundo que les era inaccesible, se habrían quedado encantados del descubrimiento. Su cara de Virgen a fuerza de maquillaje, su garbo y su elegancia en fuerza de artificios y ropa que le costaban ayunos y privaciones, caían como frágil disfraz en cuanto entraba en su casa. (*Ibid*)

La señorita Landa hace una nueva amistad, ahora con un compañero de la oficina de apellido De la Torre, quien tenía fama de neurast nico insoportable y misógino. Pero sólo bastó conocerle un poco para identificarse con él: “De la Torre es muy otro del que ustedes suponen. Tiene talento y gusto exquisito. Me lleva a las audiciones musicales, a exposiciones, conferencias, etc. Me ha contagiado de su pasión por la música clásica” (*Ibid*, 880), comenta Regina con sus amigas.

De la Torre y Regina asisten a una reunión en casa de su amiga Ester, donde acontece una singular discusión entorno a la religión. Se encontraban en esa velada una media docena de mujeres maduras, cuatro o cinco viejos muy ceremoniosos y dos personajes que evidentemente eran eclesiásticos. Uno de los clérigos se mostró mesurado al hablar de su vida de luchas y persecuciones constantes, hasta haber venido a refugiarse en la capital; su ademán era sencillo y su palabra fácil, además de transmitir una fuerza espiritual. Pero en cuanto el otro sacerdote se decidió hablar, con palabra ampulosa y pedante, Regina comenta: “ C mo se parece este hombre, en su manera de hablar, a nuestro compañero Nava! El mismo juego de palabras vacuas, de frases hechas

y de lugares comunes, tan hábilmente explotado por el de *Juventudes de Vanguardia*, con tesis opuesta”. (*Ibid*, 882)

Regina y su acompañante decidieron retirarse, no sin antes recibir sendos sermones: “Son los devaneos de quienes buscan la riqueza espiritual fuera de la Iglesia Católica, teniendo muestras patentes del tesoro cristiano, lumbre de amor y de una sublimidad de misticismo...”. (*Ibid*, 883)

En este pasaje Azuela muestra su desprecio no sólo por la falsa cultura sino también por la pedantería y lo pretencioso que se muestran ciertos redentores religiosos. Es importante señalar que, si bien el propio autor es educado bajo los preceptos católicos, él se deslinda de todo credo religioso: “Querer imponer la fe con razonamientos es lo más necio de las religiones. Si no brota de las propias fuentes, degenera en farsa o comedia, como la que se obliga a desempeñar a los infelices agonizantes.”³

Azuela hace alusión de personajes que –al parecer le resultaban detestables– deambulan por ahí ostentando falsa cultura e intelectualidad. Así conocemos a tipos como el señor Casasola y Navarrete, “colaborador de revistas que no pagan y lector único de sus rellenos” (*Ibid*, 887), Don Pomposo del Bosque, “nidero de complejos, porque se siente sabio y solo”, (*Ibid*) dos “hombres de letras” que asisten a la “sociedad de Letras y artes”, que es la casa de otro personaje singular: Villeguitas. Este último realiza las tertulias con el único propósito de casar a sus hijas: “Mari Luz, espléndida frisona de veinte primaveras que suple la vacuidad de su cerebro con la exuberancia de sus formas, quiere reuniones sociales, pompa lujo y fausto para brillar”. (*Ibid*, 888)

En tanto que “Conchita dos años mayor, desmedrada, trapajosa y feúcha refugia su fracaso físico, con orgulloso desdén, en Altos Estudios y procura una sociedad de sabios y de artistas”. (*Ibid*) Y Villeguitas, al fin mercader, posee una gran visión: “Hay que cuidar la mercancía para darle mejor salida. Mari Luz es un diamante; Conchita una sarta de perlas finas.” (*Ibid*) En esas reuniones, Conchita traería a sus “respetables amistades” y Mari Luz a sus amigas de la “crema”.

³ Luis Leal. “Carta significativa” en *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. T. II, p. 363.

Como puede apreciarse en este pasaje de la novela, la mujer aparece en ciertos niveles sociales, de forma más que evidente, como una simple mercancía. En virtud de que en México no tenemos la tradición de que la mujer que se case aporte una dote, su casamiento no implica un costo para la familia, por el contrario, puede representar una oportunidad no sólo de asegurar el futuro de la contrayente sino incluso de su propia familia. Es difícil decidir que es más detestable, si la práctica todavía registrada a principios del siglo XXI de vender por una bicoca a las adolescentes, en el caso de familias muy marginadas de zonas rurales, o la de cultivar a las mujeres para que se conviertan en una mercancía de tipo suntuario, y así puedan competir en el mercado matrimonial de más altos ingresos.

En ese ambiente de simulación y falsa cultura en el que aparecen “Viejos chochos simulando bondad y grandeza, jóvenes petulantes, repletos de vanidad, pintores astrosos y maledicientes, poetas que recitaban versos propios o ajenos y enamoraban a las viejas ricas”, (*Ibid*, 890) Regina conoce a Miguel Ángel del Río. (Todo esto ocurría, nos dice el narrador, antes de que Regina conociera al señor De la Torre. En este capítulo se presenta una ruptura en el tiempo lineal, este pasaje es un *flash back*).

Al poco tiempo, De la Torre desapareció del trabajo, sin que nadie lo hubiese notado, dejando en Regina un sombra de nostalgia: “Un hombre muy raro, pero de corazón muy bello”; aunque este sentimiento fue efímero. En tanto, en la oficina se presagiaban ya cambios en los puestos directivos, y como es sabido: “cada nuevo llega con su caterva de famélicos avorazados y sale otra, a medio cebar apenas”. (*Ibid*, 901) Azuela arremete nuevamente en contra de este tipo de prácticas en la burocracia. Al referirse al nuevo jefe,

...uno de tantos que ascienden en los puestos públicos sin más merecimientos que sus relaciones con otras gentes tan insignificantes como ellos, arribistas también, pero más afortunados hasta ocupar el primer puesto en ministerio. Ligados como bichos de la misma especie, se apuntalan y se protegen unos a los otros. (*Ibid*, 905)

Son tipos que de buenas a primeras ocupan un puesto, otorgado supuestamente por sus “merecimientos”, por su “colaboración”, pero que en realidad suele ser el pago al servilismo y a la conveniencia. Se trata de personajes de nula capacidad, en los que lo menos importante es la inteligencia o la experiencia en el ramo, pero lo que sí poseen es una “afinada habilidad para hacer negocios”. Mientras esto pasa en los niveles superiores, los subordinados se encuentran “En falsa fiebre de trabajo (nadie piensa más que en lo suyo), se recuperan tranquilidad y alegría, con el íntimo convencimiento de que el temido *cese* sólo al vecino amenaza”. (*Ibid*, 902)

Regina Landa es ascendida al despacho del nuevo jefe, y la envidia no tardó en aparecer, a juzgar por los comentarios: “El jefe ha dicho en voz alta que antes de una semana serás suya”. (*Ibid*, 903) El señor Sánchez le recomienda: “Una reputación que se pierde es una vida que se trunca”, agregando “saldrás con bien porque te sobran talento y carácter.” (*Ibid*, 905) Regina reconoció inmediatamente a la persona que tenía como subjefe, “uno más entre los farsantes oficinistas: el tipo meticuloso y remolón que, a falta de inteligencia, refugia su ignorancia y su estupidez en disciplina de capataz”. (*Ibid*, 907)

La protagonista incluso ya no se impresiona ante tanta ineptitud, burocracia, simulación y corrupción en la oficina:

Ahora lo comprendía mejor: los detalles y el conjunto. Desde la calidad del trabajo, incluso la comedia de los encargados de *inflar el chivo*, gentes todas incapaces de confesarse ni entre ellos mismos su condición de farsantes, hasta la finalidad de tantas dependencias oficiales, creadas exclusivamente para cubrir compromisos políticos. Filtraciones y afluyentes a la catarata de dinero que despilfarran los gobiernos sin piedad: hambre, miseria, dolor y trabajo del verdadero productor, al que se le despoja del fruto de sus afanes para nutrir a millares de millares de parásitos y enriquecer a unos cuantos centenares de pillos que se llaman *redentores del proletariado*. (*Ibid*, 909)

Regina es valiente, no teme decir grandes verdades, entre ellas la de que Sanginés había sido ascendido como oficial primero y pronto sería Jefe de Sección en Agricultura “como premio por su hazaña con los *camisas rojas* en Coyoacán”. (*Ibid*) Igualmente corta de tajo los asedios por parte de su jefe: “Muchas gracias, señor Flores Marín... no es usted mi tipo”. (*Ibid*) La señorita Landa tuvo otro gesto de desafío ante su jefe, que consistió en burlarse de él en su cara después de un patético discurso: “La risa de Regina se desgranó en el aire sonora y estridente: en ella se vaciaron sus resentimientos contenidos por tantos años y su venganza por tantas humillaciones sufridas”. (*Ibid*, 919) Parecía no importarle las consecuencias de su actitud, pues ya había madurado un plan. “Quiero establecerme por mi cuenta y vivir con independencia. Tengo hasta en tratos una miscelánea”, (*Ibid*, 911) confiesa a su protector, el señor Sánchez.

La protagonista se entera casualmente de un truculento y sucio negocio, que el señor Flores Marín y Sanginés pretenden realizar “un proyecto” que les dejará jugosas ganancias, en el cual se verá afectado el Señor Sánchez, quien iría a la cárcel. Don Mariano expresa su más profundo repudio y asco a este tipo de personajes, parásitos del gobierno:

Flores Marín y Sanginés, almas gemelas por ausencia total de escrúpulos y por deslealtad a toda prueba. Pero lo que en aquél es premeditación, alevosía y ventaja, en éste es acto primo reptil. Hombre esencialmente moderno. Sanginés, alta la frente, acepta ser pillo y canalla, con la misma inocencia que estaba su cara granujienta y esponjosa, sus huellas de heredolúético y sus espaldas moldeadas para las reverencias. Sanginés no se ufana de ningún árbol genealógico porque él lo es todo: raíz, tronco y ramaje. [...] Flores Marín, al contrario es una momia disfrazada tras el trapo rojinegro; haciendo muecas y aturdiéndose con su boruca de honorabilidad, prosapia ilustre y grandeza, sólo engaña a los bobos. (*Ibid*, 915-916)

La vida de Regina Landa toma otro giro cuando acude con Miguel Ángel del Río, nuevo secretario particular del Ministro, a solicitarle ayuda, al tiempo que muere su enfermo y viejo amigo, el señor Sánchez. Pasados los cuatro días de licencia por el

fallecimiento de su protector, ella se presenta a trabajar con su nuevo jefe, el señor Del Río. Ahora Regina, “envidiada por sus compañeras, temida por sus antiguos jefes, para mantenerse tranquila procuró alejarse de todos”. (*Ibid*, 921) Ella encontraba en Miguel Ángel muchas cualidades: “clara inteligencia, palabra fascinadora, atractivos físicos”. (*Ibid*, 923) Al poco tiempo, la protagonista enfrenta un nuevo escándalo, pues en las reuniones, todas las atenciones eran para ella, se le asignaba el “sitio de honor”, la llevaban a su casa, etc. Había dado de qué hablar: “Regina Landa, querida oficial del secretario particular del Ministro”. (*Ibid*, 926) Por más que su conducta era intachable, ella tenía un profundo sentimiento de humillación, y entonces se acordó de los consejos del señor Sánchez. Sin pensarlo mucho, ella decide renunciar, pero hábilmente Miguel Ángel le convence para que sea su “socia”, y él le explica:

Actualmente no hay más que dos maneras de vivir, como el lobo o como el carnero, señorita Landa: explotando al que trabaja o trabajando para el explotador. La burocracia es una rama de la política y los políticos son los dichosos del mundo que han llevado a la máxima perfección el arte de la explotación del hombre por el hombre. (*Ibid*, 927)

Ella acepta, ya no es más la secretaria del Jefe, ahora es la socia, se deja llevar porque en realidad él la ha hechizado: “sus atenciones y agasajos a Regina han dejado de ser la exhibición en público, que tanto la irritara, y en la intimidad del despacho se acentúan”. (*Ibid*, 930) Y en los momentos de tiempo libre en el despacho ella se entregaba de lleno a la lectura: “Novela, biografía, historia, cuestiones sociales y cuanto le caía entre las manos, todo lo devoraba”. (*Ibid*)

A través del personaje de Regina podemos conocer también, un poco acerca de los personajes que como Villeguitas han sabido adaptarse a los cambios de los tiempos. Miguel Ángel le explica a Regina:

En efecto. Villeguitas, subcaique de un pueblo rabón en 1912, antimaderista furioso y autor intelectual de muchos fusilamientos de revolucionarios denunciados por él, era ahora

uno de los favorecidos por nuestro gobierno socialista, y en su propia residencia, alternando con las veladas literario-musicales del centro de Letras y Artes, se celebraban reuniones de comunistas. (*Ibid*, 931)

El narrador habla del hijo de Villeguitas, Celso *coloradito*, quien ha ayudado a su padre en la condonación de una multa por fraudes fiscales:

Los bienes adquiridos por nuestro trabajo honesto o por el de nuestros padres, bienes malditos son; pero los ganados por el asesinato, el robo, el juego u otros del mismo pelo, bienes sagrados son y disfrutan de la protección decidida del gobierno. ¡Viva Calles! ¡Viva la Lotería Nacional! Por consiguiente, los procedimientos de la vieja escuela de Llano Hnos. están en bancarrota. Impera una revolución ideológica y con ella *no hay más que una sopa*. (*Ibid*, 932)

En el desenlace de la novela, Regina continúa desenmascarando a los farsantes esta vez al propio Miguel Ángel:

¿Qué clase de sociedad era la suya, si nunca supo siquiera qué negocios se ventilaban allí? Sospechaba que Miguel Ángel obtenía préstamos bancarios, resoluciones judiciales, arreglaba quiebras fraudulentas, aprovechando no los trámites legales, sino exclusivamente sus relaciones con banqueros y altos personajes del gobierno. Nada sabía, por otra parte, de esa masonería del dinero y de las influencias, omnipotente ahora y siempre; pero adivinaba que tras del artista, del sabio y hasta del benefactor de la humanidad, sólo se escondía un vulgar traficante. (*Ibid*, 939)

El narrador nos da detalles de la infancia de Miguel Ángel, su madre “prohibió severamente al niño relacionarse con otros de su misma edad, le ensortijó el pelo, lo vistió de *mujercita* y lo puso en contacto con damas de *buenos sentimientos*, con el honesto propósito de sembrar en su corazoncito virgen ternuras femeninas”. (*Ibid*, 943) Y Miguel Ángel razonó: “Los buenos sentimientos son algo muy útil para abrirse paso entre las gentes; poco importa tenerlos o no, lo principal está en saberlos representar”.

(*Ibid*) Y en efecto, los supo representar muy bien. Regina lo comprendió todo: “la verdadera tragedia de Miguel Ángel y su doloroso secreto. [...] educado como una mujer, con el pelo ensortijado, polvo en la cara y colorete en los labios, adornados sus vestidos con listones, cuando el abrió los ojos ya era tarde: la habían ya envenenado”. (*Ibid*, 957) No pudo contenerse, y su venganza fue gritarle ¡Marica!

En el último capítulo, Regina cristaliza la idea de instalar un modesto negocio, y aunque al principio no le fue nada bien, ella se hace fuerte. Esta nueva experiencia acaba de templar su voluntad y carácter. Piensa en su pasado inmediato, y “ahora se dedicaba a su propia reconstrucción, aceptando valientemente la lucha con todas sus asperezas, choques y penas”. (*Ibid*, 955) Disfruta ahora de su nueva vida, de su libertad.

Porque aquí no existe el espantajo del *cese*, terror de todas las almas castradas. [...] ¡Cuánto más vale esta pobre expendedora de pan que no importa qué magnate de la burocracia, siempre con la espalda encorvada y el incensario en las manos, ante un don Nadie que la casualidad le puso arriba! (*Ibid*, 960-961)

Don Mariano nos expone a una mujer fuerte ante la adversidad e inmune a la corrupción que la rodea. A través del personaje femenino, el autor también nos está diciendo que la propiedad privada hace libre a las personas. De acuerdo con una visión entendible por ser parte como médico de las profesiones liberales, se rechaza el trabajo dentro de la burocracia. Sin embargo, también podemos encontrar en la posición de Azuela una ideología que proviene de su origen social como hijo de un pequeño o mediano comerciante, lo cual le hace ponderar la capacidad emprendedora de las personas y favorece la percepción de los burócratas como parásitos.

Azuela tiene una posición crítica del tipo de Estado que surgió del proceso revolucionario. Lo anterior se puede observar desde *Los de abajo*, donde cuestiona la falta de ideales de muchos de los protagonistas del movimiento armado. Posteriormente fue testigo cercano de las deformaciones de un gobierno posrevolucionario que no cumplió con las expectativas de crear un sistema democrático y tampoco llevó a cabo un verdadero programa de justicia social. Sin embargo, Azuela pone énfasis en las

afectaciones que sufrieron muchas familias de buena posición social, pero no señala que un buen número de familias acaudaladas aprovecharon los cambios políticos para mantener la concentración del poder económico.

En el final de la novela, Regina Landa, “ella, la auténtica, con sus ojos iluminados, sus dientes pequeños y blancos, su pecho erguido y duro, su cuerpo esbelto y firme: toda ella”, (*Ibid*, 964) acepta el amor de De la Torre, quien había regresado a su vida.

Así, el destino de Regina parece ser el de una mujer “de bien”: un matrimonio con futuro con el hombre adecuado. En este sentido, Azuela parece mantener una posición bastante conservadora respecto al papel de la mujer dentro de la sociedad: la mujer en el hogar y con los hijos. Una mujer que apoye incondicionalmente al hombre: “Pienso que así deben ser las mujeres, tanto más arraigadas al suelo cuanto más alientos tienen sus compañeros para volar”. (*OC*, III, 1237)

El escritor nos presenta a la protagonista de la novela como un paradigma de inteligencia femenina y de voluntad. No es como los otros personajes femeninos presentes en su obra, que se ven arrastrados al fango por su naturaleza o por el medio social. En Regina observamos, a una mujer con gran entereza moral y que además hay una fe en la educación, y esencialmente piensa por ella misma, es independiente. Es un ser que crece ante la adversidad se fortalece y es libre. Libre porque es económicamente independiente. Es importante señalar, que la presencia del señor Sánchez como mentor, fue crucial para el desarrollo de Regina, que siempre tuvo para ella un consejo y ayuda. Ella crece no sólo a partir de sus experiencias personales sino también, porque sabe escuchar esa voz amable llena de experiencia, esa voz es –evidentemente– la de Azuela.

Es el personaje cínico de Miguel Ángel quien evidencia el ambiente que se genera en una oficina gubernamental: la corrupción, la simulación, el arribismo, el servilismo, el burocratismo. Sin embargo, la construcción de este personaje, lo mismo que el de Regina Landa, presentan cierto esquematismo. Ella parece encarnar todas las virtudes de una mujer decente, mientras que Miguel Ángel representa la maldad y la simulación. Pareciera que su condición de homosexual reforzara la inmoralidad del personaje, lo

que no habla muy bien de la mentalidad de Azuela respecto a la homosexualidad. En este sentido, hay que recordar que el grupo de escritores conocido como Contemporáneos fue estigmatizado por tener algunos homosexuales entre sus integrantes y a todos se les encasilló en una literatura “poco viril”, esto último también, por su cosmopolitismo. Por cierto, este grupo aprovechó los puestos burocráticos para realizar una gran labor de educación y difusión cultural, lo que muestra que no todo lo que tenía que ver con la actividad del Estado era negativo.

Por otra parte, Azuela también arremete contra el comunismo, sin darse cuenta de las diferencias tan marcadas de la ideología del nacionalismo revolucionario con respecto al socialismo y el comunismo. El Estado surgido de la revolución desarrolló un proceso de concentración del poder pero para favorecer a las capas más altas de la población. Aunque el discurso de los líderes obreros o los miembros de la burocracia estatal hablara de un gobierno proletario, los hechos demostraban que en los últimos que pensaban era en los obreros o los campesinos.

Como se dijo al inicio, esta novela no alcanza los niveles literarios de otras, sin embargo, habría que leer toda su obra literaria para entender y valorar sus alcances, aciertos y fallas. Mariano Azuela es uno de los escritores más importantes de la narrativa mexicana por varias razones. Es también, al mismo tiempo poco estudiado.⁴

No solo es el fundador del ciclo de la novela de la Revolución sino que también es uno de los primeros escritores que incursionan en la narrativa de vanguardia. Su narrativa influye en futuros escritores. Su tema central en todas sus novelas es el combate contra la injusticia, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones. Siempre retratando a las víctimas de la opresión: del mal gobierno, de un despótico hacendado, de un hacendado, de un cacique expoliador, de un jefe arbitrario, de un tiránico pariente, etc.

⁴ Enrique Aguilar. “Jorge Ruffinelli plantea una contradicción: Azuela es el mejor o uno de los mejores novelistas mexicanos, su obra ha sido poco o muy mal estudiada” en *Excelsior*, 29 oct. 1980, p. 2 Cult.

Y en todas sus novelas, desde *Maria Luisa* (1907) hasta *Esa sangre* (1956), Azuela tiene algo que decirnos acerca de la mujer. Personajes femeninos en quienes recae la opresión y la violencia, que nos revelan la injusticia y el dolor por el simple hecho de pertenecer al género femenino. Es cierto, el novelista y el moralista van de la mano – salvo en algunas ocasiones–, el médico siempre quiso un mejor país, fue siempre consecuente con su proceder y su quehacer literario. También, siempre le acompañó la – irremediable– impronta de reaccionario y pesimista. Sin embargo, el novelista en su literatura nunca dejó de señalar todos sus vicios y todos sus males de una sociedad mexicana en plena infancia. Azuela amó intensamente a México. El médico-novelistas siempre deseó ver un mejor país en todos los sentidos.

ALGUNOS PERSONAJES FEMENINOS QUE APARECEN EN LAS CUATRO NOVELAS

NOVELA	PERSONAJE	ÁMBITO	RETRATO
Mala yerba (1907)	Marcela Fuentes (protagonista)	Rural: Haciendas	Joven campesina coqueta y sensualmente atractiva. En un momento determinado toma conciencia sobre su sexualidad, decide plenamente sobre su cuerpo y sensualidad. Transgrede la moral y las costumbres de su tiempo. Esta humilde mujer sufre una doble opresión: la de su género y la de su clase social. Es vista y tratada como simple objeto sexual: “cuerpo pubescente cual ancas de potranca.” Violada a edad temprana y victimada años más tarde.
	Doña Marcelina		Madre de don Julián, patrón de la hacienda. Esta mujer representa la abnegación: “el destino de las mujeres mexicanas, no tienen ni voz ni voto.”
	Mariana		Campesina de treinta años de edad. Mujer solterona, víctima de burlas y humillaciones. La soltería femenina es considerada como una vida estéril, caracterizada por el aislamiento y la frustración sexual. Mariana es imagen fiel de la virginidad contraria a Marcela.
Los de abajo (1915)	La Pintada	Las llanuras, las haciendas.	Prostituta “una chica prieta, muy pintada de la boca”. Dura, independiente, sin valores ni sentimientos, complacida en ejercer su oficio. Especie de lumpemproletariado que vive de la rapiña y comparte su sexualidad con cualquier hombre. Ella es el lastre de los ejércitos, no es combatiente pero saca provecho de las situaciones y de los hombres.
	Camila		Joven campesina fea, ingenua, pasiva, tímida: “especie de mono enchomitado, de tez bronceada, dientes de marfil, pies anchos y chatos.” Si Camila es la negación de la belleza no deja de ser la mujer objeto. Engañada, traicionada, ultrajada, asesinada.
	La “novia” del Curro		Hermosa chiquilla que sufre la violencia generada en la revuelta social. Ella representa a la clase hacendada: “blanca, rubia, con ojos de color, joven y virgen.”
	La mujer de Demetrio		Campesina de presencia casi invisible que representa a todas aquellas mujeres que deciden no luchar en la guerra civil, ellas encaran otra batalla: trabajar la tierra, cuidar a los hijos, mantener el hogar en pie. Mantener y cuidar a la prole, lo mismo de los federales que de los revolucionarios fue su verdadera lucha.
La malhora (1923)	Altagracia (protagonista)	Barrio de Tepito México, D.F.	Joven bailarina, prostituta astrosa que deambula por las pulquerías del barrio. El alcohol y la droga es su mundo. Víctima del medio social, “hija legítima de la colonia la Bolsa”, esta mujer es engañada y abandonada a edad temprana. Orillada al vicio y a la prostitución.
	La Tapatía		Nacida en un ambiente adverso “del barrio de mero San Juan de Dios” en provincia, esta mujer se “adapta” fácilmente al ambiente de los arrabales de la ciudad y va aflorando en ella una serie “virtudes”, intuitiva y observadora, amiga del robo, la traición y el crimen.
	La Gutiérrez de Irapuato		Estas mujeres de gran fervor religioso, “tápalos de cucaracha” no se vinculan con los hombres “porque el amor que no es de Dios, amor mundano y pecaminoso es” representan a un sector de la sociedad: “el muy católico y sufrido pueblo mexicano.” Ellas representan, por otra parte, a aquellas familias venidas a menos afectadas por la Revolución. Instaladas en los umbrales del barrio de Tepito sobreviven “cosiendo ajeno.”
Regina Landa (1939)	Regina (protagonista)	Ciudad de México	Esta joven mujer citadina que quedó huérfana y sola a los veinte años trabaja en una oficina gubernamental donde evidencia el ambiente de corrupción, simulación, arribismo, servilismo y burocracia. Regina crece ante la adversidad. Ella posee una gran entereza moral, tiene fe en la educación, y esencialmente piensa por ella misma, es independiente y libre. Libre porque es económicamente independiente. Ella no sólo es inteligente sino también muy bella y cree en la familia, en el matrimonio.
	Irma la Modelito		Mujer obsesiona por la apariencia física y el artificio, famosa por sus frecuentes conquistas y su soberbia insolente. Mujer de escasa inteligencia y belleza física contrasta con la figura de Regina
	Ester Mendiola		Joven que pertenece a una acaudalada familia norteña arruinada por la Revolución.
	Mari Luz		Joven de veinte años de exuberante formas que en reuniones sociales quiere brillar para suplir la vacuidad de su cerebro.
	Conchita		Joven mujer desmedrada, trapajosa y feucha refugia su fracaso físico con orgulloso desdén en “Altos Estudios”.

CONCLUSIONES

Después de analizar varias novelas de Mariano Azuela me pude percatar que el autor es, sin lugar a dudas, uno de los escritores más importantes en la historia de la narrativa mexicana por varias razones. No sólo es el fundador del ciclo de la narrativa de la Revolución, y que además incursionó en la narrativa de vanguardia, sino que también, con su vasta obra literaria testimonia la vida mexicana a lo largo de cincuenta años. Medio siglo de testificar los atisbos de una sociedad mexicana naciente, con toda su problemática social y política: los cambios que se gestaron en una sociedad que quiere crecer. Nuestro país tiene en la primera década del siglo XX, una rebelión violenta y cruel que resquebraja las viejas estructuras de una dictadura ya decadente; y que dio como resultado al México contemporáneo.

Mariano Azuela siempre tuvo como sello personal, en su literatura, la decepción, el escepticismo y el pesimismo así como el ser moralista tampoco se apartó del todo en su narrativa. Admitió también, que sus novelas estaban dirigidas al pueblo y que a través de sus obras se reconociera y aprendiera. No se puede negar, que al novelista, nunca le faltó sinceridad y valor para denunciar los males y vicios de su época; el creador nunca se apartaría del historiador, como tampoco lo haría el ser imaginativo del médico. Su obra se refiere constantemente a testimonios verídicos, de primera mano, de gran calidad, que son importantes para comprender parte de la historia de México.

Otra de las características del narrador de la Revolución es que en casi todas sus novelas mira y describe a “los de abajo”, a la vida de los marginados, de los explotados, de los más bajos sustratos de la población mexicana, por ello, es quizá el testimonio literario y social más importante de esa época. Para él, la Revolución no cumplió con los ideales, pues la democracia y la justicia social no se realizaron como lo esperaba para un pueblo que dio su vida por esta causa.

Al margen de las cuestiones estilísticas, en la narrativa del novelista, encontramos frecuentemente que los personajes femeninos destacan más que los masculinos.

Las mujeres ocupan papeles protagónicos de la realidad de la mujer en aquella época: en el campo, en la ciudad, los arrabales... La problemática de la mujer mexicana abarca los ámbitos más variados y evidencian muchas realidades de la gestación de una nueva sociedad mexicana y las transformaciones vividas con la Revolución.

Azuela, el doctor y el novelista, es un ser sensible ante la situación de la mujer de su tiempo. Sabe perfectamente que en la mujer –desgraciadamente– recae la opresión más terrible; sobre todo, si ésta es de las “de abajo”, de las clases marginadas.

El “médico de venéreas” evidentemente tiene un profundo amor y respeto a la mujer, e intenta redimirla, por lo menos, a través de su literatura. Nos habla constantemente de ellas. Sabemos cómo son, y conocemos esos microcosmos en los que se desenvuelven, su lugar y quehacer en la sociedad. Las retrata según su óptica.

En sus novelas hemos observado a una joven aldeana sensual que es utilizada simplemente como objeto sexual: humillada, ultrajada, asesinada. Y en torno a ella, muchas otras mujeres sumisas, ignorantes, cautivas. Vemos también aquí, la vida de capataces y terratenientes, las condiciones de trabajo de vida de los hombres del campo, la injusticia y la desigualdad entre hacendados y campesinos a principios del siglo XX.

En otra obra, en pleno movimiento armado, observamos, entre el horror de la barbarie, a mujeres prostitutas como aves de rapiña, a otras más –ricas o pobres– víctimas del torbellino: secuestradas, violadas, asesinadas. Otras mujeres –las que no pudieron ir a los campos de batalla, o las que decidieron no ir, o las que simplemente fueron abandonadas– mostraron un valor enorme y libraron otra batalla, porque se quedaron a trabajar la tierra, a proteger y mantener a sus hijos, a sobrevivir.

Pasada la revuelta social –en los años veinte– hemos sido testigos, de las nefastas consecuencias del vicio y la prostitución engendradas en la ignorancia y la violencia de los barrios bajos de la ciudad de México. La mujer que aquí aparece –muy joven por cierto, y también muy dañada– recorre el mundo del arrabal: hacinación, crimen, violencia, vicio, prostitución; su sino, el fatalismo. Y con ella, conocemos a otras

mujeres: la de mente criminal, las fanáticas religiosas, la autoritaria e intolerante, y también, la de buenos sentimientos.

Cerca de los años cuarenta, en la ciudad de México, testificamos la presencia y conducta de una mujer que ante las adversidades de la vida va creciendo, se hace fuerte y no se corrompe como sus compañeros. La vida de las oficinas de una institución del gobierno en los tiempos de Cárdenas es el escenario en donde ese desenvuelve esta mujer. Al mismo tiempo conocemos a través de ella, la corrupción, la simulación, el servilismo, el burocratismo que ahí se genera. Esta mujer que de ser en un inicio tímida e insegura se transforma en una mujer de gran entereza moral. Ella se forja su destino, es libre porque es económicamente independiente. Cree en la familia y se casa.

El autor nos deja ver su personal punto de vista en torno a la mujer; una postura, por cierto, muy conservadora. Para él, firme creyente en la familia y en los valores que esto supone, una mujer debe ser inteligente, de ideas claras, trabajadora, leal compañera que apoye al hombre incondicionalmente, pero subordinada al ámbito del hogar; debe ser una buena madre. Por otra parte, la situación de opresión de la mujer no se critica a fondo y no hay visión de cambio en las relaciones de género.

Como hemos podido constatar, la novelística de Azuela contiene un gran mosaico de personajes femeninos, ya desde su primera novela, el autor se ubica, de acuerdo con aquellos tiempos, en la vanguardia europea. Es un precursor no sólo respecto a los nuevos procedimientos narrativos sino a diversos ángulos sociales y psicológicos que lo llevan a convertirse en uno de los principales renovadores de la novela latinoamericana, es también el que establece su tono y primer responsable de su extraordinaria difusión.

Por otra parte, es precursor de muchas maneras, es el escritor que ha influido decididamente en el desarrollo de los futuros escritores. Don Mariano es, esencialmente, un gran conocedor de la vida y de la mujer mexicana.

La literatura de Azuela es actual, vigente, porque sus novelas son excelentes documentos sociales. Si quisiéramos conocer nuestro pasado inmediato, los ambientes,

los lenguajes; si deseáramos saber acerca de la mujer y su historia, en los primeros cincuenta años del siglo pasado, podríamos recurrir a esta narrativa.

La breve exposición de *La mujer en cuatro novelas de Mariano Azuela*, sin embargo, no se agota. Como hemos podido constatar, la sujeción de la mujer respecto al hombre, tiene su origen en la formación del patriarcado, es decir, casi desde los principios de la Historia. El mundo occidental ha valorado más al hombre que a la mujer, y aquellas que han desafiado el poder patriarcal –el poder del padre, del patrón y de Dios– han sufrido las consecuencias. Y en los tiempos actuales, podemos decir que la condición de la mujer ha cambiado relativamente.

La mujer en el proceso histórico de México ha quedado incorporada a su dinámica, pero sin resolver las contradicciones evidentes en el campo del trabajo, la vida pública y la política, ámbitos que se le ofrecen sólo en algunas ocasiones, lo mismo que iguales derechos civiles y políticos, así como la misma oportunidad para educarse.

Es altamente significativo destacar que actualmente, en nuestro país, existen más de dos millones de hogares cuyo jefe de familia es una mujer. Es ella quien realiza no sólo la trascendental tarea de la educación de los hijos, sino es también la que tiene a su cargo el sostén económico del hogar: la mujer como jefe de familia.

Existe una mayor participación de la mujer a nivel universitario, lo cual ha tenido como consecuencia una mayor presencia femenina en la dirección del país en los distintos poderes: ejecutivo, legislativo y judicial.

Sin embargo, frente a estos signos alentadores, está, por otra parte, un tema recurrente en la obra de Azuela, y en el México actual: la violencia hacia la mujer en todas sus formas. A pesar de los derechos conquistados por los movimientos feministas, la violencia en contra del género femenino, no sólo es un problema del pasado –como se ha visto– desgraciadamente es un fenómeno actual. Amén de las reformas jurídicas, derechos humanos, derechos de la mujer, la violencia se sigue practicando impunemente en contra de las mujeres. Baste citar un caso tan sonado, pero al mismo tiempo, no resuelto el feminicidio: “Las muertas de Juárez”.

Debo concluir, diciendo que la obra narrativa de Mariano Azuela es importante porque ella nos hace reflexionar acerca de la mujer de su época, su condición y su problemática y como consecuencia de nuestro pasado inmediato. Su obra nos hace vernos a nosotros mismos, nos reconocemos: conocemos parte de la historia de nuestro país, una historia novelada. Es a través de sus personajes femeninos que podemos observar un permanente cuestionamiento social y político de nuestra sociedad. Es esta investigación una modesta aportación, un primer acercamiento del tema de la mujer en la novelística de Azuela.

Mariano Azuela cuestionó a los gobiernos posrevolucionarios y sus contemporáneos lo consideraron como un hombre “reaccionario” y pesimista, pero el siempre estuvo “poniendo el dedo en la llaga” sin más afán que constatar la realidad, porque él, simplemente, quiso un México mejor.

Azuela nunca dejó de observar y de retratar a las mujeres de “abajo”, escribiendo con gran convicción, siempre consecuente con su manera de escribir, con su manera de ser. Para él, escribir era denunciar los males que aquejaban a la época en que le tocó vivir. Su ojo clínico detecta los males y los vicios de una sociedad mexicana en plena infancia.

BIBLIOGRAFIA

DIRECTA

AZUELA, Mariano. *Obras Completas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. 3 t.

INDIRECTA

AZUELA, Arturo. *Prisma de Mariano Azuela*. México, Plaza y Valdes, 2002.

AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. Edición de Marta Portal. Madrid, Cátedra, 2003.

LEAL, Luis. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. México, CONACULTA, 2001, 2 t.

MONTERDE, Francisco. *En defensa de una obra y de una generación*. México, Imp. Universitaria, 1935.

----- . *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. México, Sep-Setentas, 1973.

OVIEDO, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana 3. Postmodernismo, Vanguardia, Regionalismo*. Madrid, Alianza Editorial, 2001.

PORTAL, Marta. "Introducción" en Mariano Azuela. *Los de abajo*. Madrid, Cátedra, 2003.

RAMOS, Raymundo. "Tres novelas de Mariano Azuela", prólogo a *La malhora, El desquite, y La luciérnaga*. México, FCE, 1969.

RUFINELLI, Jorge. *Literatura e ideología: El primer Mariano Azuela (1896-1918)*. México, La red de Jonas Premia editora, 1982.

VALADES, Edmundo y Luis Leal. *La revolución y las letras*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

HEMEROGRAFÍA INDIRECTA

AGUILAR, Enrique. "Jorge Rufinelli plantea una contradicción: Azuela es el mejor o uno de los mejores novelistas mexicanos, su obra ha sido poco o muy mal estudiada" en *Excelsior*, 29 oct. 1980, p. 2 Cult.

ÁLVAREZ DÁVALOS, Rafael. "Sobre Mariano Azuela" en *Todo*, 25 nov. 1949.

----- "Las calles de Mariano Azuela" en *Gráfico*, 15 ago. 1952.

BLANCO, José Joaquín. "Las dificultades para revalorizar la obra de Azuela" en *Excelsior*, 17 nov. 1980, p. 3 Cult.

----- "Don Mariano Azuela y la prostitución" en *Unomásuno*, 17 sep. 1981, p. 22
18 sep. P. 16.

CARRIÓN, Benjamín. "Azuela, pilar de la novelística en América" en *Excelsior*, 11 oct. 1957.

FERRET, Salvador. "Un hombre de la calle: Mariano Azuela" en *Nuevo Mundo*, 16 ene. 1946.

GARCÍA FOMENTI, Arturo. "Azuela novelista del pueblo" en *El Universal*, 3 mar. 1952.

HUERTA, Efren. "Libros y antilibros" (La malhora) en "El Gallo Ilustrado" (Suplemento Dom.) *El día*, 814, 22 ene. 1978, p. 15.

MARTÍNEZ, José Luis. "El legado de Mariano Azuela" en *Novedades*, 12 abr. 1952.

MONTERDE, Francisco. "La etapa del hermetismo en la obra del Dr. Mariano Azuela" en *Cuadernos Americanos*, may. – jun. 1952, pp. 286 – 288.

NORIEGA, Alfonso. "Don Mariano patriarca de la novela. Volver los ojos a lo propio" en "Diorama de la Cultura" (Suplemento Dom.) *Excelsior*, 31 dic. 1972, pp. 10-11.

PERALTA, Braulio. "El lenguaje popular de Mariano Azuela fue una virtud que otros en su tiempo no supieron utilizar" en *Unomásuno*, 13 abr. 1983, p. 17.

VARIOS. "*La malhora*" en *Contemporáneos*, 30-31, nov-dic. 1930, pp. 193-196; ene, 1931, pp. 42 – 70.

----- "Santo...Santo... Santo..." cap. de *La malhora* en *El Universal Ilustrado*, 8 oct. 1925.

----- “Mariano Azuela en la novelística americana” en *Nivel* 28, 25 abr. 1965, pp. 1-2.

VILLAURRUTIA, Xavier. “Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela” en *Rueca*, 5, 1942, pp. 12-16.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA GENERAL

ALZATE, Helí. *Sexualidad humana*. Santa Fe Bogotá, Ed. Temis, 1997.

ANDERSON IMBERT, Enrique. *Crítica interna*. Madrid, Taurus, 1961.

BEAUVOIR, Simone de. *El segundo sexo*. México, Ediciones Siglo Veinte Alianza, Editorial, 1989.

BRUSHWOOD, Jhon S. *México en su novela*. México, FCE, 1973. (Breviarios)

CASTELLANOS, Rosario. *Sobre cultura femenina*. México, FCE, 2005.

DESSAU, Adalbert. *La novela de la revolución*. México, FCE, 1972.

FUENTES, Carlos. *Todas las familias felices*. México, Alfaguara, 2006.

KENNETH Turner, John. *México bárbaro*. México, B, Costa-Amic, Editor, 1967.

LAGARDE, Marcela. *Los cautiverios de la mujer: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, UNAM, 1997. (Colección posgrado)

GONZÁLEZ Gómez, Francisco. *Historia de México 2*. México, Ediciones Quinto Sol, 1998.

LIPOVETSKY, Gilles. *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1994.

MENDIETA Alatorre, Ángeles. *La mujer en la Revolución Mexicana*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. 1961,

MONTERO, Rosa. *Historias de mujeres*. España, Punto de lectura, 2003.

MORENO, Ramón. “Los autores del boom”. *Caleidoscopio crítico de la literatura mexicana contemporánea*. México, TEC de Monterrey, Miguel Ángel Porrúa, 2006.

OCAMPO, Aurora. *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2003.

PHILLIPS, John A. *Eva. La historia de una idea*. México, FCE. 1988.

TACCA, Oscar. *Las voces de la novela*. Madrid, Gredos, 1985.

VARGAS LLOSA, Mario. “Novela primitiva y la novela de la creación en América Latina”. *Revista Universidad de México*. Vol. XIII, Num. 10, México, UNAM, 1969.

ZÉRAFFA, Michel. *Novela y sociedad*. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1971.

ZOLA, Emilio. *La novela experimental*. Barcelona, Península 1973.